

Vicente Muñoz Puellas
La curvatura
del empeine



de

La curvatura del empeine narra la vida del surrealista Molinier, que hizo del fetichismo y el travestismo el núcleo de sus fotomontajes, desde su infancia en la que descubre sus obsesiones hasta su muerte a mediados de los años setenta. El libro, que ocupa el número 100 de la emblemática colección de La sonrisa vertical, surgió de la lectura de la correspondencia del artista admirado por André Breton y su círculo y el cineasta valenciano Luis García Berlanga.



Vicente Muñoz Puelles

La curvatura del empeine

La sonrisa vertical 100

ePub r1.0

ugesan64 13.03.14

Título original: *La curvatura del empeine*
Vicente Muñoz Puelles, 1996

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.0



La vista de su pie me turba

Flaubert

La educación sentimental

I

La mujer que se fue a caballo

Años antes de que yo naciese, la primera mujer de mi padre soltaba cada noche los perros de la mansión, para protegerse del intruso que la acechaba y que, cuando ella dormía, pretendía introducirse en sus sueños. Eso al menos era lo que Anne-Marie, su doncella, que también lo fue después de mi madre, nos contaba a mi hermana y a mí en Domaine de Chevalier, un edificio con dos torres gemelas que todavía se alza en una llanura cubierta de viñedos y rodeada de extensos pinares, en la comarca de Graves, al sur de Burdeos.

Para entonces, la hermosa polaca había muerto, pero su imagen, que conocíamos a través de fotografías y de cuadros, y de la que Muriel no era sino un eco, nos parecía más real que la de la gente con la que nos relacionábamos todos los días, como los trabajadores del Château o la propia Anne-Marie.

—Vuestro padre la idolatraba —nos decía la doncella, nostálgica.

Cada vez que oía esa afirmación, yo, a diferencia de Muriel, que me llevaba tres años y era hija de la polaca, sentía celos de aquella mujer legendaria a la que mi madre debía de haber suplantado en el corazón de mi padre, pero cuyo fantasma seductor merodeaba aún por los senderos del jardín, se demoraba en los armarios de luna o se asomaba a las ventanas del segundo piso, y al que incluso había creído atisbar una tarde entre las sombras del lagar, donde los hombres, desnudos en grandes cubas de roble, pisaban las uvas. Era

una presencia femenina y fugaz, que llegaba a mí con la imaginación mucho antes que con la vista y que se desvanecía en el mismo instante en que intentaba fijarla. Aunque decía no ser consciente de esa presencia e incluso negaba que existiera, tan pronto tenía yo un atisbo de ella Muriel rompía a hablar con nerviosismo o se agachaba para recoger algo, como si quisiera desviar mi atención.

Contaba Anne-Marie que mi padre había encontrado a aquella mujer de grandes ojos paseando por un muelle del Sena. Le habían atraído sus ropas exóticas, impropias del país y de la estación, la circunstancia de que al caminar elevaba casi verticalmente los talones, como si andara de puntillas, y las continuas miradas que dirigía hacia atrás, como quien teme o padece una persecución.

Durante parte de mi infancia y de mi adolescencia, los detalles de aquel encuentro ocuparon mis fantasías. En el relato de Anne-Marie, que la propia polaca le había transmitido, mi padre le ofrecía a la desconocida, con desinteresada galantería, protección y amparo. En mis escenificaciones más rudimentarias, él la sorprendía mirando el río con nostalgia y deseo, y se arrojaba tras ella para evitar que se ahogara. La salvaba de un suicidio que podía ser postergado pero no eludido, porque era muy pobre y estaba sola, y la llevaba a su hotel, donde le quitaba sus ropas empapadas y se extasiaba ante una belleza que yo, dada mi inexperiencia, no podía sino intuir.

En versiones muy posteriores, ella llevaba unos guantes de suave piel blanca, con líneas respunteadas que adornaban el dorso. Mi padre se los quitaba despacio, con habilidad, en un acto que a ella le parecía sorprendentemente íntimo, como si le bajase los bordados pantalones interiores. La misteriosa extranjera se sonrojaba cuando él besaba sus dedos desnudos uno tras otro y luego la tierna palma de su mano, y sentía aquí y allá, por un instante, el tacto de la punta de su lengua. Los besos se hacían más audaces, recorrían su frente, los anchos pómulos, los labios carnosos, el cuello firme y alargado. Como en un sueño advertía ella que los dedos de mi padre le desabrochaban el escote, entreabrían el corsé y acariciaban sus anhelantes senos, donde los pezones bermejos se erguían de un modo muy voluptuoso.

Mientras le susurraba palabras de halago, mi padre desprendía el cinturón del vestido, exploraba los cierres del talle, desabotonaba los largos puños de las mangas y, ayudado por ella, le quitaba el vestido por arriba y las enaguas por abajo. La sensible abertura femenina se humedecía al notar el aleteo de unos dedos. En pleno éxtasis, ella tomaba su orgulloso apéndice —momento en que, en mi evocación, yo asía el mío— y lo guiaba hacia el resbaladizo vestíbulo. Mi padre se arrodillaba en la cama, con los muslos tensos y los tobillos de ella en las manos. La levantaba un poco y, en una posición extrañamente vertical, se zambullía en ella, encaramado de tal modo que podía observarse a sí mismo haciéndole el amor.

—¡Oh, qué bueno! —jadeaba la extranjera con voz trémula, mientras el dardo vehemente de mi padre resbalaba en su interior y se agitaba hacia dentro y hacia fuera, como el pistón de una máquina de vapor o el émbolo de una jeringuilla de grueso calibre.

—¡Oh, qué bueno! —gemía yo, y me erguía sobre la punta de los pies mientras una lluvia perlada brotaba de mi miembro palpitante y saltaba al vacío, en pos de un elusivo fantasma.

Mi padre era, como yo, un hombre extraordinariamente sensual. Creo que se enamoró de aquella emigrada polaca por su rareza y por su aire inaccesible, que para alguien menos apasionado hubiera constituido tal vez un indicio de locura.

La cuidó y la mimó, se casó con ella, le entregó su posición y su nombre. Ella, en cambio, nunca le confió el misterio de su llegada a Francia, y se negó a hablarle de su pasado. Reconocía él los distintos placeres del cálido vientre que sentía bajo el suyo, de los tiernos senos que aplastaba contra su pecho, de la caricia íntima que lo llevaba hasta la culminación, pero ella no desvelaba su secreto y seguía escapándosele. Era como si supiera que aquella felicidad era provisional, y que alguien llegaría desde muy lejos y acabaría arrebatándosela.

A los dos años de vida conyugal nació Muriel, y poco después la polaca desapareció y cerca del mar encontraron su cadáver desnudo. Había cogido un caballo de las cuadras, lo había montado a pelo y, tras galopar toda la noche bajo la lluvia, se había caído al saltar una valla y se había desnucado. Nadie se explicaba cómo había podido cabalgar durante una distancia tan larga sin ser vista,

ni por qué iba desnuda, ni hacia dónde se dirigía. Contaba Anne-Marie que los perros de la mansión también habían desaparecido, y que nunca volvieron.

Todavía no se habían acallado las habladurías sobre aquella muerte cuando mi padre se casó de nuevo, esta vez con una bordelesa muy joven, mi madre. Pero él añoraba a la polaca, y se desesperaba por no haber conseguido entenderla. Decía de ella trivialidades insignificantes, siempre las mismas, y nunca nos aclaraba lo que realmente nos hubiera gustado saber: si creía que ella le amaba de verdad y si era cierto que parecía vivir con un presentimiento o un temor constante. Mi padre guardaba muchas cosas de ella en un cajón de su escritorio: un bucle reluciente, un frasco lleno de medias lunas de uñas, unas zapatillas de charol con el empeine emplumado, un perfume, Saoko, que más de una vez, cuando se creía a solas, le vi aspirar con ojos extraviados.

Tenía yo diez años, y las escenificaciones del encuentro entre mi padre y la bella polaca aún estaban lejos de servirme como pretexto para mi propio placer cuando, una noche, me desperté evocando el roce continuo de una vulva abierta y espumeante con la crin y el lomo lustroso de un caballo al galope, y eyaculé por primera vez.

A cada oleada de placer, un casco golpeaba el suelo con dureza y mi camisón de lino se humedecía.

II

El corsé de color Champagne

Al atardecer, en L'Eau Blanche, el canal de drenaje que contorneaba nuestros viñedos por el sur, los somormujos ejecutaban complicados rituales de cortejo durante la época de celo. Se erguían con las crestas enhiestas, pecho contra pecho; se separaban y se acometían sobre el agua a gran velocidad, pero sin rozarse, con el cuello arqueado; juntaban las alas y se zambullían al mismo tiempo, para concluir, imaginábamos Muriel y yo, en una cópula subacuática cuya contemplación nos estaba vedada. Otras aves se apareaban ruidosamente en los cañaverales o sobre la putrescente alfombra de los nenúfares. Había una especie, acaso un pato o una cerceta, que suspiraba y jadeaba como los humanos. Nunca la vimos, pero sabíamos que era un ave porque al acercamos huía entre los juncos, y oíamos su escandaloso aleteo.

Hay mansiones lujosas, pero frías. La nuestra, modesta en comparación con otros Châteaux de la región, excitaba los sentidos, los ponía a prueba. Por todas partes olía a vino: el olor de la fermentación, el simple olor a uvas del vino joven, el olor punzante del vino perdurable, los complejos aromas de la madurez. El mayor edificio era un largo cobertizo semienterrado donde se almacenaba el vino, y que estaba unido a otro, donde se elaboraba. En la vivienda propiamente dicha, una maraña de escaleras de varios tamaños y formas, de corredores y pasadizos, fruto de una sucesión más o menos afortunada de añadidos, llevaba de una habitación a otra. Había portezuelas disimuladas que se abrían a alcobas, y

puertas ostentosas cubiertas de espejos que sólo encerraban armarios de fondo tapiado. Abundaban los escondites, las macetas con plantas, las formas orgánicas en lámparas, jarrones y muebles.

En ocasiones especiales, casi siempre relacionadas con la cosecha o con el calendario, mis padres invitaban a sus amigos a dormir bajo nuestro techo, y Muriel y yo salíamos de nuestras habitaciones para escuchar el crujir de los lechos, que a medianoche o a primeras horas de la tarde se hacía insistente, y los gemidos, que a veces se convertían en gritos, de las parejas enardecidas.

Cuando aquellas batallas de amor coincidían en el tiempo, el fragor aumentaba. Toda la casa parecía moverse, las torres gemelas oscilaban, las luces de los candiles se estremecían, el fantasma de la polaca se alborotaba, el aire mismo se agitaba y decía: «¡Sí, ahora, vuelve a hacerlo, muévete más deprisa, más deprisa!». Por las mañanas, en las bandejas abandonadas al pie de las puertas, yo buscaba huellas de carmín en los bordes de las copas utilizadas en los brindis nocturnos, y me embriagaba haciéndolas coincidir con mis labios y apurando los restos. Aún no había agua corriente, pero sí bañeras que llenaban los sirvientes, y en ocasiones llegábamos a percibir, husmeando el umbral, el efluvio especiado de cremas, de perfumes, de vapores sutilísimos, de los humores que desprendía un cuerpo cuidado con esmero.

Al pasar por el cuarto de la colada, un corsé de color Champagne cautivó mi imaginación. Esa noche, en mi cama, evoqué sus formas y sus brillos. Descalzo, con un candil de petróleo en la mano y el corazón en vilo, me deslicé por los meandros del laberinto hasta la parte inferior de la casa. La puerta del cuarto estaba cerrada. Busqué las llaves, abrí temiendo no encontrar ya el corsé y exhalé un suspiro de emoción contenida al abrazar su talle sedoso. Tenía aplicaciones de encaje en el escote, cuatro tiras elásticas para las medias y un corte triangular en el bajo, que debía, de llegar casi hasta el ombligo. Completé mi botín con unas enaguas en tono *eau—du—nil* y unas medias de fina red que había en otra cesta. Como no quería arriesgarme a ser visto en posesión de aquellas prendas íntimas, apagué el candil y subí a oscuras.

Poco me faltó para equivocarme y entrar en el dormitorio de Muriel.

Ya en el mío, jugué con el tesoro de varias maneras: vestí la almohada con el corsé, envolví mi pujante instrumento con las enaguas y lo masajeeé, enfundado el brazo en una media reticulada. Eran prendas limpias, pero mi olfato sensitivo, entrenado durante años de relación con nuestros vinos, rastreaba orígenes diversos: cuando menos, el corsé, que retenía una nota ambarina, era de mi madre. Al final, ávido de recomponer en mi dormitorio una figura femenina que pudiera proporcionarme el placer necesario, coloqué las prendas en el suelo, cada una en su posición respecto a las otras, y las tiras elásticas sosteniendo las medias. Imaginé unos senos erguidos y unas nalgas opulentas, y al entrever unos pies que se estiraban para introducirse en las finas medias y las atravesaban hasta quedar retenidos en sus extremos la sangre me fluyó hacia la cabeza, mi cuerpo se agitó con furia y vertí mi apasionado caudal, de abajo hacia arriba y luego de arriba hacia abajo, sobre aquella mujer soñada que era como el negativo de una mujer real. Caí luego como si me hubiera golpeado un rayo. Ahora, tantos años después y tras una serie casi infinita de variados orgasmos, todavía recuerdo la violencia de aquella descarga.

A su debido tiempo, mi respiración se apaciguó. Me incorporé y me puse a limpiar las manchas de las prendas con el agua de una jofaina. Mi experiencia con las sábanas me enseñaba que, aunque al principio el semen parecía irse, al secarse dejaba una huella dura, cristalina, persistente como la de un goterón de cera. Y la aplicación local de jabón más bien contribuía a atiesar la huella. Me contenté, pues, con humedecer el pegajoso reguero y lo froté con una toalla. El roce con las copas enhiestas del corsé volvió a excitarme. De nuevo recompuse la figura, esta vez sobre la cama, y mi arrogante surtidor hizo otra ofrenda, igualmente intensa pero más breve. Sobre las baldosas con dibujos de flores, el esperma hacía el efecto abrillantador de un barniz.

Plegué las prendas y las dejé en el cuarto de la colada. Como aquel recurso me proporcionaba grandes satisfacciones y el hurto nocturno se me antojaba tan romántico como un rapto, recurrí a él con cierta frecuencia. No volví a encontrar el corsé de color champán, pero sí peinadores en tonos rosa o pardo, corpiños verde mirto, corseletes azul jacinto, pantaloncitos bordados y otros

centelleantes adminículos precursores de la lencería mucho más sucinta de hoy. Había prendas de las mujeres que nos visitaban, de mi hermana y de las otras mujeres de la casa, pero la mayoría, y sobre todo las más deslumbrantes, vaporosas y apetecibles, pertenecían a mi madre.

Una noche no encontré la llave del cuarto de la colada en el lugar de costumbre. La circunstancia me intrigó, pero no barrunté nada. Estaba tan habituado a jugar con las prendas femeninas como si fueran piezas de un rompecabezas que masturbarme sin ellas me parecía mucho menos excitante. Por eso sentí un inmenso alivio cuando, tiempo después, la llave volvió a su sitio. Dispuse en el suelo de mi dormitorio el suntuoso surtido de aderezos íntimos, un corpiño y un déshabillé enloquecedores y un par de medias del negro más oscuro, y mi pequeño amigo se enderezó, afanoso, antes de que empezara a acariciarlo.

En algún momento había añadido a mi ritual la costumbre de susurrar los nombres femeninos que acudían en tropel a mi mente, y que no correspondían a ninguna de las mujeres que conocía.

—Sophie..., Justine..., Justine..., Nicole..., Nicole... —jadeaba.

Ya me sentía incapaz de contener la marea que amenazaba con desbordar el dique cuando se abrió la puerta, que en mi lujuriosa precipitación había olvidado cerrar, y entró Anne-Marie. Volví la cabeza hacia ella, boquiabierto y confuso, pero no había poder capaz de impedir que mi cuerpo empezara a bascular en una convulsión de éxtasis.

—Nicole... ¡Anne-Marie, Anne-Marie! —murmuré entre dientes, mientras me derramaba.

—¡Oh, Señor! —dijo ella, sin dejar de mirar mi declinante erección—. Esto explica muchas cosas, Monsieur Pierre.

—No es lo que parece, Anne-Marie —balbucí.

—Monsieur Pierre, no tiene por qué excusarse.

Es normal a su edad... Todas las mujeres de esta casa sabemos cómo se le van los ojos detrás de unas piernas. Pero, si al menos me hubiera dicho lo que hacía con la ropa de su madre, no me habría preocupado tanto, y habría pensado cómo podía usted desahogarse sin que yo tuviera que lavar y planchar de más. Acérquese.

Tirando con delicadeza de mi pene flácido me llevó hasta la

jofaina y me lavó y secó como al niño que realmente era.

—No le diré nada a mi madre, ¿verdad?

—No, pero tiene que prometerme que a partir de ahora se portará bien y no me hará trabajar tanto.

—Se lo prometo.

—¿Puedo hacerle una pregunta un poco indiscreta, Monsieur Pierre?

—Claro, Anne-Marie.

—Todo el mundo sabe que los muchachos alivian su tensión sexual empleando las manos. Usted tiene once años, lo que no deja de ser un poco temprano. ¿Hace mucho que practica con su violín?

—En realidad, no lo sé. No me parece mucho. Primero empecé a correrme por las noches, y luego me di cuenta de que podía provocarlo y hacerlo en cualquier momento del día.

—¿Y usa esta ropa porque le resulta más agradable?

—Sí, eso es. La ropa me ayuda a imaginar que lo hago con una mujer.

—¡Cuánta energía desperdiciada!

Los dedos de Anne-Marie continuaban tocando y acariciando mi verga laxa, que empezaba a crecer y a endurecerse. Sin dejar de mirarme, fue hasta la puerta, corrió el pestillo y redujo la luz del candil. Luego recogió la ropa, la colocó en una silla y volvió a jugar con mi inquieto báculo.

—Qué pronto ha recuperado su vigor, Monsieur Pierre. Es formidable. La cabeza se vuelve púrpura y su pequeño ojo vuelve a abrirse. ¿Le gustaría que le ayudase?

—Me gustaría mucho.

—Ponga la mano entre mis piernas.

Obedecí, agradecido. Mis dedos se introdujeron bajo la falda del uniforme y palparon la suave cara interna de los muslos. Como Anne-Marie no llevaba nada bajo la falda, llegué sin trabas hasta el espeso vellón rizado y acaricié, maravillado, los carnosos labios entreabiertos. Fuera, en el jardín, sonó el irónico ulular de una lechuza.

—¿Le agrada? —me preguntó Anne-Marie con dulzura.

—Oh, sí, sí, mucho. Es tan cálido y húmedo...

Con su mano libre, ella tomó mi muñeca y me guió hasta que

sentí un pequeño botón bajo mis yemas.

—Este es el lugar más importante —susurró—. Acarícielo despacio y luego baje por aquí, así, y vuelva a acariciarlo después de trazar un círculo. ¡Bien, bien! Está aprendiendo muy aprisa.

Sin soltar mi enhiesto cayado, Anne-Marie empezó a temblar y a suspirar. Un flujo acuoso, procedente de sus entrañas, me regó los dedos. La idea de que yo era el causante de tanto placer me llenó de orgullo.

—¡Ah, sí! —gimió—. ¡Sí, sí, sí!

Su vientre tembló y su espalda se arqueó brevemente. Durante unos instantes se balanceó sobre sus tacones, en medio de violentas convulsiones y jadeos. Su orgasmo fue la mecha que propició el mío. Anne-Marie me hizo girar un poco, para que no eyaculara sobre ella, y con sabiduría inigualable me administró *el coup de grâce*, la media docena final de meneos que necesitaba.

—¡Ah, ah! —murmuré en pleno delirio, presa de aquella mano aferradora.

Antes de irse, la doncella me lavó y secó de nuevo, y me metió en la cama. Luego recogió la ropa de la silla y, ya con la mano en el pestillo, se volvió hacia mí.

—Es usted un muchacho vigoroso, Monsieur Pierre. Cuando crezca, hará felices a muchas mujeres.

III

El colmillo de marfil labrado

Desde entonces, la visita secreta de Anne-Marie, poco después de medianoche, se convirtió para mí en el momento culminante del día. La aguardaba en la cama, desnudo bajo el edredón y las sábanas, con esa erección que la impaciencia provoca en todo joven de naturaleza ardiente. Aunque siempre tenía la tentación de hacerme el dormido y de fingir que la erección, que procuraba hacer bien ostensible, pareciera casual y provocara su admiración al entrar en el cuarto, al final me acometía el temor de que el respeto a mi sueño prevaleciera sobre su lascivia, y se retirase antes de descubrir el engaño. Me incorporaba, pues, al veda entrar, y le mostraba mi dardo turgente con impudicia, como esas figuras procaces que representan a Dionisos admirando la pujanza de su propio falo. Con la misma falta de inhibición, Anne-Marie me ayudaba a encontrar el capullo oculto entre su mata rizada y me animaba a acariciar y a explorar el interior de sus dulces y cálidos labios mientras tomaba mi pene, que latía con ansiedad, y sin más preámbulos empezaba a amasarlo y a sacudido.

Cuando yo llegaba antes al orgasmo, lo que sucedía casi siempre, ella se detenía para limpiar con diligencia las huellas de mi pasión juvenil, y luego me obligaba a concentrarme en su propio placer. La contemplación de ese éxtasis que yo le procuraba restablecía mi deseo. Me hacía tenderme en la cama y, eludiendo mi abrazo, colocaba su rostro muy cerca de mi trémula verga, la manipulaba y acechaba mi segunda ofrenda, acontecimiento que

siempre parecía sorprenderla.

—¡Oh! —exclamaba— ¡qué pistolita tan fascinante la suya, Monsieur Pierre! Siempre lista para un nuevo disparo.

Me exprimía a fondo, y luego se iba pretextando que estaba cansada o, si yo insistía, me dejaba interpretar otra melodía en su joyel. Sentado al borde de la cama ante ella, que seguía de pie con la falda levantada, deslizaba los dedos en su gruta untuosa y rosada y hacía titilar su botón de amor como me había enseñado. La visión de sus convulsiones se me antojaba tan arrebatadora que me hubiera gustado prolongarla durante horas. Me parecía que de su entrepierna brotaba un ligero clamor, que no podía ser sino el de su orgasmo. Como todavía intentara retenerla, me amonestaba medio en broma:

—¿Cómo? ¿Aún no tiene bastante? ¡Es usted insaciable!

—La deseo tanto... Si no me ayuda, tendré que aliviarme yo mismo y volveré a dejarlo todo perdido.

Aunque casi siempre hacía caso omiso de mis ruegos, en ocasiones accedía y conseguíamos darnos mutua satisfacción por tercera vez.

Es curioso: su boca apenas me interesaba. Habiendo besado a alguna niña, y también a mi hermana, sin gran placer, creía que el beso era un testimonio de afecto más que un medio de goce. No recuerdo haber besado a Anne-Marie y no logro evocar con claridad su cara, pero la sucesión de paisajes genitales que he contemplado a lo largo de mi vida no me impide rememorar los adorables pliegues de carne bajo los rizos de su pubis cobrizo.

La voluptuosidad, que crece con la costumbre, se aviva con los cambios. Yo le pedía que se acostara conmigo en la cama, que me permitiese verle los senos o acariciados mientras me masturbaba, que me dejara arrodillarme entre sus muslos separados y penetrar en el resbaladizo umbral con mi verga. Siempre se negaba, pretextando que la sencillez de nuestro ritual amoroso hacía que se sintiera más segura. No me importaba mucho, la verdad, porque en lo referente a la carne jamás se dan hechos idénticos, y menos en plena juventud, cuando el placer nos deslumbra con mayor fuerza.

Sabía que tenía novio desde hacía tiempo, y una noche le pregunté si era virgen.

—¡Claro que lo soy! ¿Por quién me ha tomado? —se escandalizó—. Una es virgen mientras no deja que los hombres entren dentro de ella con su pistola. Yo sólo les he dejado hacerlo con el dedo. Y eso que, como ve, no me faltan tentaciones. Si una quisiera...

Me contó que con su novio hacía igual que conmigo: se masturbaban mutuamente. La diferencia principal era que a él le gustaba ser ordeñado deprisa y con movimientos enérgicos; acababa enseguida y se preocupaba tan poco del placer de ella que a menudo la dejaba insatisfecha. Lo que le agradaba de mí es que continuaba estremeciéndome durante largo rato, como si apurara el goce, y parecía disfrutar tanto con lo que le hacía a ella como con lo que ella me hacía a mí.

Le pregunté también si no encontraba mi ariete demasiado pequeño, en comparación con el de su novio.

—No, Monsieur Pierre, se equivoca —me respondió—. Marcello tiene más grueso, pero el suyo es casi igual de largo, y es de esperar que con tanto ejercicio continúe creciendo durante mucho tiempo. Además, el de usted es más elegante. Con todas esas venas y resaltes, y esa terminación en punta, es como uno de esos colmillos de martillabrado que se ven en las tiendas de antigüedades.

A veces me hablaba de la polaca, a cuyo servicio había entrado siendo muy joven, y me describía la calidad satinada de su piel, sus pantorrillas torneadas y sus pies perfectos, con una voz trémula que me hacía pensar si no habría llegado a estar enamorada de ella.

Me había acostumbrado tanto a su presencia en mi dormitorio que, cierta ocasión en que estuvo tres días en Agen, donde tenía a su familia, la añoré mucho y se lo reproché cuando volvió. Me entregó una media suya de color carne y me dijo:

—Cuando yo no esté, puede utilizarla en mi memoria.

—¿Cómo he de usarla?

—Se me ocurren dos modos.

Probamos los dos. El primero consistía en pasarla lentamente, sostenida con ambas manos, por debajo de mi pene, como quien frota un palo hasta obtener fuego. Para enseñarme la segunda, me anudó la media con fuerza en torno a la verga erecta y me hizo bajarla y subirla hasta tocar el vientre, como si jugara al yoyó. Ambas maneras eran efectivas, y merecieron mi apasionado tributo.

Una noche, con el rostro más congestionado que de costumbre, me anunció que estaba embarazada. La noticia me impresionó mucho, pero no tardé en argumentar que, a mi entender, yo no podía ser el causante.

—No se preocupe, Monsieur Pierre —me dijo con dulzura—. Claro que no es usted. Aunque algo de culpa sí que tiene porque su insistencia hizo que acabara concediéndole a Marcel lo que a usted le negaba.

Me contó que iban a casarse, y que se alegraba de que hubiera ocurrido porque ya tenía más de treinta años, y de otra forma su novio no se habría decidido nunca.

Comprendí que la perdía. Viéndome llorar, como un niño a quien le arrebatan los juguetes, me hizo un último regalo: me permitió ver sus senos y hasta depositar un beso en cada uno de aquellos cálidos globos de un blanco crema, por donde corrían minúsculas y deliciosas venas azules.

—Vas demasiado lejos —murmuró, coqueta, tuteándome por vez primera, cuando vio que los pezones se erguían en sus aureolas.

Me masturbó por última vez y se fue. Durante algún tiempo me consolé con las caricias de su media vacía, pero pronto descubrí que nadie podía completar mi iniciación mejor que mi hermana.

IV

La cicatriz

Cuando uno es muy pequeño y se asusta y gatea hacia su madre a la mayor velocidad posible, ¿acaso no son el zapato y la parte inferior de la pierna lo primero que puede tocar y asir para sentirse seguro? ¿Es esa necesidad de aferrarme a algo firme, aunque movedizo, lo que ha hecho que la mayor parte de mi vida haya discurrido bajo el doble signo del tacón alto y de la curvatura del empeine?

Como bien sabían Anne-Marie, mi madre y cuantas mujeres pasaban por nuestra casa, las piernas femeninas, esas formas exquisitamente torneadas de turbadora simetría, me habían atraído desde muy niño. Mi madre sentía también debilidad por los zapatos, y aunque mucha gente se obstina en negar que alguien pueda evocar recuerdos tan antiguos, me cuesta poco retroceder casi setenta años —tengo setenta y seis— para verme a mí mismo dentro de su armario, sentado entre sus fetiches, oliendo los aromas familiares, polvo de talco y cuero fino y flexible. No sólo eran de cuero; los había de satén, de terciopelo y de brocado, con adornos de lazos y de hebillas, y también forrados por fuera con unas plumas negras y brillantes que se subían por los tobillos.

Me fascinaba ver cómo mi madre se ponía las medias de distintos colores y se ajustaba las flechas, espigas o franjas con motivos florales que ascendían por las pantorrillas y se perdían en alturas que producían vértigo. A veces, ya engalanada, cruzaba las piernas y me invitaba a jugar al caballito. Me tenía algún tiempo

balanceándome sobre su espinilla, las manos apoyadas en su rodilla redonda, y luego me abandonaba, tras despertar en mí emociones que yo no sabía cómo desahogar.

Cuando llegaban visitas femeninas me deslizaba bajo las mesas y, semioculto por los manteles, atisbaba zapatos, tobillos y comienzos de pantorrillas, porque todavía era la época de las faldas largas. En ocasiones me atrevía a rozar aquellos objetos idolatrados y aquellos lugares seductores con los dedos, y me divertía comprobar que las damas favorecidas, al advertir que se trataba de un niño, casi nunca protestaban, y con frecuencia me dejaban hacer. Creció mi audacia, y alguna me permitió incluso descalzarla bajo la mesa, y extraer del botín un pie tibio y levemente hinchado, ceñido bajo la lengüeta de cuero negro y enfundado en una media de seda.

Cuando pasé a tener cuarto propio, cada noche le pedía a mi madre que me dejara uno de sus zapatos, y me dormía mirándolo. Las burlas de mi hermana hicieron que renunciase a esa compañía, pero cuando Anne-Marie se fue volví a sentir esa necesidad. El problema era que ya no me atrevía a pedírselos a mi madre.

Una tarde fui a ver a Muriel a su cuarto. Estaba sentada ante su tocador, arreglándose para cenar, y las piernas le asomaban por la bata entreabierta. Sufrí una suerte de conmoción, y en un instante mi hermana dejó de ser una joven a la que estaba obligado a soportar y se convirtió en alguien terriblemente deseable.

Consciente de la impresión que me causaba, me miró con una sonrisa. Se quitó la bata y dio unos pasos contoneándose, con las enaguas puestas. Tenía la espalda musculada, unos senos menudos y firmes y una cicatriz bajo la barbilla, que se había hecho de niña al caerse por una escalera y que no se le notaba al mirarla de frente. Llevaba unas zapatillas de tacón que le había regalado mi padre al cumplir quince años. Al andar, el talón envuelto en la media se levantaba y volvía a caer con un golpeteo tan incitante que de inmediato tuve una erección. Me senté apresuradamente en un sillón, en cuya tela había una representación de la fábula de la zorra y las uvas, y crucé las piernas.

—Todos los hombres sois unos mirones —declaró la perspicaz Muriel, que ya había advertido la prominencia que latía en mi

pantalón—. Veis un poco de piel desnuda y se os cae la baba.

—¿Y no es eso —intenté responder con la desenvoltura de un adulto— lo que las mujeres pretenden?

Dio media vuelta, se plantó desafiante ante el sillón en que yo me había sentado y se alzó las enaguas, bajo las cuales no llevaba nada. Tuve un atisbo de un monte de Venus pequeño y boscoso.

—¿Crees que mis piernas son hermosas?

—Son magníficas.

—¿Te gustan más que las de Anne-Marie?, inquirió con un deje de ironía.

—¿Por qué me lo preguntas?

Resultó que, intrigada por los gemidos que salían de mi dormitorio, una noche había subido al álamo de Italia que daba a mi ventana, un árbol entre cuyas ramas habíamos jugado mucho de niños y por el que yo solía observar cómo trepaba la sombra del edificio al ponerse el sol, y había sorprendido mis escarceos con la doncella. Ante mi incredulidad, me dio algunos detalles irrefutables.

—Lo que más me asombraba —me dijo— era la constancia de Anne-Marie. Seguro que ahora te sientes muy solo.

Se jactó de haber espiado también a nuestros padres, que dormían en el lado opuesto de la casa, encaramada a cierto roble.

—Como es verano —comentó—, se han vuelto muy descuidados, y siempre se dejan el balcón abierto.

—¿No apagan la luz?

Negó con la cabeza y me miró con intensidad, calculando el efecto de la revelación.

—¿Sabes? Tu madre se la chupa a papá todas las noches.

Satisfecha por la expresión de asombro que debía de reflejar mi rostro, Muriel se quitó las enaguas y separó las piernas. Suspiré, y mi suspiro se transformó en gemido cuando mi hermana, decidida a escandalizarme del todo, introdujo un dedo en su boca, lo humedeció con delectación y empezó a acariciar con lentitud su tierno umbral, que quedaba a la altura de mis ojos, ribeteado por los pelos rubios. Aspiré una dulce fragancia, más suave que la de Anne-Marie. Poco a poco el dedo incidió con mayor decisión, y los labios rosados se fueron separando hasta mostrar el botón encapuchado, de un color más claro.

—¡Qué gusto! —exclamó, procaz—. Me encanta que me mires.

Con la mano libre se friccionaba un seno, y yo me deleitaba con cada estremecimiento de su vientre. Hasta mi propio aliento parecía arder.

Muriel se quitó una zapatilla y apoyó la planta del pie en la parte más sensible de mi cuerpo.

—Incluso a través del pantalón —dijo— lo siento duro y fuerte.

Aquel halago me subyugó. No sabía qué me excitaba más: la visión cercana del empeine curvado y de aquellos pequeños dedos de uñas nacaradas tamizados por la media o el obstinado masaje sobre mi apéndice.

—Sácalo ya, Pierre —me ordenó—. Quiero ver lo que tanto atraía a Anne-Marie.

Apoyó el pie en la cara interna de uno de mis muslos para que pudiera desabrocharme la bragueta, pero el vástago estaba tan inflamado que mi torpe manipulación no hizo sino acelerar el proceso. Advirtiéndolo por mi rostro congestionado que no lo extraería a tiempo, Muriel volvió a colocar el pie en mi entrepierna, y lo hizo girar a toda velocidad sobre el talón. Apreté los dientes para no gritar, mientras eyaculaba y mi hermana sentía los sobresaltos de mi sexo.

Aquel movimiento rítmico le produjo un efecto inmediato. Juntó ambas manos entre sus muslos, separó por completo los pétalos de su orquídea y se acarició con frenesí. Todo su cuerpo se contrajo en un placer espasmódico que prolongaba el mío, y la cicatriz violácea que tenía bajo la barbilla se volvió roja, como si amenazara con abrirse.

V

El trazo del caracol

La relación erótica con Muriel era mucho más fluida que con Anne-Marie, porque se desarrollaba en un clima de familiaridad y compañerismo. Además, mi hermana tenía un repertorio carnal más variado, y no perdía oportunidad de enriquecerlo. Absorto en mis elucubraciones, ni siquiera me había dado cuenta de que sus aventuras amorosas se producían casi ante mis ojos. Volvíamos juntos de Léognan, donde cada uno iba a su colegio, pero ella se demoraba siempre con algún chico al pasar junto a L'Eau Blanche o entre las viñas.

Lo que más le gustaba, decía, era que sus amigos se tumbaran de espaldas con el pene erecto y la movieran hacia atrás y hacia delante sobre ellos, sin penetrarla, hasta que llegaba al orgasmo.

Una tarde reciente se había visto en un aprieto. El joven en cuestión no había querido o no había podido controlarse, y en pleno arrebató había pretendido introducir su columna rosa en el cálido nido de mi hermana. A Muriel, que estaba disfrutando mucho, le había costado reunir las fuerzas suficientes para desprenderse de él y golpearle con una piedra. El frustrado amante, que llevaba la cabeza vendada, iba contando que hombres de otro pueblo se habían juntado para darle una paliza.

La contemplación de mis juguetes nocturnos con Anne-Marie le había llevado a considerar mis aptitudes como amante, pero no había querido tomar la iniciativa hasta aquel día en que la visité en su dormitorio y calibró la intensidad de mis apetitos.

Comprendiendo que le resultaría más fácil y menos arriesgado intentar controlar a su hermano que a cualquier otro, ahora se disponía a convertirme en su aventajado discípulo.

Parte de la precocidad de Muriel se debía al influjo de la biblioteca del Château, que databa de la época de nuestros bisabuelos. Nuestros padres nunca me habían prohibido el acceso a tal o cual libro. Pero, como yo iba al colegio de los Hermanos de las Escuelas cristianas, fundado en el siglo XVII por Jean-Baptiste de la Salle, tenía la impresión de que aquellos volúmenes de aspecto solemne no podían contener sino lecciones aburridas y normas estrictas y puntillosas. Por eso la miré con escepticismo cuando me entregó una vieja edición de *La filosofía en el tocador*, de Sade, y con un brillo irónico en los ojos me conminó a leerla.

Iba por el principio, cuando el libertino Dolmancé proclama que la imaginación es el aguijón de los placeres, y ya la tenía tiesa como un palo.

Apenas había avanzado diez o doce líneas, y me encontraba en la frase en que Madame de Saint-Ange declara que lo más sucio, lo más infame y lo más prohibido es el mejor estímulo para la cabeza, lo que nos hace correr de la manera más deliciosa, cuando mi hermana, que estaba tan atenta a mi lectura como si yo fuese un pianista y ella tuviera que pasar las hojas de la partitura, me asió el pene e hizo los movimientos de rigor.

En mi cegadora embriaguez no pude apartar el libro a tiempo, y algunas salpicaduras blancas lo alcanzaron y resbalaron perezosamente sobre las páginas.

Muriel hizo bien en iniciarme a través de *La filosofía en el tocador*, un curso acelerado de libertinaje bajo cuya influencia llegué a creer que nada había más importante que la consecución del placer individual. A mi temprana edad me hubiera gustado afirmar, como Madame de Saint-Ange:

«He depositado quinientos lises en casa de un notario, para el individuo que me enseñe una pasión que todavía no conozca y que pueda transmitir a mis sentidos una voluptuosidad de la que todavía no haya gozado».

Cada noche, cuando los criados y nuestros mayores dormían o celebraban a su manera los esponsales de Venus y Príapo, mi

hermana y yo nos ejercitábamos en alguna de esas voluptuosidades. Uno de mis deseos más fervientes, por apetencia propia y porque Sade hacía su elogio, era lamerle el coño. Por fortuna, y aunque nuestra primera actuación conjunta había tenido lugar estando ella de pie y yo sentado, Muriel no sólo no se oponía a que diéramos rienda suelta a nuestra lujuria en la cama, sino que me arrastraba a ella.

Cada vulva es distinta, y reacciona a su modo.

Quizá las únicas verdades dignas de tal nombre sean esa y nuestra condición de mortales. La vulva de Muriel era de la variedad que los latinos llamaban *Vulva fragans*, con los labios mayores cubiertos de una deliciosa pilosidad rubia, los labios menores pulposos y el botón permanentemente lubricado.

La primera vez que me tendí entre sus piernas, mi hermana enarcó el pubis. Lamí con suavidad su gruta íntima, siguiendo con la lengua los círculos que Anne-Marie me había enseñado a trazar con el dedo y rozando apenas el clítoris con el labio superior. Muriel suspiraba, pero se distraía. Me pidió que le hundiera dos dedos en la vagina y que la explorase, sin dejar de lamer su botón reluciente. Eso la conmovió más, y todo su cuerpo se estremeció de placer. Tuve una súbita inspiración y hundi ligeramente un pulgar en su ano. Mi hermana empezó a gemir y me hundió las uñas en los hombros.

—¡Oh, Pierre! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Sí, eso es lo que quiero! ¡Házmelo!

Enardecido por aquella orden, invertí las caricias. Tomé el clítoris entre el índice y el pulgar, mientras sumergía la lengua entre las nalgas de Muriel y rozaba con ella el cráter rosado. Mi hermana agitó con violencia las caderas, volvió a arañarme en los hombros y gozó largamente. Por un momento imaginé que yo era mi padre y ella la hermosa polaca.

—Ahora sé que puedo confiar en ti —me dijo Muriel después, cuando yo ya me había acostado de espaldas, con el miembro erecto, y se disponía a aplicarme, montada a horcajadas, su tratamiento preferido.

—Yo no estoy tan seguro —repliqué, llevándome una mano al hombro para apreciar la profundidad de sus rasguños.

Aprendíamos diálogos de las obras de Sade y los recitábamos de memoria o improvisábamos sobre ellos. Ella era la voluptuosa Madame de Saint-Ange, por ejemplo, y yo el caballero Dolmancé.

—Dime, querida —la interrogaba yo, lamiendo sus senos con voracidad creciente—, ¿a qué feliz mortal entregaste tus primicias?

—A mi hermano —respondía ella, tomando con la mano mis atributos, como para evaluar su peso y consistencia—. El pobre me adoraba desde la infancia, pero no se atrevía a manifestarlo, y se había convertido en el títere de todas las doncellas de la casa. Al final me confesó su deseo, y nos entendimos sin llegar a la meta. Le prometí que me entregaría a él una vez casada... ¡Qué dura! ¡Oh, Pierre, cuánto me gusta...! Cumplí mi palabra. En la noche de bodas, mi marido se quedó impotente ante mi belleza, y mi hermano se esmeró y culminó la tarea. Nos entregamos a los mayores excesos que cabe concebir, y hasta hicimos un pacto para ayudarnos mutuamente. Yo le busco a las mujeres más excitantes, y él se encarga de presentarme a los hombres con más imaginación y mejor dotados.

—¿Pero acaso el incesto no es un crimen? —inquiría yo, pulsando su adorable clítoris.

—¿Podríamos considerar que lo son las más gratas uniones de la naturaleza, las que ella misma nos prescribe? —me preguntaba, separando completamente las piernas—. Razona por un momento: ¿cómo hubiera podido reproducirse la especie humana, tras las grandes desgracias que padeció nuestro globo, de no ser por el incesto?

Detente ahora, Pierre —susurraba, estremeciéndose en lo que sin duda era un brevísimo orgasmo—. Para un instante. —Muriel respiraba hondo—. Otra vez, esos dedos —decía, con los ojos brillantes—. Más rápido, fuerte... ¿Cómo, si no, pudieron perpetuarse las familias de Adán y de Noé? Investiga, compulsa las costumbres universales... ¡Maravilloso! Sigue... En todas partes verás que el incesto ha sido autorizado y considerado como una ley sabia y adecuada para cimentar los vínculos familiares... ¡Muy bien! ¡Eso es! Si el amor nace de la semejanza, ¿dónde puede darse mejor que entre hermano y hermana? ¡Aaaah, Pierre, estás matándome!

Muriel me dio a leer otras obras del instructivo marqués: *Justine*,

que interpretábamos haciendo ella de Thérèse y yo de Clément, uno de los monjes, y *Los 120 días de Sodoma*, que me abrumó a causa de la gimnasia combinatoria de sus fornicaciones. Sigo sintiendo el mayor aprecio por Sade y me gustaría que la literatura erótica conservara esa función revolucionaria, de impugnación y desacato, que él supo darle. Hace tiempo, sin embargo, que sus diálogos dejaron de inspirar mis desahogos, más por mi causa, sin duda, que por la suya.

Recuerdo que una vez, cuando yo tenía siete u ocho años, le pedí a mi hermana que se apoyara en la pared con los brazos en cruz. Me hizo caso, y yo debí de sentir algún tipo de emoción especial, porque corrí a abrazarle las piernas. Mi padre nos sorprendió en aquella postura. Por la razón que fuera, se enfureció, me riñó con excepcional severidad y me abofeteó.

Ahora tenía ocasión de desquitarme. Tendido junto a Muriel, separaba las nalgas redondeadas con una mano y acariciaba el intersticio entre ellas, avanzando hacia dentro, hasta el suave vello y el principio de sus labios. O cubría sus piernas de besos y lametones, extasiado por aquel cúmulo de delicadezas orgánicas, aquella piel fragante bajo la cual se superponían las almohadillas de carne y discurrían los vasos y los nervios. No me hubiera importado morir así, pensaba, admirando desde muy cerca la curvatura del empeine, el sutil relieve de un tobillo o una marca de nacimiento en la pantorrilla. A ratos me concentraba en sus pies, los calzaba y descalzaba, los perfumaba, les pintaba las uñas, los cubría de pañuelos de seda transparente, les colocaba sortijas en los dedos.

Rodeaba el tobillo de Muriel con un collar de azabache de muchas vueltas y, cruzando el vertiginoso empeine, lo hacía pasar por el dedo gordo, como una sandalia enjoyada.

Me encontró admirando mis piernas y acariciándome. Le dije que imaginaba que eran las suyas y me dio un beso extrañamente casto.

Una noche salimos a escondidas al jardín y trepamos al roble desde cuya copa podía verse el dormitorio de mis padres. La luz permanecía encendida, pero el balcón estaba entornado y sólo llegamos a atisbar, con notable esfuerzo, una camisa sobre el respaldo de una silla y unos objetos que se movían rítmicamente y

que tardamos en identificar, y que no eran sino dos grandes pies desnudos abatiéndose, al borde de la cama, sobre dos esarpines diminutos. Mientras mirábamos, un esarpín se deslizó hasta quedar retenido sólo por los dedos, y quedó en suspenso durante un tiempo que me pareció muy largo, antes de caer.

Me regalaron mi primera cámara, que ya tenía un chasis de rollos, y le tomé a Muriel algunas fotos. Pero, como no sabía revelarlas y no podíamos exponemos a que manos ajenas toquetearan su imagen desnuda, la obligaba a posar vestida, con cuellos de encaje y sombreros de fantasía. Nuestras sesiones fotográficas solían culminar en mi dormitorio, donde se acostaba sobre mí y se restregaba contra mi pene erecto. Me obligaba a quedarme quieto, y cuando notaba que no podía resistir más se detenía. Yo intentaba contenerme hasta que ella gozaba. Luego, tras algunos vaivenes vigorosos, eyaculaba en su vientre. Si nuestros orgasmos coincidían o iban muy seguidos, sentía como si nuestros cuerpos fueran a confundirse, y me parecía que la cicatriz de su barbilla era más un accidente de mi piel que de la suya.

Muriel se puso enferma. Estaba cansada, inapetente, tenía fiebre. Le dolían los oídos y el pecho. El médico se contentó con diagnosticarle agotamiento general, y le prescribió un reposo absoluto. Pero mi hermana estaba enardecida, como las personas que saben que van a morir pronto y se empeñan en vivir a marchas forzadas.

Tampoco yo estaba hecho para contenerme, y su nuevo aspecto, lejos de desagradarme, obraba en mí como un afrodisíaco. Tuvo que guardar cama, pero yo iba a visitarla en su dormitorio tan pronto se quedaba sola, y lamía los huecos de sus codos, sus senos, los pliegues candentes de sus ingles. Quizás intuía ya que iba a abandonarnos, y quería aprovechar su compañía y hacer acopio de momentos estelares antes de que la enfermedad se la llevara. Fue un milagro que no me contagiase.

Una mañana dijo que sentía un dolor punzante cerca del corazón. Tosía y respiraba con dificultad. Murió cerca del mediodía, de lo que por entonces se conocía como gripe española. Mi madre estaba desolada, mi padre gemía y se daba palmadas en la cabeza.

Esa noche consintieron en dejarme a solas con Muriel. Estaba en

su cama, y alguien le había empolvado la cicatriz.

Corrí el pestillo, le toqué la frente, que desprendía un sudor frío, y aparté las sábanas. Iba vestida de comunión y llevaba unas medias negras. Alguien me había dicho, o lo había leído, que hay profanadores de cementerios que usan la baba de los caracoles para ungir la entrepierna de los cadáveres y acoplarse con ellos. Lamenté que nunca me hubiese dejado entrar en ella. Le acaricié las piernas sedosas, me excité y vertí mis jugos. Sobre las medias negras, el semen resbalaba y trazaba surcos con brillos tornasolados, como los regueros que deja un caracol.

Luego me hice a su lado una fotografía, que siempre he tenido cerca, que he copiado en varios cuadros y que ahora mismo estoy mirando, y en la que mi cuerpo parece brotar del suyo, como una de esas emanaciones ectoplasmáticas en las que, a principios de siglo, médiums y fotógrafos desaprensivos querían hacernos ver el alma nebulosa, sorprendida en el instante de abandonar al muerto.

VI

La gran guerra

La muerte de Muriel, que constituía el vínculo más sólido con el recuerdo de la bella polaca, fue para mi padre como una segunda viudez. Se volvió más agresivo, obstinado y melancólico. Paseaba por los viñedos agitando los brazos y hablando solo, o discutía a gritos con el *Maitre de chai* sobre el contenido de azúcar o la acidez de la nueva vendimia. Yo, que nunca le había visto bebido, tenía que bajar casi todas las noches a la bodega para rescatarlo de sus libaciones. Descorchaba los vinos más valiosos por mero capricho, y ni siquiera se tomaba la molestia de decantarlos.

Al mirarme, en sus ojos latía un reproche: la gripe podía haberle arrebatado al hijo en lugar de a la hija. Algo parecía haber cambiado en sus hábitos amorosos. Desde el jardín se veía ahora la luz apagada, pero tras la puerta de su dormitorio sonaban gemidos viriles que no eran de llanto. A veces me preguntaba si mi madre llegaba a disfrutar, porque nunca la oía.

Yo era demasiado joven para sentir intensamente el luto. Más que a la hermana, echaba de menos a la compañera, a mi amante y a la tutora irresponsable que me había abandonado antes de terminar el curso. En mis fantasías reconstruía nuestras noches y les incorporaba placeres que no habíamos llegado a compartir: eyaculaba en su boca o la sodomizaba. Muriel me chupeteaba los pezones y el ano; participábamos en tumultuosas e inacabables orgías entresacadas de libros añejos.

La imaginaba amasando mi verga erecta entre las plantas de sus

pies y cosquilleando con sus dedos de uñas pintadas el glande púrpura, hasta que mi lava lechosa brotaba a borbotones Y le resbalaba, cálida y trémula, por el empeine. Me había quedado con sus zapatos más escotados y hacía que mi pene se deslizara por su interior y asomara, como una lengua vivaracha Y obscena, por la puntera abierta. Un año entero estuve sacrificando a Onán de ese modo.

Mientras, en busca de nuevas revelaciones, seguía registrando la biblioteca. Leí el *Diccionario filosófico* de Voltaire, que acentuó mi incredulidad, y todos los volúmenes de Jean-Cristophe en la edición original de Cahiers de la Quinzaine, que se había terminado de publicar hacía poco y a la que mi madre se había suscrito. Leyendo a Romain Rolland tenía la impresión de que mis sensaciones se avivaban y de que me volvía más sutil, como cuando uno pasea después de la lluvia o recibe en la cara el viento del mar.

Encontré un ejemplar de *Gamiani*, de Musset, que tenía varias páginas adheridas, y que era lo bastante antiguo como para haber sufrido las efusiones amorosas de mi bisabuelo. Fui separando las páginas con un algodón empapado en alcohol y reviviendo las sensaciones que habían inflamado a mi antepasado. No pude resistirme —lo cierto es que siempre he desdeñado la continencia—, y gocé casi en los mismos pasajes, procurando, eso sí, desviar el surtidor al acercarme al clímax.

También había una colección incompleta de *Les maitres de l'amour*, editada por Apollinaire, y un ejemplar de 1907 de *Las once mil vergas*, que me pareció un libro muy divertido y cuyo tono intenté imitar muchos años después, al escribir mi novela maldita, *El caballero d'Eon*.

En agosto de 1914, mi padre se sintió ultrajado al conocer la violación de la soberanía de Bélgica por los militares alemanes. Inmediatamente, y pese a los ruegos de mi madre, se alistó. Delegó las tareas de la bodega y de la viña y partió hacia el frente. Pasó un mes sin que recibiéramos carta suya, y yo estaba convencido de que se había hecho matar. Pero sobrevivió a la batalla del Mame y a la primera ofensiva en Champagne. A finales de diciembre se presentó de permiso. Estaba muy delgado, tenía un aire de desafío y andaba sin doblar las rodillas, como si flotase.

Parecía extrañado de poseer una familia, de que el Châteaueu le perteneciera. Me dio la impresión de que se sentía incómodo, y de que cada noche temía la hora de acostarse con mi madre. Al volver a irse me dio la mano, como si apenas me conociese, y sonrió como si hubiera superado una prueba. Días después, al husmear en el cajón de su escritorio donde guardaba las reliquias de la polaca, descubrí que no estaban. Supongo que mi madre, en un arrebato de puritanismo o de celos, las había tirado.

En sus últimas cartas, mi padre nos hablaba de las ratas que atestaban las trincheras y de las alondras que sobrevolaban los bosques calcinados de Verdún. No nos dijo que le habían condecorado. Lo supimos en marzo, al recibir la comunicación oficial de su muerte. Incapaz de hablar, mi madre me entregó la comunicación para que la leyera. La besé y la abracé, y estuvimos sollozando juntos durante casi una hora.

Luego fui a la biblioteca. Convencido de que sólo el placer podía amortiguar el dolor, fui revisando un volumen tras otro de *Les maftres de l'amour*, buscando los momentos culminantes que tenían la virtud de exaltarme. Todo era en vano: los textos me parecían demasiado infantiles o demasiado cerebrales. La deseada erección no se producía por sí misma, y la perseverante manipulación no causaba más que una congestión penosa. Me pesaba el brazo y ya me disponía a renunciar cuando abrí al azar *La Antijustina*, de Restif de la Bretonne, y leí: «Se corrió al tercer lengüetazo. En su delirio, levantaba las piernas, hacía entrechocar los bonitos tacones de sus zapatos, alzaba el culo para facilitar a su lamedor la aplicación de la boca y de la lengua, que le asaeteaba el clítoris... Lo de entrechocar los tacones de los zapatos lo había heredado de su madre, a quien yo sólo jodía de día, tanto en el coño como en el culo o en la boca, para excitarme con aquello que mejor tenía: las piernas y los pies. Y siempre le pedía que entrechocara los tacones, porque aquella evocación del andar femenino me la ponía tiesa...».

A la imagen suscitada por la lectura se superpuso el recuerdo del golpeteo de los talones de mi hermana contra sus zapatillas de tacón, y me corrí con unas convulsiones que eran el contrapunto exacto de aquel golpeteo y que, si bien no resultaron excesivamente placenteras, me proporcionaron el imprescindible alivio y redujeron

mis emociones plañideras y mis temores.

Luego descubrí que en aquel ejemplar de *La Antijustina* había también unas páginas pegadas, no con semen sino con papel adhesivo. Eran las páginas correspondientes al episodio antropofágico, y la única explicación que se me ocurre es que alguien había juzgado excesivas las hazañas carniceras del monje *Follamuerte*, que mataba, descuartizaba y devoraba a todas las mujeres con las que jodía.

Esa noche fui al dormitorio de mi madre para consolarla. Tan cansado estaba que me dormí en la cama, a su lado. Soñé que una mujer altísima, cuya pierna ascendía como una columna y cuyo rostro quedaba fuera de mi vista, acariciaba suavemente mi pene con la puntera de un zapato negro de cabritilla y aguijoneaba mis testículos y los taladraba con el extremo del tacón alto, dándome placer y dolor al mismo tiempo.

Desperté con una erección formidable y, antes de que pudiera percatarme, había levantado el camisón de satén de mi madre y la había penetrado hasta la ensortijada empuñadura. Ella apoyó sus manos en mis hombros para indicarme que debía irme y dejarla sola, pero yo la había ensartado con una arrogancia y un vigor impropios de mi edad y de mi inexperiencia, y la cabalgaba absorto, a ritmo sostenido.

—¡Ah, no! —exclamó débilmente—. Basta, vete.

Pero yo estaba demasiado enajenado para prestarle atención, y además ella empezaba a responder a mis estímulos. La oscuridad del dormitorio era profunda y, como me había sucedido con la mujer del sueño, no alcanzaba a distinguir el rostro de mi madre. Sin embargo, sus brazos y sus piernas se ceñían a mi cuerpo, y su lubricado corredor absorbía mi grueso báculo, lo friccionaba y comprimía.

—No puedo, es demasiado... —murmuraba ella con palabras entrecortadas—. No puedo... Esto es imposible.

—Sí, sí —resollaba yo, empujando con mayor decisión y rapidez.

Sentía como si mi madre fuese a remolque mío, como si su salvación dependiera de mi tenacidad. Por un instante imaginé que las fuerzas me abandonaban y el pánico empezó a ganar terreno, pero cuando ya desfallecía su mullido cuerpo empezó a agitarse,

yeso me animó a continuar. Jadeó un poco, cada vez más aprisa, y en pleno orgasmo enmudeció. Como el buceador que inhala aire antes de sumergirse, aspiré su perfume, mezcla de olor a almizcle y a rosa de Bulgaria, de iris y heliotropo, y, gritando de voluptuosidad y apretando los párpados, derramé un copioso tributo.

No me atrevía a separarme de ella, por miedo a afrontar la brutal realidad. Mi propio pene se resistía, y contra toda ley de la naturaleza se negaba a perder consistencia. Pero mi madre empezó a llorar, y tuve que salir. Al retirarme, el émbolo hizo un chasquido irónico.

Me dio la espalda y continuó llorando. Las convulsiones del llanto robustecieron mi apetito juvenil. Apreté mi vientre contra su trasero desnudo e introduje mis piernas entre las suyas. Al besarla en la nuca, aquella embriagadora mezcla de aromas se hizo más intensa. Con una mano acaricié sus senos nutricios, intentando abarcar ambos pezones simultáneamente. No estaba seguro de alcanzar la ciudadela del placer desde atrás y en aquella postura forzada, por lo que me alegré al comprobar la viabilidad de la maniobra.

Cuando sintió mi cálida punta presionando entre los labios de su vulva, mi madre se quedó quieta, como un animal deslumbrado en la noche.

—¡Me estás forzando! —protestó.

Pero no era verdad, y su vestíbulo resbaladizo me demostraba la magnitud de un deseo que no controlaba.

—¡Ah, no! —gemí, mientras retrocedía.

—¡No, no, no! —repitió ella, y empujó el trasero hacia atrás para que yo pudiera embestir otra vez y empalarla del todo.

Se debatió durante largo rato, como una trucha presa en el anzuelo, y aguardé a que cesaran sus convulsiones para retirarme con delicadeza, como un gentil súcubo que la hubiera visitado en sueños.

VII

La muerte de Sardanápalo

Hasta la tarde del día siguiente, cuando en el instituto terminaron las clases y me di cuenta de que debía volver a casa, no comprendí que, a diferencia de cuanto me había ocurrido con Anne-Marie y con Muriel, lo sucedido entre mi madre y yo podía alterar el curso de mi vida. Voltaire, Sade y los Hermanos de las Escuelas cristianas, en cuyo colegio había estudiado hasta los trece años, me habían vacunado contra la religión, pero no me habían enseñado a asumir el más prohibido de los incestos. Con mi hermana me había limitado a jugar, o al menos eso creía; con mi madre, sin haber llegado mucho más lejos, me convertía en un transgresor. Mi padre acababa de morir, y para cualquiera que quisiera juzgarme yo había traicionado su memoria.

Subí a una carreta que transportaba toneles de vino y que me dejó en las orillas del Garona, donde estuve horas paseando entre cortinas de altos chopos e islotes de juncos. De vez en cuando, con un rítmico estertor —«Me voy, me voy»—, un barco surcaba el río, y me parecía que su proa reluciente, al embestir las aguas, arremetía contra un monte de Venus traslúcido y lo cubría de esperma. A ratos pensaba que las efusiones eróticas de la noche anterior sólo habían tenido lugar en mi imaginación, pero la distensión total que notaba entre las piernas, y que equivalía al recuerdo físico de un placer inmenso, me desmentía.

Llegué al Château mucho más tarde que de costumbre, sediento y cubierto de polvo. Mi madre ya estaba cenando. Se estremeció al

recibir un beso en la mejilla, pero en su rostro no vi enojo ni repulsa, sino ansiedad y un ligero reproche. Las profundas ojeras, que debían haberla afeado, daban a su mirada una densidad turbadora. Llevaba un vestido negro, de escote cruzado, que parecía concebido más para realzar su belleza que para satisfacer las convenciones del luto.

—Estaba muy preocupada, Pierre —me dijo, y luego, viendo mi aspecto, añadió comprensiva—: ¡No quiero ni pensar en lo que debes de estar pasando!

Sentí como si me absolviera de toda culpa. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho yo sino expresarle mi amor de la manera más grata a los sentidos?

Comí mirándola fijamente, como un animal enfebrecido, sin poder desechar la idea de que era ella, y no los platos que me servían, el alimento que yo necesitaba. Al morder un guisante evoqué sus pezones, que en otro tiempo debieron de resultarme muy familiares, y la visión de una col rizada en una fuente me hizo pensar en la frondosidad de su pubis. Desnudé mentalmente a mi madre, fantaseé con los olores y los sabores de las diferentes partes de su cuerpo. Quería lamerla, chupetearla, deshacerla en mi lengua, darle una satisfacción completa, agradecerle como hijo y como amante. Mi miembro se puso tieso al imaginar que aquellos labios suyos, que resbalaban y se fruncían sobre el tenedor, se deslizaban sobre mi pene como, según Muriel, se habían deslizado cada noche sobre el de mi padre, y que aquellos dientes que roían distraídamente una costilla de cordero mordisqueaban mi asta de carne hasta desgastarla o convertirla en pulpa.

Suspiró al terminar el postre y, aprovechando que nos habíamos quedado a solas, declaró, muy seria:

—Lo que ha sucedido entre nosotros ha sido hermoso, pero también terrible, sobre todo para mí. No habría ocurrido si no me hubiera sentido tan sola, y puedes estar seguro de que no volverá a ocurrir.

Se levantó y se fue, pero antes de desaparecer por la puerta giró la cabeza y me dirigió una mirada en la que aún creí distinguir, más allá de la preocupación maternal, un asomo de coquetería.

Me acosté y en vano procuré dormir. La nostalgia de la piel de

mi madre se combinaba con la idea recurrente de que nos encontrábamos bajo el mismo techo. En la oscuridad extendí los brazos, besé la almohada, me acaricié pensando que la acariciaba, la llamé y me respondí. No pude contenerme y salté de la cama. Con el quinqué en la mano, salí al pasillo y fui por el laberinto de corredores hasta su dormitorio.

Ante su puerta, la decisión me abandonó. ¿Sería capaz de repetir de manera premeditada lo que había sido un acto espontáneo, realizado casi en sueños? Ella ya había manifestado su oposición, y yo, pese a todas mis lecturas licenciosas, carecía de la firmeza necesaria para rendir su voluntad. Se me ocurrió que había un modo muy simple de comprobar hasta qué punto me rechazaba, y era accionar la manivela. Al hacerlo, con el corazón en un puño, noté que la puerta cedía. Me asusté y me apresuré a cerrada con suavidad. También ella, seguramente, estaba poniéndome a prueba. Ignoro qué temía más: contravenir los deseos de mi madre o satisfacer los míos. En cualquier caso, pensaba, sería castigado.

Sentado en un recodo del pasillo, junto a una palmera enana, pensé en una frase de Jean-Cristophe, que describía al protagonista en una situación similar a la mía: «Amaba demasiado para atreverse a gozar de lo que amaba, y más bien le inspiraba miedo». Ahora descubría que esa frase, que antes me parecía timorata e inverosímil, correspondía con exactitud a mis sentimientos.

Miraba alternativamente la luz oscilante del quinqué y las sombras que proyectaba, y mi resolución crecía o flaqueaba según me fijara en la una o en las otras.

Me acordé de las piernas de mi madre, cuando yo estaba a sus pies, de niño. No podía yo imaginar entonces visión más esplendorosa que la de aquellos brillos irisados de las medias adaptándose a los contornos de las pantorrillas, ni movimientos más perturbadores que los de mi madre curvando el empeine para calzarse los zapatos, ni ruido más sugerente que el de su taconeo al caminar por la habitación y al posar ante el espejo de luna, flanqueado por espigas talladas, para cerciorarse de que ninguna arruga, distorsión o mancha alteraba la armonía de sus exquisitos miembros inferiores. Con los ojos de la memoria vi cómo su pie se agitaba, invitador, para jugar al caballito, y, presa de una violenta

erección, eché a correr hacia la puerta del dormitorio donde, al menos eso he creído siempre, había sido concebido dieciséis años antes.

No cedió. Mi madre había corrido el pestillo.

Empujé la puerta, la golpeé. Hubiese querido derribarla.

—¡Mamá, mamá, ábreme! —murmuré, suplicante.

Nada oía, pero la adivinaba al otro lado, cerca, conteniendo el aliento, sin atreverse a abrir y sin querer acostarse. No la llamé más, por no despertar a los criados, y permanecí allí, arrodillado, anhelante y aterido de frío, hasta que la luz del alba empezó a insinuarse en el corredor y comprendí que los privilegios de la infancia habían quedado definitivamente atrás. Nunca volvería a chupetear sus senos ni a acariciar la carne suave de sus piernas, ni a tener sus pies a la altura de mis ojos.

Al día siguiente, domingo, había en la iglesia de Léognan una misa por mi padre. No quise ir, sobre todo porque el tormento de acompañada como hijo me resultaba más penoso que el de quedarme en casa y añorarla como amante. No volvió a la hora del almuerzo, y por la noche me excusé y cené en mi cuarto, alegando que estaba indispuesto. No vino a verme, quizá por temor a ahondar en la herida o porque recelaba una trampa, cosa que quizás era.

Así fue como el diálogo entre mi madre y yo empezó a ser reemplazado por una sucesión de desencuentros, de impulsos de afecto rápidamente contenidos, de silencios cargados de sospecha.

Durante un tiempo quisimos demostrar que no nos necesitábamos, y un acerado desafío desgarró nuestra leve armonía. Luego aprendimos a tolerarnos, e intentamos convivir sin más preocupaciones que las referentes a mi futuro. La calidad de los vinos del Domaine de Chevalier dependía del personal contratado por mi padre. Yo no tenía interés en dedicarles mi vida, pero tampoco sabía qué hacer con ella. Pensando que quizá, como a los vinos nuevos, me hacía falta un poco de trasiego, decidí hacer un viaje. Le dije a mi madre que me iba una semana a Burdeos, y dos días después le escribí desde París.

Pese a la proximidad del frente, a los automóviles requisados, al pórtico de Notre-Dame cubierto de sacos terreros, a la multitud que se agolpaba en los bulevares, ante los quioscos, para leer los

comunicados que llegaban del frente, la ciudad no había renunciado al derecho a reír, a fornicar, a divertirse. Las mujeres habían tomado el relevo de los hombres ausentes, y uno no podía por menos de felicitarse por ser demasiado joven para guerrear y lo bastante adulto como para disfrutar de la visión de tantas damas solitarias. Me producía una curiosa sensación comprobar que la misma guerra que había causado la muerte de mi padre había acortado las faldas. Algunas mujeres iban de luto, como mi madre, y los parisienses juzgaban que la contienda iba bien o mal según el número de vestidos y velos negros que flotaban en tomo.

Ávido de aventuras, fui a todas partes: recorrí las calles y los cafés donde se tomaba granadina o vino caliente, y me paseé a lo largo del río luminoso y tranquilo, por los muelles donde, según nos había contado Anne-Marie, mi padre había encontrado a su primera esposa. Notaba que el fracaso en la relación con mi madre, lejos de endurecerme, me había vuelto más emotivo, menos cínico. Me abordaron profesionales del amor que no correspondían a mi ideal físico, a ese afán de deslumbramiento que nos conduce por la vida y hace que de pronto gitemos: «¡Alto!», y nos detengamos ante una imagen que nos parece más seductora que otras. Supongo que buscaba a una mujer con los rasgos externos de mi madre, pero sin su intransigencia.

Me crucé con mujeres que, aunque se aproximaban a ese ideal, quedaban fuera de mi alcance porque iban del brazo de otro, por mi inexperiencia en el cortejo, por mi falta de medios o por las tres cosas. Recuerdo a una, en las Tullerías, que llevaba un vestido turquesa muy pálido bastante corto, y un sombrero del mismo color. Cogida del brazo de quien sin duda era su amante, andaba con pasos muy breves, como si temiera perder el equilibrio. Me quedé mirándola. Era muy hermosa; tenía el rostro sofocado y los senos muy erguidos. De pronto, al dirigirse hacia el sol, un contorno de color sanguina nimbó todo su cuerpo, su vestido se transparentó y comprendí que iba desnuda bajo él. Envidié a su amante y los vi alejarse, rumbo a algún lecho donde ella podría calmar la excitación provocada por el ligero roce de la seda sobre su piel adorable.

Fue más tarde, en el Louvre, al entrar en la sala donde se exhibía la Muerte de Sardanápalo, cuando el volcán de mi sensualidad entró

en erupción. Ante aquella acumulación de cuerpos desordenados de gran tamaño, expresión extrema de colorido y de tensión dramática, mi pene se atiesó y empezó a aletear en el pantalón. No sabía qué admirar más: la indolencia de Sardanápalo, que desde la cima de su lecho asistía a la inmolación voluntaria de cuanto le había producido placer; la espalda admirable, larga y amplia, de la esclava circasiana que se abrazaba a la cama donde había conocido tantas voluptuosidades; la determinación de la mujer bactriana, al fondo del cuadro, que para no perecer a manos de un esclavo se colgaba de una de las columnas que sostenían la techumbre, o las formas rosas y doradas de otra esclava, que en el momento de ser apuñalada se contorsionaba como si gozase. Mi mirada fue bajando por el cuerpo de esta última, demorándose en los pendientes de perlas, en el contorno audaz de la garganta, en la doble curva del seno, en la línea inacabable del perfil de la cadera y en el surco flexionado de la parte baja de la espalda, que se perdía en la monumentalidad de las nalgas, en las robusteces y sinuosidades de la pierna, hasta detenerse en ese pie entrañable, ceñido por una gruesa ajorca y calzado con una mínima babucha dorada, suficiente apenas para ocultar los dedos, que se encabritaba, mostrando la planta en casi toda su extensión, en un último espasmo.

Mi atención se concentró en esa zona, en un hueco en el que Delacroix había imitado consciente o inconscientemente la hendidura vaginal, y que estaba delimitado por el empeine en tensión y los pliegues de una tela blanca. Tuve la tentación de alejarme, pero ya sentía el cosquilleo, el trasvase de flujos y la rigidez del vientre que precede al orgasmo. El pene apresado brincó con furor, y por primera y única vez en mi vida eyaculé sin acariciarme ni restregarme contra nada. Una explosión desmesurada de goce espasmódico sacudió mi cuerpo, mientras apretaba los dientes para no gritar.

Había poca gente en la sala, pero un hombre se acercó, solícito, y me preguntó si necesitaba algo.

—No, nada —respondí—. Es la emoción.

Se apresuró a informarme de que Stendhal había sufrido mareos o se había desvanecido alguna vez ante una obra de arte, y estaba explicándome que eso era frecuente en personas con gran

sensibilidad, cuando reparó en la mancha que empezaba a aflorar en mis pantalones, y comentó, perplejo:

—Pero, claro, no hasta ese punto...

Salí del Louvre algo avergonzado, pero convencido de que quería ser pintor. Una profesión capaz de procurar tanto placer había de resultar beneficiosa a la fuerza.

VIII

La hembra del camello

Más por ponerme a prueba que por verdadero deseo, durante aquella primera estancia en París intenté trabar conocimiento con mujeres esquivas, que seguramente me consideraron demasiado joven o demasiado torpe: una refugiada belga que residía en el mismo hotel que yo, que no contestaba a mis preguntas y que parecía mirar a través de mí, como si no existiera; una vendedora de una tienda de flores, que a regañadientes me concedió sucesivamente tres citas y no acudió a ninguna; una muchacha que paseaba sola por el parque Monceau y que se defendió de mi insistente asedio a golpes de sombrilla.

No deja de sorprenderme, a estas alturas de mi vida, a pocas horas del final, mi incapacidad para la seducción. Qué poco había aprendido, en realidad, de los personajes de Choderlos de Laclos y de Sade. No es que no me esforzara, y ahí están los ejemplos de Tutune y de mi esposa, y también, en cierto modo, el de Marayat, aunque siempre preferí ser elegido a tener que conquistar. Es, simplemente, que la accesibilidad de Anne-Marie y de Muriel me había acostumbrado a satisfacer mi deseo sin traba alguna. Y es también, pienso ahora, que ese deseo resultaba en mí demasiado evidente, y cuando intentaba disimulado parecía insincero. Pronto descubrí que ir al burdel con asiduidad o buscar en mí mismo a la mujer ideal me costaba menos, física y emocionalmente, que esforzarme por encontrarla, amarla con intensidad y correr el riesgo de perderla. Yo he procedido a la inversa que la mayoría de los

hombres: me he apropiado de lo que juzgaba más seductor en cada una, y he deseado en mí a todas las mujeres.

Ahora, hasta esa atracción que mi propia imagen envuelta en encajes, retocada y manipulada hasta la mixtificación, solía ejercer sobre mí se ha desvanecido. Pero ¿qué opinarán los estudiantes de anatomía que han de abrir mi cadáver cuando descubran que llevo pintadas las uñas de los pies?

Como las profesionales del amor que me abordaban en la calle me asustaban un poco y quería llevarme de regreso a casa algo más sustancial que unos minutos extraordinarios ante la Muerte de Sardanápalo, hice averiguaciones y me recomendaron la casa Suzanne, en la calle Monsieur le Prince, cerca del bulevar St Germain. Vista desde el exterior parecía una tienda de modas anticuada, con un escaparate revestido de espejos que impedían atisbar el interior y una serie de maniqués femeninos de rostro, escote y manos de cera. El busto era de cartón modelado, revestido de guata y de tela, y los cabellos daban impresión de autenticidad. No llevaban ropas.

Sonó una campanilla y accedí a una habitación desierta, iluminada apenas por pequeños apliques.

Una mujer de unos treinta años, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza, vestida de negro y con brazos gruesos como una matrona, acudió a mi encuentro. Tenía un rostro atractivo, en el que se entreveraban un carácter enérgico y una pizca de humor.

—Buenas tardes —me saludó—. ¿Puedo servirle en algo? Soy Madame Ulianov.

—No estoy seguro —le dije. De pronto, temía haber sido víctima de una confusión o de un engaño. Lejos estaba de saber que acabaría convirtiéndome en un habitual de los burdeles.

Madame Ulianov me miró de arriba abajo.

—¿Es algo relacionado con el amor? —sonrió, acogedora.

Asentí. Me preguntó mi edad.

—Dieciocho —mentí.

—¿Y ha podido librarse de la guerra?

Le expliqué que me habían declarado inútil por problemas de salud.

—Espero —declaró, muy divertida— que no sea contagioso.

Me condujo a una habitación de mayores dimensiones y mejor iluminada, con abundancia de otomanas y mesitas, donde había cuatro jóvenes muy distintas entre sí, que sólo llevaban puestos los zapatos. Al verme entrar se pusieron en círculo y me sonrieron invitadoras, con las manos en las caderas.

—Están todas libres. Puede elegir la que más le guste.

Me aturdía aquel despliegue de desnudez femenina. Aunque parecían haber sido seleccionadas para aquel trabajo más por su aportación al conjunto que por sus cualidades intrínsecas, todas eran jóvenes y frescas. No pude evitar mirarles los zapatos, también muy dispares, y Madame Ulianov se apercibió.

—¡Ah! Nuestro nuevo amigo tiene sus aficiones. ¿Qué prefiere, señor: zapatillas de satén y con orillo de cisne, botines, botas, escarpines? —me preguntó, a medida que iba señalándome el calzado de cada una.

—Me cuesta elegir. Todas son encantadoras —balbucí, pero mi brújula ya había apuntado en la dirección que le interesaba, y tendí la mano a la joven con zapatillas de satén, que apenas tendría un par de años más que yo, porque me emocionaba la visión de su empeine desnudo ribeteado de plumón blanco.

Véronique tenía senos pequeños, caderas anchas y un retazo de vello oscuro entre los muslos pálidos. Pagué a Madame Ulianov y cruzamos una puerta tapizada de cuero rojizo algo desgastado, que conducía a un pasillo con habitaciones. La joven me hizo entrar en una de ellas, observó cómo me lavaba y, acostada en la cama, aguardó a que me desnudase. Tras las paredes, delgadas como biombos, se escuchaban gorjeos estimulantes y estertores agónicos.

La novedad de la atmósfera o la frialdad de la situación me habían hecho perder la erección, pero mi diestra compañera hizo que me tendiera de espaldas y se ocupó del miembro decaído. Lo succionó y lo estiró y amasó con cuidado, como hacen los alfareros con el barro, hasta que recuperó una dimensión razonable. Se lamió los dedos y se los pasó por entre los labios semicultos por el vello, para humedecer su voluptuosa entrada.

Luego se colocó a horcajadas sobre mi regazo y noté cómo guiaba mi apéndice y le daba cobijo.

—¡Allá vamos! —gritó con alegría, al tiempo que se sentaba con

fuerza sobre mis muslos y partía al trote.

Mi inseguridad no me impidió responder al tratamiento. El vaivén de sus senos y la brusquedad de sus nalgadas me enardecieron. Las sacudidas sobre mi vientre se aceleraron y se detuvieron con brusquedad, para que la esforzada amazona tomase aliento. Luego se reanudaron, ya con un galope desenfrenado, mientras Véronique llevaba la cabeza hacia atrás, como si me ofreciese la garganta. Pensé en la hermosa polaca cabalgando hacia el mar, y sentí el impulso de acariciar el cabello que azotaba los hombros de la joven amazona. No llegué. Mis manos se contentaron con rasgar el aire, mientras me derramaba con un quejido y ella prolongaba mi placer con algunos embates más. Inmediatamente después, cuando su húmedo nicho retenía aún mi tallo contraído, oí a través del tabique a otro hombre que exclamaba:

«¡Ah, ah, ah!» in crescendo, y pensé que mi orgasmo se prolongaba en el suyo.

—¿He ido muy aprisa? —me preguntó la joven al tiempo que descabalgaba, como si percibiese cierta desilusión.

Le dije que para mí la conclusión había llegado antes de lo que esperaba y me propuso hacerlo otra vez, pero me quedaba el dinero justo para el hotel y el billete de vuelta.

—Te lo haría gratis —me dijo Véronique—, pero Madame es muy estricta. No dejes de venir cuando vuelvas a París. La próxima vez lo pasarás mejor.

La mañana siguiente, tras cerrar mi habitación para abandonar el hotel, vi alineados en el pasillo, junto a una puerta, unos zapatos femeninos que acababan de ser limpiados. Eran negros, de tacón alto y con una tira que cruzaba el empeine en toda su longitud hasta unirse a otra, con hebilla, que ceñía el tobillo. Furtivamente, mientras bajaba las escaleras, los oculté en mi bolsa de viaje.

Antes de subir al tren fui a ver, en el Jardín de las Plantas, a la camella que era el centro de las murmuraciones de todo París. Como la encontraron errando por los campos, cerca del frente, supusieron que había hecho campaña con los argelinos o los senegaleses, y la condujeron al zoológico para hospedarla y alimentarla a cargo del Estado, como a una heroína de las trincheras.

Eso había sucedido meses antes. Luego se averiguó que procedía de un circo, y que nunca había tenido que enfrentarse a los soldados de Von Kluck. En consecuencia, sus numerosos admiradores dejaron de interesarse por ella, salvo cierto fornido padre de familia que, una noche, tras escalar los gruesos muros del Jardín de las Plantas y penetrar en su recinto, fue sorprendido con la camella en plena efusión amorosa.

Decían los periódicos que, para no interrumpir un espectáculo tan enternecedor, el vigilante había preferido aguardar la terminación del asalto. En los cafés, donde se discutían las operaciones en el frente y se acusaba a los generales de inmiscuirse en la política, se especulaba sobre si se había tratado de una violación o, por el contrario, la camella había consentido.

Fui a verla, como digo. Tenía una giba coqueta, con una corona de pelos como un fraile tonsurado, y largas pestañas rizadas. Vino hacia mí, rumiando unas briznas de paja, desde una choza rústica que le servía de hogar y de pesebre.

Desfiló como una modelo por la pasarela, mostrándome con garbo el flanco leonado, y volvió a alejarse. Había en sus movimientos basculantes algo seductor, aunque, desde luego, no era mi tipo.

El tren llevaba pocos viajeros, y mi vagón se quedó vacío a la altura de Poitiers. Bien fuera porque el sol me daba de lleno en la entrepierna o por el traqueteo, me invadió un deseo tormentoso. Pensé en aplacarlo con la mano, pero el hombre es inventivo por naturaleza y gusta de adornar en lo posible cada uno de sus actos. Felizmente no iba desprovisto. Extraje de mi bolsa uno de los zapatos femeninos que había sustraído del hotel, lo acaricié y lo coloqué sobre mi carnosa proyección. Empecé a mover los dos objetos, uno dentro de otro y ambos a merced de las sacudidas del tren, hasta que mi lubricidad se hizo incontenible y derramé bajo el sol, en siete convulsiones espléndidas, una dosis suficiente de licor amoroso.

IX

El veneno de las adelfas

Mi madre me riñó por haber ido a París sin su consentimiento, pero me perdonó cuando le dije que el viaje me había servido para determinar mi vocación. Decidimos que me matricularía en la Escuela de Bellas Artes de Burdeos.

Una tarde, al regresar de un paseo por L'Eau Blanche, tuve el presentimiento de algo inminente. Busqué con la mirada y desde lejos creí distinguir, en la ventana de una torre del Château, el fantasma evanescente de la polaca. Aunque hacía tres o cuatro años que no se me aparecía, tenía la certidumbre de que era ella, porque nadie visitaba las torres. Cedí a mi impulso juvenil y eché a correr. En el patio, hombres con el torso desnudo levantaban pesadas cajas de uvas.

Ya en el rellano del primer piso, oí pasos que descendían. Retrocedí, temiendo que mis jadeos me delataran, y busqué refugio en la biblioteca, desde cuya puerta entreabierta tuve un atisbo de mi madre, que bajaba seguida a cierta distancia del *Maitre de chai*. Abrumado por la sospecha, buscando algo a qué aferrarme, tomé un libro cualquiera e intenté leer, pero las líneas resbalaban ante mis ojos como si se deslizaran a lo largo de un tambor. Me reuní con ella a la hora de la merienda.

Era la belleza serena de costumbre, pero había en su rostro un aire de satisfacción, de deseo colmado, que no cabía atribuir sólo al sabor de las magdalenas ni al café con leche. Le brillaban los ojos, y su fragancia natural se me antojó más intensa. A mí aún me

temblaban las manos. Como todas las tardes, hojeamos la prensa, que llevaba días informando sobre la ofensiva franco británica en Artois. Pero ni ella leía ni yo tampoco. Sus comentarios eran distraídos, y se me hizo evidente que apenas me atendía y que sus pensamientos se remontaban continuamente a lo ocurrido en la torre.

Poco después se retiró a su dormitorio. La puerta de la torre estaba cerrada y no veía cómo forzarla sin despertar sospechas, pero en el escritorio de mi padre encontré una llave que se ajustaba a la perfección. Al hacerla girar oí un profundo suspiro y me asusté, creyendo que había otra persona o que iba a encontrarme cara a cara con el fantasma. Por fin entré en una estancia desordenada, atestada de cuadros, muebles, baúles y otros enseres polvorientos. El suspiro se repitió. Una paloma gris dejó de zurear, arrancó a volar y salió por la ventana abierta.

Al pie de la ventana, en un antepecho extrañamente ancho, unas manos delgadas habían dejado sus huellas en el polvo. Con la tenacidad de un inquisidor, busqué las pruebas que requería. No puedo separar lo que vi de lo que imaginé, e ignoro hasta qué punto supe leer la historia.

Cerca de un baúl, unas pisadas habían arañado el polvo, y alguien se había sentado sobre la tapa. Un catre carcomido había cedido. Y una cortina ajada, arrojada al suelo, había servido para quitar el polvo de una mesa. Deduje que el ritual había comenzado de pie, que la tapa del baúl era demasiado incómoda, que el intento sobre el catre había fracasado y que el sacrificio se había consumado sobre la mesa. Un poco de barro que había al pie de esta, y que sin duda se había desprendido de las suelas del Maitre de chai durante los embates, confirmó mi interpretación.

Poco me faltó para vomitar. Me sentía postergado, humillado, herido en mi virilidad y en mi confianza. A la mayoría de las personas les gusta burlarse de las pasiones de la adolescencia, pero no pueden negar que les dominan y les sirven de guía durante esos años palpitantes, y que han tenido que atemperarlas para integrarse en la vida adulta. ¿Qué niño no ha deseado alguna vez matar a sus padres, y no ha imaginado una y otra vez la escena en que se arrodillaban ante él y le pedían perdón por sus muchas culpas,

antes de ser inmolados? Por mi parte, nunca he perdido esa capacidad de sentir intensamente, y esto es lo que me sitúa lejos del decoro y los convencionalismos, de los conceptos de respeto y posición social. Aún puedo, sin gran esfuerzo, volver a experimentar mis celos de entonces, sentir aquel agobio que me producía arcadas y retortijones.

Se me antojaba intolerable que mi madre se hubiera entregado a un desconocido, que lo hubiera preferido a mí. Quería irme lejos y olvidarlos, pero antes debía vengarme. ¿Sería la primera vez que lo hacían? ¿Les mataría a ambos, a él o sólo a ella?

En uno de aquellos baúles había visto, de niño, uniformes de capitán de barco, espadas y pistolas de pedernal pertenecientes a un antepasado, de quien se decía que había participado en la batalla de Trafalgar, antes de desaparecer, según unos en las costas de Mrica y según otros en algún paraje entre las Antillas y México. Busqué aquellas reliquias y encontré los uniformes acribillados por la polilla, los cañones de las pistolas corroídos y las garras del pedernal perdidas o dañadas. Me entretuve arrojando la cortina al aire y rasgándola con un sable de abordaje, que era el arma mejor conservada, pero también la menos adecuada, de aquel arsenal caduco. Luego, ya más calmado, recordé que el *Maitre de chai* me había salvado una vez, a los cuatro o cinco años, de quedar atrapado en una prensa, y pensé que por fuerza tenía que ser mi madre quien lo había seducido y conducido a la torre.

Había oído hablar de las propiedades tóxicas de las adelfas, pero no había tenido ocasión de comprobadas. Arranqué unas hojas, las rompí en pedazos, las machaqué y mezclé con agua. Con insensata premeditación empapé en el líquido resultante una albóndiga sustraída durante la cena y se la ofrecí a una de nuestras gatas, a la que previamente, para evitar que huyese, había encerrado en la biblioteca.

La gata mordisqueó despacio la albóndiga, como si no le entusiasmara su sabor, pero acabó comiéndosela entera. Media hora después empezó a agitarse, a arañar los muebles, a encaramarse por las estanterías. Fue hacia la puerta y maulló como si buscara ayuda. Tenía las pupilas dilatadas, y me miraba como trastornada. Dejé de veda durante un rato. La encontré en un rincón, tendida, con los

ojos abiertos y fijos y la boca espumeante. Aún no estaba muerta. Mientras la contemplaba, se le relajaron los esfínteres y expulsó un líquido amarillento y nauseabundo.

Quedaba el problema, que solucioné con una jeringuilla, de cómo introducir el veneno en la golosina sin empaparla. No me atreví a aumentar la dosis. Dejé pasar unos días, para que nadie relacionara una muerte con otra, y cierta tarde en que llegué al salón antes que mi madre inyecté el jugo letal en una magdalena. Oculté la jeringuilla en un bolsillo, envuelta en un pañuelo. Luego abrí el periódico y fingí concentrarme en la conquista de Polonia por los imperios centrales.

Cuando llegó mi madre, nos sirvieron el café con leche. Yo había girado el plato de modo que la magdalena en cuestión le quedara lo más cerca posible, pero había otras cinco y no podía saber si terminaría probándola. Eligió una que no era, y la imité. Masticábamos al mismo tiempo.

—¿Te pasa algo? —me preguntó, intrigada por mi actitud vigilante.

Negué con la cabeza, y ella volvió a su lectura y comentó, como si tuviese una premonición, que los alemanes habían vuelto a usar el gas de cloro en las trincheras. Tomó la magdalena envenenada, sin mirarla, y ya iba a morderla cuando grité: ¡No!, me precipité sobre ella y se la arrebaté de un manotazo. La magdalena chocó contra la pared y cayó al suelo. Aterrada, mi madre se escudó tras su silla y me miró como si no me reconociera.

—Iba a envenenarte —le dije, mientras volvía a sentarme—. Lo siento. Sabes que te deseo, sabes lo que siento por ti.

Le confesé que la había visto al bajar de la torre, con su amante. No negó ni confirmó nada.

Me eché a llorar y se acercó y me acarició el pelo, mientras yo le miraba las piernas y mi irritable instrumento empezaba otra vez a forjarse ilusiones. Mi madre debió de notarlo, porque al instante retrocedió y me dijo que, puesto que ya habíamos decidido que estudiaría en Burdeos, convenía que partiese cuanto antes. Insistió en que en el Château yo tendría siempre un hogar, pero ella prefería que no volviese.

Al día siguiente nos despedimos. Me sentía ingrátido mientras le

daba el último beso. Mi madre quería asegurarse de que no me faltaría nada, y me preguntó cuánto dinero iba a necesitar. Le dije que me conformaba con la parte de los ángeles, que es el vino, aproximadamente un cinco por ciento del total, que se evapora del barril, a través de la madera de las duelas. Ella lo entendió de manera literal, y me dijo que percibiría una renta anual equivalente al cinco por ciento de los beneficios de cada cosecha.

X

La vulva ardiente

Uno siente siempre que el amor que dirige hacia una mujer no es arbitrario, pero bastaría que hubiese vivido en una calle y no en otra, en esta ciudad y no en aquella, o que entrase en determinado burdel y no en el contiguo, para que su vida erótica estuviera jalonada por hitos diferentes.

Aunque tenía la subsistencia garantizada, no me hallaba en condiciones de despilfarrar el dinero. Por fortuna encontré una buhardilla en la plaza de la Bolsa número 12, un minúsculo alojamiento de dos habitaciones y cocina que compensaba su pequeñez con la vista sobre el río y con su ubicación en uno de los conjuntos arquitectónicos más admirables de Francia. Algunas noches, cuando paseaba por la ciudad desierta, tenía la impresión de que las fachadas de los edificios de Burdeos eran decorados de un sueño, y fantaseaba con la idea de que yo era una de las pocas personas que realmente vivía en aquellas casas espectrales.

La Escuela de Bellas Artes había sido poco antes un hospicio, y estaba situada en una antigua abadía de los benedictinos, con su correspondiente claustro. Los profesores, «maestros» cubiertos de medallas, empezaban a digerir el impresionismo con más de medio siglo de retraso. Algunos concedían a regañadientes que Cézanne, muerto diez años antes, había sido un gran pintor, pero se oponían con firmeza a los cubistas y abominaban de los Fauves. Aunque yo desaprobaba sus criterios, tenía interés en aprender la técnica, y les escuchaba con atención cuando me iniciaban en los artificios de la

perspectiva, del trompe-l'oeil y del color.

Me aburría dibujar vaciados de yeso, pero disfrutaba pintando paisajes o copiando desnudos del natural. A veces, las modelos posaban para nosotros con los muslos separados, como en espera de un amante. Sus vulvas carnosas se dilataban y abrían al sentir que nuestras miradas convergían en ellas, y cuando un rayo de sol las bañaba el brillo de su humedad se hacía visible. Sus rostros no siempre eran tan hermosos como sus cuerpos.

Costaba mucho intimar con ellas, porque al término de las clases las esperaban sus novios merodeando por el claustro, como monjes en celo. Cuando alguno de ellos se retrasaba, su amiga le aguardaba mientras los aprendices de pintor permanecíamos al acecho tras alguna columna, acariciándonos la verga bajo el pantalón, dispuestos a una suplantación que nunca llegaba a producirse.

Con frecuencia, antes de decidirme a subir por la alta escalera que conducía hasta mi buhardilla, iba al burdel o daba vueltas en tomo a la fuente de las Tres Gracias, que se alza en medio de la plaza de la Bolsa. Anticipando en cierto modo mi pasión por las muñecas y los maniqués, codiciaba las seductores estatuas de bronce, vestidas con túnicas de ceñidos pliegues por los que se deslizaba el agua. Luego, ya en la buhardilla, me dejaba llevar por la inspiración del momento. Como un chamán que desparrama un montón de huesos tratando de descifrar el futuro, desplegaba ante mi vista una prenda interior o un zapato de Muriel o de mi madre, las fotos que le había hecho a mi difunta hermana o una revista picante, y les rendía jubiloso homenaje. También yo, como mi padre, iba formando mi colección de reliquias eróticas. La escena se repetía tan a menudo que, cuando hacía calor, el olor dulzón del semen emanaba de la buhardilla entera.

Una noche, tras haber deseado más que de costumbre a la modelo de turno, me pareció que la consecuencia natural de mi adoración era masturbarme ante la obra que la representaba. Apoyé mi boceto en el respaldo de una silla y manipulé mi glándulo con amorosa impaciencia, como quien agita un cubilete de dados. Sentí la subida de la savia, la imperiosa palpitación, la eclosión final, y me derramé directamente sobre el boceto. Viendo que, al caer, el semen brillantaba los colores, se me ocurrió que quizá serviría

también para dar cuerpo a la pintura y hacerla más elástica, como la yema de huevo que utilizaban los antiguos. Los ensayos confirmaron mi teoría. Desde entonces he mezclado el óleo con el semen que guardo en la nevera, en un frasco transparente, y que produzco según mis necesidades pictóricas. Esas masturbaciones utilitarias suelen resultar menos gozosas, porque requieren la utilización del preservativo.

Imagino la expresión de desconcierto de la policía, cuando registren el piso y encuentren el frasco con mis últimas destilaciones.

El primer cuadro al que apliqué el procedimiento fue un retrato de Muriel en tonos verdes y amarillos, basado en la fotografía que me hice junto a su ataúd y en la que, como en una versión herética del mito de Adán y Eva, mi cuerpo parece surgir vacilante de una de sus costillas, entre los senos aplastados. He pintado muchas versiones de esa fotografía, pero sólo conservo la primera. Pese al tiempo transcurrido, resplandece como una joya gracias a la generosa cantidad de semen que empleé en ella. *Toujours pret*: esa podría haber sido mi divisa.

Tenía entonces tanta potencia sexual como para derrocharla, e incluso me acostaba con mujeres que no me gustaban del todo. Y es que hay un amor a la materia, a la carne femenina, que es también profundamente sexual y se desentiende de la noción convencional de la belleza. Yo me he sorprendido besando un vientre opulento, unos senos caídos o una pierna llena de varices, sólo por amor a la carne. Tan excitable era que la visión casual de un vestido escotado o de un par de pantorrillas por la calle me desazonaba hasta que encontraba la ocasión de aliviarme. Hoy eso ha cambiado. Permanece el deseo, pero el placer se hace esperar. Ha perdido la noción de la urgencia. ¿Y de qué sirve un deseo que no puede satisfacerse al instante, en el momento preciso en que surge?

El burdel más hospitalario, donde encontraba un trato más amable, era el de Madame Ravel, en mi mismo barrio. En la planta baja, además del salón, había un restaurante, y las habitaciones se encontraban en el primer piso. Muchos clientes pasaban de un modo natural de una necesidad a otra, de la comida al sexo, y los más habituales fornicaban como complemento, como quien toma un

postre. Tras la sobremesa, la gente callaba, dejaba a un lado la palabrería y se expresaba libremente con el cuerpo.

Me fijé en Tutune la primera vez que la vi en el salón. Debía de haber ingresado en él hacía muy poco. Era esbelta y más alta que yo, y aunque sólo necesitaba pagar para obtener sus favores me pareció casi inaccesible. Tenía la piel de un negro azabache, los ojos grandes y los labios protuberantes, oscuros, vueltos hacia fuera como los de algunos peces. Hablaba con voz cantarina, cambiando continuamente el tono, de una manera a la que tardaría en acostumbrarme. Y se reía con facilidad. Esa disposición, que en otras personas es fruto de la necedad, parecía indicar en ella una verdadera generosidad de ánimo. Uno se sentía bien al oír aquella risa, como si recibiera un regalo. Mientras yo la miraba, el hombre que bebía con ella se decidió, y subieron juntos. Tuve que conformarme con una de sus compañeras, pero pensaba en ella mientras emprendía la vigorosa escalada del placer.

La segunda vez fui más afortunado. Tan pronto entré en el salón se me acercó andando con una extraña elegancia, en parte debida a la excepcional longitud de sus pasos, y me preguntó, riendo, si quería beber algo. Le dije, haciendo acopio de valor y mirando hacia arriba, que la sed me entraba siempre después, no antes.

Llevaba una combinación verde jade y unas medias que eran exactamente del color de su piel.

Poco después, al verla en la cama, desnuda, negra sobre las sábanas blancas y con la hendidura pulposa, rosada e imberbe, no pude contener una exclamación de sorpresa, y en el mismo instante me sentí implicado emocionalmente. No era sólo una atracción física muy intensa; era también una visión mágica, el amor loco de un pintor orientalista, el ansia repentina de utilizar una paleta repleta de colores, de extender el lienzo sobre el suelo y verter a chorros la pintura sobre su superficie.

Me tendí a su lado y me quedé mirando aquellos labios tentadores de su entrepierna, tan abierta, tan tierna, tan vulnerable en apariencia, que formaba un contraste tan espectacular con el resto de su piel como el fuego que asoma entre la lava de un volcán. Tutune parecía más desnuda que ninguna mujer que hubiera visto antes.

—¿Es una nueva moda? —le pregunté.

—No, es una costumbre muy antigua del Senegal. Resulta muy cómodo, y es más higiénico. ¿No le gusta?

Los pliegues de la carne resultaban sorprendentemente suaves y cálidos al tacto.

—Ya ves que sí —señalé mi pene, que tamborileaba de impaciencia.

Si la vulva era cálida, el interior ardía como un horno. Estuve a punto de retirarme, como cuando uno mete el pie en una bañera demasiado caliente, pero acabé hundiéndome en las profundidades con un vehemente empujón, aunque no con la suavidad a la que estaba acostumbrado. De pronto, su vagina se puso a vibrar con fuerza.

Me quedé subyugado, sin hacer nada, mirando los labios de su boca, que parecían ribeteados de una línea negra, y sus senos de pezones protuberantes, y dejé que Tutune, que exteriormente tampoco se movía apenas, me llevara cada vez más lejos, hasta el orgasmo liberador. Luego siguió exprimiéndome durante largo rato. Al ir a retirarme, tuve por un instante la sensación de estar atrapado y de que no podría salir. Finalmente, mi pene hizo el ruido de una botella al ser descorchada, y Tutune volvió a reír y dijo que eso daba buena suerte.

No pude evitar otra mirada de admiración hacia aquel sexo incandescente que funcionaba como un organismo autónomo, y que no necesitaba del concurso de piernas y nalgas para dar placer. Le pregunté si se lo afeitaba todos los días.

—No me lo afeito —respondió—, me lo depilo.

—¿Pelo a pelo?

—Pues claro.

Mientras la contemplaba, la cueva imberbe empezó a palpar y a rezumar mi ofrenda. De allí cabía esperar que brotase hasta una columna de humo. Introduje la cabeza entre los muslos separados para besar aquellos labios tentadores.

—¿Qué hace? —me interrumpió Tutune, enredando sus dedos entre mis cabellos.

—Voy a darte placer.

—No, aquí no —me dijo—. No me gusta mezclar el placer con el

trabajo. ¡Estaría muerta en una semana! Si quiere, puede volver a entrar.

Descansé a su lado, mientras ella masajeaba mi verga relajada para hacerla crecer. El contraste entre el perfecto control de sus músculos internos y la relativa torpeza de su mano no podía resultar más desconcertante, pero la desnudez de aquella vulva actuaba como un hechizo, y el acicate de traspasarla de nuevo hizo que me repusiera pronto.

Esta vez, la entrada fue mucho más suave. Me deslicé hacia el interior como si patinara, y la frescura remanente de mi propio semen atenuó el ardor.

XI

La mujer de ébano

Cabía la posibilidad de que, si la guerra se prolongaba, me movilizasen. Como no estaba dispuesto a dejarme matar sin más en una trinchera, aprovechaba mis excursiones por los alrededores, en busca de motivos paisajísticos, para adiestrarme en el manejo de las armas. Compré un viejo Máuser, que resultaba demasiado pesado cuando había que transportar además los útiles de pintura, y un revólver de seis disparos, que ahora yace en mi mesita de noche, junto a la cama donde escribo. Como no soy cazador, me contentaba con apuntar a las ramas.

Siempre he creído que el tiro al blanco y el amor físico despejan la mente y vuelven la vista más aguda, y que en consecuencia son buenos para la práctica de la pintura. De joven sólo podía pintar si copulaba o me masturbaba antes, pero quizás era porque el exceso de vitalidad me impedía concentrarme. Hace semanas que no hago el amor, desde que se fue Sieglinde, y últimamente trabajaba más en mis montajes fotográficos que en mis cuadros. En cuanto a disparar... No, me resisto a adoptar ese tono lúgubre, fácil, quejumbroso.

Por entonces había muchas exposiciones colectivas en las que uno podía participar sin salir de Burdeos: el Salón de la Sociedad de Amigos de las Artes, el Salón de las Artes Decorativas, la exhibición de los trabajos de fin de curso de la Escuela de Bellas Artes, la muestra anual de la Escuela departamental de Arte Aplicado de la Gironda, el Salón de Dibujantes, el Salón de Otoño... Todo esto no

constituía, sin embargo, más que un espectáculo organizado por la sociedad bienpensante para fingir interés por las artes plásticas. Se pretendía favorecer lo que se consideraba de buen gusto, y relegar las obras de vanguardia. No era de extrañar, pues, que todos los pintores bordeleses de talento y de tendencias innovadoras hubiesen abandonado la ciudad: Odilon Redon y Albert Marquet a finales de siglo, André Lhote hacia el año 1910.

He alzado el lápiz —siempre he escrito a lápiz, por mera rebeldía—, y de repente he tenido la visión de una vida alternativa en un mundo distinto. Me he visto a mí mismo en el Château, llamando a la puerta del dormitorio de mi madre, y esta vez la puerta se abría. Me he visto en París en 1956, la noche en que se inauguró la exposición de mis cuadros organizada por Breton, y ahora no sólo obtenía una buena acogida de los compañeros surrealistas, sino también de los críticos y de los compradores, que se peleaban por mis telas. Adquiría un apartamento con ventanas al Sena, me mudaba a vivir allí y hacía el amor con exuberantes estrellas de cine, desnudas bajo impermeables mojados.

Si apenas he salido de Burdeos es por pereza, por obstinación, por haber pensado que para mi trabajo era indiferente vivir en un sitio o en otro, por creer que, en la época de las comunicaciones, mis méritos habrían de ser reconocidos sin que importara mi lugar de residencia. ¿Me he equivocado? Al menos aquí he estado a salvo de todas las influencias, y he podido seguir mi propio camino.

Vendí mi primer cuadro, una vista bastante convencional del Puerto de la Luna, esa curva prolongada que hacen los muelles de Burdeos, en la exhibición de fin de curso de la Escuela. Ya me imaginaba célebre, gustando a las multitudes, acosado por las mujeres. Para celebrarlo fui al burdel de Madame Ravel, pedí dos botellas de Champagne y me encerré en una habitación con Tutune.

Quería llenarme con ella los ojos y el resto de los sentidos, y empecé a besada desde las puntas aceradas de sus senos hasta los alargados dedos de los pies, que tenían una rara cualidad ideal, como una obra de arte clásica. No quería, entre esos extremos, omitir ni curvas, ni llanuras, ni protuberancias, ni pliegues ni surco alguno, pero Tutune era de una austeridad africana, y todo cuanto se apartaba del íntimo abrazo la desconcertaba. Se agitó, inquieta, y

me instó a que entrara en ella.

—Si no hay más remedio... —le dije, con la voz ronca de deseo.

Entré en el crujiente horno con las debidas precauciones, y ella me alentó separando las piernas tanto como pudo y acariciándome con firmeza la espalda desnuda. Luego, sus músculos internos hicieron presa y ciñeron mi instrumento como una mano. Asíó mis nalgas y las arañó levemente. Entreabrió la boca y se pasó la lengua por los labios, sin dejar de mirarme, mientras continuaba ordeñándome. Quise ver en aquellos detalles más un síntoma de que empezaba a corresponder a mi afecto que una habilidad de su profesión, y di un largo y gozoso suspiro, al tiempo que derramaba mi licor en su duna escindida.

—Estás cansado —me dijo, soltando la presa.

—Lejos de eso —repliqué—, es que me reservo para la continuación.

Abrimos la primera botella, bebimos y seguí besándola, mordisqueándola y acariciándola con la lengua. Quería conseguir que se estremeciese, descubrir la clave recóndita de su orgasmo. Me intrigaba que, salvo por aquella habilidad íntima, fuera tan pasiva. Estaba lamiéndole con delicadeza el empuje de ébano cuando el pene se me endureció de nuevo, y separé sus piernas para volver a naufragar entre sus labios lampiños.

—¿Siempre lo haces dos veces? —me preguntó poco después, consumados ya los fuegos de artificio.

—Esto —alardeé, vertiendo un poco de Champagne en el grano de café de su ombligo— es sólo el principio.

Se echó a reír con su risa contagiosa mientras yo reanudaba el ataque. Besé sus párpados, succioné los lóbulos de sus orejas, husmeé en sus axilas, sorbí el contenido de su ombligo, friccioné sus nalgas y sus muslos. Repasé las habilidades adquiridas e incluso intenté recordar caricias inéditas, aprendidas en la biblioteca del Château. Pero el tercer intento de provocar su excitación tuvo como único efecto el de despertar otra vez la mía. Aunque con cierta renuencia, mi atareado miembro reaccionó y volvió a inyectar una dosis menor pero particularmente gratificante, acaso porque había sido obtenida con mayor esfuerzo.

Tutune no quería beber más, pero yo abrí la segunda botella.

Cuando Madame Ravel llamó a la puerta, le dije que no se preocupara, que pagaría por quedarme toda la noche. Mis gestas eróticas y las libaciones causaron el efecto natural, y me dormí. A ratos me despertaba y veía la figura de azabache de Tutune acostada a mi lado, tal como se había quedado la última vez que la penetré, con la nuca en la almohada, los brazos a los lados y las piernas separadas. Sus senos puntiagudos bajaban y subían al ritmo lento de su respiración. Una sola vez, a las cuatro o las cinco de la madrugada, me sentí con fuerzas para otro asalto. Tenía el miembro muy sensibilizado y desconozco de dónde extraía las reservas, pero el caso es que ensamblé sus partes con las mías y empecé a moverme. No respondió. Parecía un tótem ancestral, derribado en las entrañas de la selva por una tormenta, y yo me acordé de cierto relato, creo que de Mac Orlan, en el que un marinero vuelve de noche a casa, muy cansado, y hace el amor a oscuras con su mujer, sin apercibirse de que está muerta.

Al amanecer le pedí que me acompañara a mi buhardilla y se negó, pero parecía impresionada por el hecho de que le dedicara tanto tiempo y tantas energías. Conseguí que aceptase a regañadientes hacerme una visita, tan pronto tuviera un día libre.

Incluso para masturbarme necesitaba evocarla. Comprobé el alcance de mi dependencia cierta tarde en que, como la visita prometida se difería, fui al burdel y descubrí que estaba ocupada. Tentado por el capricho de la infidelidad, me acosté con otra. Mi ariete desfalleció en plena contienda y sólo pudo recuperarse a base de paciencia, imaginación y un prolongado lameteo.

El día señalado fui a recogerla y me quedé maravillado de su aspecto, porque siempre la había visto desnuda o en ropa interior. Llevaba un vestido muy escotado, del que sus senos sobresalían como membrillos y que me recordaba a las damas del Primer Imperio, salvo por lo abigarrado de sus colores: marfil, naranja, rosa, verde guisante. Íbamos por la calle y escuchaba la murmuración de los transeúntes, que para contemplarla se apartaban a nuestro paso.

Tuve una erección mientras subíamos las escaleras y admiraba la tensión de sus nalgas bajo el vestido. Una vez arriba lo escudriñó todo. Miró mis cuadros y me miró a mí, como si le extrañara que

fuese yo quien los había pintado.

Yo había hecho instalar, para asistir a sus metamorfosis, un espejo en el dormitorio. Nos desnudamos y, como ya no tenía la excusa del lugar, le pedí que se abandonara. Durante largo tiempo estuve explorando su horno con los dedos, hasta que comenzó a respirar con mayor fuerza y noté una lubricación incipiente. Una y otra vez la conduje al borde del clímax y me detuve. Gemía, arqueaba el cuerpo y ambos teníamos las espaldas cubiertas de sudor. Cuando consideré que era suficiente, mi lengua se centró en la estimulación de su clítoris, mientras los dedos seguían aleteando, incandescentes.

Profirió un último vagido y tuvo un estremecimiento que me pareció débil para una mujer de su envergadura. Pero de pronto, cuando ya suponía que había terminado, unas mínimas vibraciones empezaron a sacudir su cuerpo y fueron creciendo hasta el estallido final. Todos sus músculos se contrajeron. En pleno orgasmo, las esbeltas piernas se le endurecieron como el hierro y sus pies se tensaron y encabritaron. Balanceándose sobre las nalgas, agitó los brazos como si nadase de espaldas, hasta tocar los barrotes del cabezal. Comprendí por qué me había dicho en el burdel que, si cedía al placer cada vez, estaría muerta en una semana.

Se quedó exhausta durante un buen rato y luego, riendo, me mostró una uña que se le había roto al debatirse contra los barrotes. Cuando le pregunté si quería quedarse a vivir conmigo, se puso solemne, me dio la espalda y, mirando su rostro en el espejo, me respondió que sí, si Madame Ravel daba su consentimiento.

Madame se quejó un poco. Por lo visto, el contraste entre la pasividad externa de Tutune y aquella cualidad volcánica de su vagina tenía sus adeptos. Proclamó que le arrebatava a una de sus mejores pupilas y hube de asegurarle que no me la llevaba para explotarla por mi cuenta, pero se negó a aceptar el dinero que le ofrecí como compensación.

Entonces se inició para mí una época de continuo deslumbramiento. La aptitud de Tutune para el placer cambió. Se hizo más propicia y aprendió a abandonarse, pero nunca perdió la espectacularidad de sus orgasmos. Jugábamos a averiguar cuánto tiempo podía excitarla antes de encaramarme sobre ella, y a veces

ambos nos equivocábamos y ella alcanzaba el éxtasis antes de que yo la penetrase. Siempre fue para mí una amante sobria en gestos y en palabras, pero cada una de sus caricias resultaba enormemente efectiva, y a veces me recordaba a mi hermana.

Le gustaba ofrecerse desnuda, sin adornos ni perfumes, como para asegurarse de que la quería por sí misma. Pero a menudo yo me sentía con ganas de algo superfluo, y ella lo aceptaba como una diversión: negligés, ligueros de encaje, un minúsculo *cache-sexe* plateado o dorado sobre la sonrisa vertical de su entrepierna. Al principio, quién sabe por qué prejuicio, yo había presentado que muchas prendas podían no acomodarse al tono azabache de su piel. Me equivocaba: a Tutune le sentaba bien casi todo. Vestida con las ropas íntimas con que yo la adornaba, parecía menos exótica, más asequible y lasciva. Tenía el tipo de pie que se conoce como pie griego, en el que el segundo dedo es más largo que el dedo gordo, y la planta del mismo tono rosa que sus labios íntimos. Cuando la ayudaba a depilarse, la besaba siempre en el lugar donde acababa de arrancarle un pelo.

Pasaba días absorto en el desafío de captar la luz sobre la piel negra, los brillos sepia, las sombras purpúreas. En comparación con ella, la piel de las modelos blancas de la Escuela se me antojaba casi pueril. El olor sensual del óleo y su imagen incendiaria se conjugaban para que, como cuando años antes fotografiaba a Muriel, después de cada sesión pictórica Tutune y yo acabáramos en la cama.

Nunca la deseaba tanto como cuando tenía que dejarla para ir a clase, salvo cuando volvía a casa para encontrarla. No quería estar sola y tampoco le gustaba pasear, quizá porque llamaba demasiado la atención. Cuando yo tardaba y se aburría, se iba al burdel, y yo conocía el tormento de los celos. Estaba tan acostumbrada a cobrar por hacer el amor, y a hacerlo con muchos hombres, que a veces temía que echara de menos su oficio de amadora. Pero ella decía que iba sólo para hablar con sus amigas, y siempre que iba a buscarla la encontraba con ellas. Una noche en que me habían dicho que no estaba en el burdel, la esperé en la buhardilla y me contó que había ido a ver una película de Max Linder.

Para hacerle compañía le compré un gato a rayas, anaranjado, al

que llamábamos Toulouse, que le divertía mucho y al que enseñó a lamerle los senos con su lengua rasposa. Cuando nos amábamos, Toulouse se inquietaba y pretendía colaborar. Subía a la cama y jugaba a mordisquearnos los pies.

Llegó el día del armisticio sin que me llamaran a filas, pero poco después me notificaron que debía incorporarme, como soldado de segunda clase, a la decimoctava Sección de Enfermeros Militares, con base en Bayona. Tutune y yo tendríamos que permanecer separados durante el primer trimestre, y luego se me concedería algún permiso.

La última noche hicimos el amor de manera formidable, como si hubiéramos alcanzado el grado máximo de compenetración y sabiduría erótica, y nuestros cuerpos hubieran aprendido a conjugarse a los acordes de la misma melodía. Una y otra vez alcanzamos cimas de pasión inesperadas, y ella gimió en voz alta y me arañó en la espalda a causa de las convulsiones de su propio éxtasis. Casi tuve miedo de irme, ahora que había despertado en ella sentimientos y necesidades que era incapaz de colmar.

Tutune no sabía leer, pero habíamos acordado que le escribiría de todos modos, y que una de sus compañeras le leería mis cartas y me escribiría en su nombre. Transcurrieron los tres meses sin que tuviera noticias de ella, y lamenté mucho no haberla inscrito en algún hotel de Bayona, para tenerla cerca. Al volver de permiso descubrí que no se hallaba en casa, y que faltaban sus ropas. Toulouse tampoco estaba, y en el buzón se habían acumulado mis cartas.

Fui al burdel. Nadie sabía nada, ni la había visto desde mi ausencia. Incrédulo, le pedí a Madame Ravel que me enseñara todas las habitaciones. Visité las comisarías, los hospitales. No podía comprender que ella, tan acostumbrada en apariencia a plegarse a las disposiciones ajenas, hubiera tomado la decisión de abandonarme, ni que 10 hubiera hecho sin dejarme algún tipo de señal.

Tardé en aceptar que había actuado así para que no pudiera encontrarla, y que las personas tienen el derecho de amarse, pero también el de ausentarse, de desaparecer, de irse.

Más de un año después de su desertión, cuando ya me había

licenciado del ejército, noté un movimiento en la cama y un roce en la frente, y me desperté con un vuelco en el corazón. Hasta me pareció escuchar, amortiguada, la risa de Tutune. Era Toulouse, que acababa de colarse por una ventana y se frotaba contra la almohada. Lo acaricié durante largo rato y escuché sus ronroneos con viva emoción, pensando que en otro tiempo habíamos compartido placeres afines. Le di de comer y luego se fue por la ventana, con la cola enhiesta, como si hubiera hecho lo mismo todos los días.

Confiaba en vede a menudo, pero me equivoqué una vez más. Tuve que consolarme pensando que acaso se encontraba en algún lugar no muy lejano con su ama, y que su breve visita era la señal que yo había estado esperando durante tanto tiempo, y que ella me enviaba para tranquilizarme.

XII

El vellocino de oro

La combinación del placer con el amor rara vez se produce, o en todo caso suele durar poco. Es más frecuente buscar el placer cuando nos aburrimos del amor, y emprender la persecución del amor cuando nos hastiamos del placer. Tras perder a Tutune, pasaba mucho tiempo pensando en mi padre, y entendía mejor que, al morir la hermosa polaca, se hubiese apresurado a cubrir su ausencia.

Supongo que estaba atravesando algo así como un periodo de celo. De haber sido mujer, me habría hecho prostituta. Y, de haber sabido seducir, me habría convertido en un gigoló. No concibo manera más sincera, más honesta en cierto modo, de entregarse a los demás y al mismo tiempo ganarse la vida.

No pudiendo ser ni una cosa ni otra, me sentaba en la terraza de un café o en un banco de algún parque, como un viejo verde prematuro, y veía pasar miriadas de piernas. Con la cabeza gacha, mientras fingía un interés de ornitólogo por los gorriones, las grajillas y las palomas que se disputaban las migas a mis pies, jugaba a distinguir las jóvenes vírgenes de las mujeres casadas por su calzado, por su modo de andar o por la longitud de sus faldas, y sólo levantaba la mirada cuando había decidido el diagnóstico. No siempre acertaba, y en todo caso carecía de elementos suficientes para comprobarlo, pues había jóvenes, vírgenes o no, que lucían zapatos muy atrevidos, que acentuaban el arco del pie, y contoneaban las caderas como si caminasen encaramadas sobre

tacones de diferente altura. Y también había mujeres maduras que se apropiaban, como instrumento de seducción, del paso simple y elástico de las jóvenes, de sus faldas breves y de sus zapatos bajos de bailarina o de sus sandalias planas.

Cuando no podía más, y el estilete de carne pugnaba por abrirse hueco hacia la luz del sol, como esas raíces de árboles arrancados que, aunque ya no tienen nada que sostener, siguen creciendo y levantan la tierra, me incorporaba con mayor o menor dignidad y corría al burdel. No siempre llegaba a tiempo, y a veces ni siquiera lo intentaba. Si llevaba impermeable o abrigo, mis propias manos me daban satisfacción allí mismo. En verano, un sombrero ligero, estratégicamente colocado y forrado con un pañuelo, daba cobijo a mi desahogo. Si alguien se hubiera fijado en mí, sólo habría visto a un joven ensimismado, de mirada triste, que acariciaba el ala de su sombrero con insistencia.

Después del burdel, de la calle y de los parques, lo que más me atraía era el cine. Recordaba aquella ocasión en que Tutune, al volver a la buhardilla, me dijo que había visto una película, y, aunque no quería confesármelo a mí mismo, todavía tenía la esperanza de encontrarla en una de aquellas salas, al encenderse repentinamente las luces. Eran, claro, los años felices del cine mudo, antes de que las poderosas y múltiples sugerencias de la imagen visual quedaran sojuzgadas por la palabrería. Un día vi *La locura del doctor Tube*, donde Abel Gance utilizaba los espejos distorsionantes y la fotografía trucada con portentosos resultados, y comprendí que la pintura tradicional que yo practicaba había dejado de tener sentido hacía mucho.

A la Academia iba a posar una nueva modelo, que tenía el cabello grueso y negro como ala de cuervo, y el vello del pubis de un dorado brillante. Se llamaba Claire, y los estudiantes apostábamos entre nosotros sobre cuál de las dos partes se había teñido. Era una mujer de piel muy blanca, que permanecía inmóvil como una escultura mientras adoptaba la postura de la ménade recostada de *la Bacanal*, de Tiziano, vencida por la embriaguez, o la de la *Miss O'Murphy*, de Boucher, que con una satisfacción sin disimulo extiende sobre los cojines del sofá sus piernas de contornos redondeados y juveniles. Uno la imaginaba desquitándose después,

con arrebatos frenéticos, de aquellas horas de rigidez forzada. Tenía novio, un actor de teatro muy alto, de aspecto soñador, llamado Gérard.

Una noche, mientras tomaba un vino, la vi entrar en un bar de la plaza de la Bolsa. Me sonrió abiertamente y vino hacia mí.

—Buenas noches, Pierre —me dijo—. Este debe de ser un momento de gran triunfo para usted.

—Buenas noches, Claire. No sé si la entiendo.

—Lleva meses deseándome, y hoy puedo ser suya. Ya sé que no resultará tan emocionante para usted como si nunca me hubiera visto desnuda. Haré algo más que posar, se lo prometo.

—Pero ¿por qué yo? —le pregunté estúpidamente.

—Me apetece hacer el amor, y usted es joven y bastante guapo. A lo mejor prefiere que busque a otro.

Dejé unas monedas sobre la barra y salimos.

De camino hacia mi casa, nuestros brazos se rozaban. Me tomó de la mano, abracé su talle. En la escalera me ofreció sus labios pintados de rojo, y sentí la vorágine de su lengua ardiente. Nunca me habían besado así; apenas comprendía cómo un beso podía dar tanto placer. Los escalones cedían, el edificio entero se tambaleaba.

Al ver el espejo arreció su entusiasmo. Se quitó toda la ropa, salvo las medias negras, y me arrastró a la cama. Quise seguir besándola y jugar con sus senos, pero ella ardía de impaciencia.

—¡Métemela! —me susurró al oído, abrazada a mi nuca.

Sus carnes se abrieron como los pétalos de una flor carnívora y me ayudó a sumergirme en su lubricado canal. De pronto me detuvo y, apretándose muy fuerte contra mí para que no me saliera, hizo que me diera la vuelta y me tumbase de espaldas. Instalada sobre mis flancos, que agradecían el roce sedoso de sus piernas, irguió el torso mientras se miraba en el espejo, como si posara para sí misma. Ahora era yo quien apenas podía contenerme.

—¡Claire! —la llamé.

Con una serie de poses sincopadas, girando la cabeza y flexionando el torso hacia los lados, inició la búsqueda de su propio ritmo. Sus embates se hicieron gradualmente bruscos y rápidos, como si intentara levantar el vuelo. Su rostro se transfiguró. Lanzó gritos ligeros, como una gaviota, y de pronto pareció encogerse.

Sentí la grata oleada que me tensaba los muslos y me abandoné bajo el pálido cuerpo de Claire. En el momento de eyacular, vi que sus ojos se abrían de par en par, y que en su imagen especular buscaba el reflejo de mi orgasmo.

Se desprendió de mí y nos dormimos. Algún tiempo después me despertaron sus caricias. Claire palpaba mis testículos, besaba el extremo de mi tallo, estimulaba el meato con la lengua, envolvía la punta con sus labios y la chupaba. En el espejo, su negra cabellera era la crin restallante de una loba.

—¿Qué haces? —le pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—Imagino que eres un gran caramelo —me dijo, jadeante.

Enderezó la nuca, cerró la boca alrededor del pene y descendió hasta muy cerca de la empuñadura. Luego se apartó y volvió a hundirse. Tras varios movimientos, mi glande se agitó y eyaculé. Claire se lo tragó todo.

—Sabes —paladeó— a leche de almendras. —Recogió en los dedos una gota que afloraba, tardía, y la olisqueó—. Y hueles... casi hueles a sándalo. ¿Por qué te depilas?

Había adquirido la costumbre de depilarme por entero, un poco por solidaridad y un poco por gusto, cuando vivía con Tutune. Luego, en Bayona, aquello había funcionado como una garantía contra los piojos de la milicia.

—Siempre me ha molestado —repuse— el pelo de mi propio cuerpo. No lo encuentro tan raro... Los ciclistas se afeitan las piernas.

—Deberías haberte dejado una mata aquí —me dijo, pasando una mano por mi pubis imberbe—. Para ser un hombre, tienes la piel muy suave.

—No tanto como tú... —Señalé con la mirada mi cánula en declive—. Ahora no podré recompensarte, al menos no ahora mismo.

—Hay muchas maneras de recompensarme —se rio, echándose hacia atrás y mostrándome el incitante vellocino.

Bajo la mata dorada, que tenía los matices discontinuos del color natural, el sexo era jugoso y prominente. Los labios carnosos palpitaron bajo el influjo de mi lengua, y sentí, con una delectación que me produjo un estremecimiento y un gemido, el agradable

aroma de la vulva de Claire.

Luego, mientras descansábamos en el entreacto, le pregunté por Gérard. Me contó que, después de estar tres años viviendo con ella, la había dejado por otra. Esa era, al parecer, la razón de que Claire se hubiera mostrado tan asequible. Necesitaba desquitarse, y yo ni siquiera estaba seguro del orden exacto que ocupaba entre los sucesivos sustitutos.

Fuera por mi lubricidad natural o porque le fascinaba el espejo de mi dormitorio, el caso es que Claire ocupó durante más de un año el puesto de Tutune entre mis piernas, ya que no en mi corazón. Más allá de la obvia diferencia del color, el contraste con su predecesora era muy acusado. Durante el acto amoroso, la mente de Tutune parecía concentrarse en un punto, y luego se corría intensamente. Claire se dispersaba y su placer fluctuaba sin cesar, como una boya entre las olas. Exigía mayor atención, y se recuperaba con facilidad. También era mucho más activa. Le gustaba despertarme sentándose sobre mi rostro y frotando su entrepierna contra mi boca o masturbándome, como había hecho la primera noche, mientras presionaba con un dedo entre los testículos y el ano. Tenía una de esas peculiaridades que todo amante curioso debe incorporar a su repertorio, y es que era particularmente sensible a las caricias en la parte posterior de las rodillas. Le gustaba que la cabalgase desde atrás, a la usanza canina, y disfrutaba observando, cara al espejo, las metamorfosis del monstruo bicéfalo y la violencia duplicada de nuestros orgasmos.

Era, por lo demás, de una inocencia rayana en la desfachatez. Una tarde, al volver de la Escuela, la encontré arrodillada en la cama, sufriendo las acometidas de un hombre desnudo, en quien tardé en reconocer a su antiguo amante. Ambos tenían los ojos abiertos, pero el placer se los enturbiaba y en el espejo sólo se veían a sí mismos. Aguardé, fascinado, sus convulsiones de gozo.

—Buenas tardes, Claire —saludé educadamente, cuando terminaron—. Me alegra ver que no me has echado de menos.

Dos rostros perplejos se volvieron hacia mí.

—Pierre, no te había oído entrar —dijo ella, haciendo acopio de entereza—. ¿Llevas ahí mucho tiempo?

Mi respuesta era indiferente, por cuanto sus cuerpos no habían

llegado a separarse.

—La próxima vez que vayas a acostarte con otro hombre en mi cama —le advertí con pesada ironía—, ten la bondad de avisarme.

—Precisamente quería hablarte de eso. ¿Conoces a Gérard? —me preguntó, haciendo gala de una sangre fría apabullante—. Gérard, este es Pierre.

Mi presunto rival, que parecía sentirse más seguro o más cómodo permaneciendo dentro de ella, me tendió la mano. Lo estereotipado de la situación me produjo risa.

—Nos hemos visto alguna vez, en la Escuela —dije, mientras estrechaba la mano tendida—. ¿Y de qué querías hablar conmigo?

—Gérard y yo vamos a casarnos.

Noté un ligero mareo.

—Pero tú le odiabas —protesté—, me dijiste que te había abandonado por otra.

Se habían reconciliado, tras largas conversaciones. Claire se había propuesto decírmelo, pero él la había acompañado a mi casa, supongo que para evitar que yo intentara disuadida, y al encontrarse ante el espejo no habían podido resistir la tentación de usarlo. Eso fue, al menos, lo que me contaron. Pensé que, para evitar futuras sorpresas, debía cambiar la cerradura tan pronto Claire se llevara sus cosas.

—Hay un gran bulto en tus pantalones —observó ella.

—¡Diablos, Claire! ¿Cómo quieres que deje de desearte, así de pronto?

Se separaron con cuidado. Ella se quedó ligeramente vuelta hacia mí, con un codo alzado a la manera de la Odalisca con esclava, de Ingres, y Gérard, que también continuaba acostado, me dio la espalda con rara discreción.

—¿Me deseas a mí o a los dos? —me preguntó Claire, mirándome a los ojos.

—A ti —dije, y era totalmente sincero, aunque había una mínima porción de mí que admiraba la esbelta desnudez de su novio.

—Ven, pues —me dijo, abriendo los brazos—. Gérard no tiene celos. —Y, como le pareció que todavía dudaba, agregó, señalando el bulto de mis pantalones—: Tu mejor amigo ya me ha perdonado.

Su naturalidad era irresistible. Me desnudé y me acosté junto a ella. La reciente sesión con Gérard la había preparado bien, y me deslicé sin obstáculo por aquel manguito de carne húmeda, suavizado y lubricado por las secreciones anteriores. ¡Con qué delicadeza, pensé, experimentaría los contrastes entre nosotros dos! Di un largo suspiro de gozo y empecé una serie de embates lentos y profundos.

—¡Oh, sí! —exclamó ella—. ¡Es soberbio!

De pronto sentí la tenaza de un brazo que me rodeaba el pecho. Era Gérard, que se inclinaba sobre mí. Separé las piernas sin excesivo temor.

Siempre había creído que el placer comporta sus riesgos. La caricia desazonante se trocó en dolor, pero al mismo tiempo mi lenta maniobra se convertía en un violento vaivén, y Claire se convulsionaba entre jadeos y suspiros. En el momento de eyacular, un reguero de saliva resbaló por mis labios. Teníamos un solo cuerpo, con una vulva y dos penes, pero a ratos ignorábamos si éramos una mujer y dos hombres o tres hombres o tres mujeres.

Me invitaron a la boda. No fui a la iglesia, pero por la noche subí a un cuarto piso de la calle de la Fusterie. Un desconocido me introdujo en una habitación llena de invitados. Gérard se acercó a saludarme, y me dio a elegir entre Champagne helado y ponche caliente. Escogí el Champagne y le pregunté por Claire.

—Está dentro —me dijo—, atendiendo a los invitados. Lástima que haya llegado tan tarde. A ella le hubiera gustado que usted fuese de los primeros.

Por una puerta entró un hombre muy pálido y salió otro. Entonces comprendí: para celebrar sus esponsales, la alegre Claire se ofrecía a todos sus amigos. Miré a Gérard, que sonreía tranquilo. Era cierto que aquel hombre no conocía los celos.

Le dije que se me hacía tarde para una cita y le di mi regalo, que era un retrato de Claire hecho con tizas de colores. No era que temiera encontrarla cansada o que la perspectiva de ser uno más de una larga lista no encendiese mi imaginación.

Era, más bien, que no me apetecía estar a la espera de algo que, un mes antes, había tenido para mí solo varias veces al día.

Claire siguió posando en la Escuela. De algún modo, también los

demás estudiantes habían averiguado que era el cabello lo que se teñía. Un día me la encontré en el claustro. Estaba radiante de satisfacción.

—Admitirás —se jactó— que en ciertos momentos te hice muy feliz.

—¡Momentos! —repliqué—. Me hiciste gritar de placer docenas, quizá cientos de veces.

Fue entonces cuando me confesó que el cuerpo de Gérard le gustaba más que el mío, pero prefería mis caricias.

XIII

El combate de las amazonas

Concluí mis estudios en la Escuela de Bellas Artes con la convicción de que había trabajado mucho, pero en la dirección equivocada. Necesitaba desesperadamente encontrar un estilo propio, algo con lo que pudiera sentirme identificado y que al mismo tiempo me diferenciase de los otros pintores. Paseaba por el Museo de Burdeos, buscando algún cuadro admirable entre tanta morralla cuando, ante el óleo de Delacroix, Grecia expirando sobre las ruinas de Missolonghi, añoré el Sardanápalo del Louvre, mucho más vigoroso. Calculé que el dinero que recibía de mi madre me permitiría pasar una temporada en París, y me apresuré a tomar el tren.

Era la época de los combates de Carpentier, de la aparición de Radiguet, del florecimiento del jazz. En una revista leí esta sentencia, firmada por Picabia, que compartí de inmediato: «La moral es la espina dorsal de los imbéciles». Fui a una manifestación Dadá, en la sala Gaveau, que comprendía algunas brevísimas obras de teatro interpretadas por los autores y sus amigos. Allí estaban todos los dadaístas con tubos o con embudos en la cabeza, cubiertos con delantales o vestidos de bailarina. Breton, a quien reconocí por sus fotografías, llevaba un revólver atado en cada sien. Informado de la osadía de anteriores manifestaciones, el público había acudido provisto de huevos y de restos de carne. Los dadaístas respondieron a los silbidos y al diluvio de comestibles con insultos, y al final la representación se interrumpió, o mejor dicho se convirtió en otra,

no menos apasionante y revulsiva.

Con cierta prevención, porque temía no saber de qué hablar con él, visité a Max Jacob, que vivía con estrechez en una casita de la calle Gabrielle, en la colina de Montmartre. Era un hombre con una imaginación desbordante y unos ojos inmensos, bajo unas cejas que parecían arcos románicos de carbón. Desde el principio acaparó la conversación. Aunque se burlaba de todo, era muy exigente en cuanto al estilo. Me dio a entender que apreciaba el amor de los jóvenes, pero no llegó a insinuarse. Cogidos del brazo, bajamos hasta *La mere Anceau*, una taberna donde almorzaba muy a menudo con un admirador alto y delgado, de frente abombada, que tenía más o menos mi misma edad y vivía de la edición clandestina de textos libertinos, ilustrados también libertinamente. André Malraux le obsequió con un ejemplar del Burdel de Venecia, de Sade, que acababa de editar. Saboreamos juntos el navarin con patatas, especialidad de la taberna, mientras comparábamos nuestros puntos de vista sobre el difamado marqués y Max me hacía en papel de estraza un retrato a lápiz, que perdí, —creo, meses después, cuando me mudé a la calle de Sainte-Catherine. Luego me despedí, porque querían estar solos. Se disponían a trabajar en una edición de *El pie de Fanchette*, que Restif de la Bretonne escribió en once días y que Max Jacob debía ilustrar.

En el burdel de la calle Monsieur le Prince habían cambiado los maniqués del escaparate, que ahora eran de cuerpo entero y tenían el cabello más corto, el rostro afilado y un aire deportivo. Desde el comienzo de los senos hasta las rodillas llevaban unas telas grises, enrolladas a la manera de los saris hindúes. Los brazos y las piernas no eran de cera sino de una sustancia nueva, más resistente a la luz de las bombillas, que acababa de inventarse y que imitaba perfectamente el grano de la piel.

Madame Ulianov, en cambio, parecía la misma. Tuve la impresión de que no me reconocía, pero me acogió con el gesto maternal de la primera vez. Me habría llevado una gran decepción de no haber encontrado a Véronique en el salón. Sentada en una otomana, conversaba amigablemente con una compañera.

—Me gustaría aquella, la de la prenda cárdena.

—Un joven que sabe lo que quiere —asintió Madame.

Habían renovado el cuero de la puerta que comunicaba el salón con el pasillo, pero no habían aumentado el grosor de los tabiques, al que por lo visto nadie daba importancia. Véronique llevaba una *chemise-culotte* de seda transparente y perneras holgadas, que le cubría desde el escote hasta la juntura de los muslos. Se la quitó y, en cuanto me desnudé, me puse a acariciar, primero con la mano y luego con la lengua, sus senos pequeños y vivaces.

—Sus caricias son muy excitantes —declaró ella, halagadora.

—Lo excitante es acariciarte —repliqué, mientras mi mano se deslizaba por el vientre cálido, y los labios de su sexo se entreabrían como esas flores de papel japonés que se despliegan al contacto con el agua.

Véronique tomó mi miembro aleteante, lo internó con destreza en su túnel de carne tibia y empezó a trazar ondulaciones con la pelvis. Apretados uno contra otro, nos movíamos al mismo ritmo. Alzó las piernas y las cerró alrededor de mi torso. Antes de que pudiera sentir la aproximación de la savia, un espasmo de éxtasis me recorrió el cuerpo y me derramé en un placer interminable. Yo gemía porque Véronique no dejaba de moverse y ella no se detenía porque yo continuaba gimiendo. Callé, por fin, y me miró como si pensara que yo había estado exagerando.

Cuando le anuncié mi propósito de repetir se rio, me llamó picarón y me separó las piernas para poder acomodarse entre ellas. Me friccionó con tanto vigor, mientras acariciaba mis testículos, que por un momento imaginé que pretendía inutilizar mi herramienta o arrancármela. Pero sabía lo que estaba haciendo, y pese a los excesos de la ejecución anterior pronto estuve en condiciones de interpretar el segundo movimiento de la sinfonía y de llevarlo a su conclusión vivaz y enérgica, apoyado, aunque a destiempo, por los intérpretes de las habitaciones contiguas.

—Ya le dije que la próxima vez lo pasaría mejor —me dijo Véronique al cabo.

Le confesé que no había creído que pudiera recordarme.

—Nunca olvido —se jactó— a los primerizos.

Me hospedaba en la calle Orfila, cerca del Pere-Lachaise, y cada día callejeaba por un barrio distinto. Fui a visitar el taller de Gustave Moreau porque había sido el maestro predilecto de Matisse

y de Rouault, a quienes admiraba mucho, pero no estaba preparado para aquella atmósfera fantasmagórica, sensual, exaltada. No me atraía tanto su temática legendaria o mito lógica como la amalgama sabiamente compuesta de su paleta, en la que los colores eran triturados con delicadeza para obtener tonos raros, oros pálidos, azules y rojos brillantes como gemas. Como a mí, a Moreau le aburría la imitación del modelo, y no consideraba la naturaleza sino como un pretexto para sus ensoñaciones enigmáticas y lujuriosas.

Una tarde me llamaron la atención los maniqués muy estilizados, lacados en tonos uniformes, del escaparate de una tienda de modas. En el interior, una mujer de aspecto refinado se probaba sombreros. Nuestras miradas se encontraron. Casi involuntariamente, negué con la cabeza. Se quitó el sombrero que llevaba, se puso otro y buscó mi aprobación. Asentí, convencido, y con un gesto me pidió que la esperara.

Era una mujer flexible y ágil, de rostro tentador, que se acercó como si fuera a besarme en la boca y de pronto dio un paso atrás, como si acabara de descubrir que no nos conocíamos. Supongo, en vista de lo que sucedió después, que era uno de sus trucos para cautivar a los hombres.

Llevaba un vestido verde de *crepe—de—chine*, con hojas pardas del color de sus ojos. Se llamaba Danielle. Me hice cargo de una docena de paquetes cuidadosamente envueltos y fuimos a su casa. En la efímera intimidad del taxi, nuestros muslos se rozaban, y ella se agarraba a mi rodilla al tomar las curvas. Poco después nos encontrábamos en su apartamento, sentados en un sofá de terciopelo rojo.

Ambos teníamos un brazo alrededor del respaldo, de modo que nuestras manos casi se tocaban, y el vestido de ella se había desplazado hacia arriba, revelando el inicio de las medias de seda y unas ligas de encaje con adornos de raso. Intentaba mirarla a la cara mientras hablábamos, pero los ojos se me iban hacia abajo, atraídos por sus piernas imantadas. Al final prescindí de toda compostura y las contemplé abiertamente.

—¿Se ha dado cuenta? —me preguntó—. Mis ligas son nuevas y me aprietan mucho. Seguro que están dejándome unas marcas horribles. Si fuera tan amable de comprobarlo...

Yo había estado con suficientes mujeres como para saber que ninguna necesita ayuda para quitarse las ligas, pero consideré que era un buen comienzo. Me arrodillé ante Danielle y mi pene empezó a latir, esperanzado, cuando ella me tendió una pierna adorable. Tomé una liga y la deslicé hacia abajo, estirándola en tomo a la rodilla para no hacerle daño y graduando cada transición. Se la dejé en el tobillo, colgando como una ajorca, y ya iba a ocuparme de la otra liga cuando Danielle me dijo, en tono indiferente:

—Y el zapato.

Suspiré de alegría mientras tomaba el tacón, tiraba de él hacia abajo, despacio, y luego hacia adelante.

—Sus pies son tan hermosos... —murmuré, extático—. Los tobillos, la curva del empeine...

Ella alargó la otra pierna y yo repetí, con mayor lentitud, si cabe, el emocionante proceso. Cambió de postura y separó las rodillas, para permitirme bajar un poco la finísima seda de las medias y examinar con detenimiento la piel satinada.

—¿Tengo marcas rojas? —me preguntó, al tiempo que se subía el vestido y me mostraba el ribete negro de encaje de sus bragas holgadas—. Mire bien, ¿las ve?

—No hay marcas —le dije.

Acababa de inclinar la cabeza para besar la cara interna de aquellos cálidos muslos cuando de inmediato me asestó un puntapié en la tensa y abultada entrepierna, aunque con tan poca fuerza que en vez de dolerme me excitó aún más. Perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en el suelo.

—Lo siento, Danielle. Creí...

—No abuse de mi confianza —me advirtió muy seria, y luego su mirada se dulcificó—. Debería estar agradecido, por haberle permitido bajarme las ligas... ¿Le importaría darme masaje en las pantorrillas? Me duelen las piernas, de tanto caminar. Hay pocas cosas más fatigosas que ir de tiendas.

Cada vez más perplejo, supuse que sólo buscaba un poco de jugueteo antes de la acción. Danielle levantó las piernas, con lo cual el vestido se deslizó un poco más hacia arriba, y colocó un pie, enfundado todavía en su media, sobre cada uno de mis hombros. Extasiado, conmovido por la proximidad y la promesa de tantos

tesoros, fingí concentrarme en una sedosa pantorrilla y empecé a friccionarla y a amasarla. Como el suave tejido de color melocotón de sus bragas se había desplazado, vislumbraba el crisantemo castaño y sus pétalos rosados. Casi sin darme cuenta, extendí una mano para acariciar la tierna gruta que había quedado a mi alcance. El pie libre de Danielle se retiró de mi hombro y me golpeó en la clavícula, esta vez con fuerza.

—¿Qué hace? ¿Cómo se atreve? —exclamó. Su postura seductora parecía contradecir la irritación de sus palabras—. ¿Acaso cree que, porque le autorizo a ver algo que ningún hombre ha tenido, puede propasarse? Qué asquerosas criaturas son las de su sexo. Nunca entenderé su depravada naturaleza. Seguro que ha estado pensando en profanar mi templo con ese apéndice obsceno que me apunta entre sus piernas.

Me dolían más la interrupción del hechizo y la injusticia de sus palabras que el golpe en la clavícula. Pero, como no quería perderla y la necesitaba para apagar mi deseo, me incorporé y le pedí perdón. Su semblante volvió a cambiar.

—Le creo, Pierre, pero le queda mucho por aprender si quiere que nuestra relación prospere. En fin, le daré una última oportunidad. Acabe de quitarme las medias de una vez. Pero, cuidado, no vuelva a ponerse insolente.

Tiré de aquellas fundas transparentes, cogí un pie desnudo y lo besé en el arranque de los dedos. Con inusitada violencia, me abofeteó en la cara. Al momento me abalancé, la derribé sobre el sofá y le sujeté los brazos, mientras evitaba las bruscas sacudidas de sus piernas.

—No le haré ningún daño —le aseguré—, y me iré en cuanto me lo pida. Pero detesto que se burlen de mí.

Como no parecía creer en la bondad de mis intenciones, la solté. Consideró la situación con gravedad y me pidió que aguardara. Volvió al cabo de un rato con un pijama blanco de alta costura, también en *crépe—de—chine*, con ribetes y bordados azules. Las perneras de los amplios pantalones se abrían en mitad de las espinillas, y las piernas asomaban por ellas como esas inflorescencias carnosas que, en algunas plantas acuáticas, brotan entre las hojas blancas. Sus zapatillas sin talón, también blancas con

bordados azules, producían un efecto parecido: el empeine emergía, pálido, en la confluencia de una lengüeta doble.

—Veo que se ha cambiado sin mi ayuda —observé, sarcástico.

—No sea cruel, Pierre —me rogó, y volvió a sentarse.

—¿Cruel, yo? Usted me ha traído, me ha puesto varias veces a punto de ebullición y me ha rechazado. No puede hacerles eso a todos los hombres.

—No a todos —replicó—, pero sí a muchos. Aún no entiendo cómo me he equivocado con usted. Seguramente he querido ir demasiado aprisa. Quizá —aventuró con horror— ni siquiera es usted rico.

—¡Rico! —repetí, y me eché a reír, acariciando las solapas de mi traje nuevo, un traje de paño y corte excelentes, que me sentaba muy bien y que había adquirido el día anterior en un saldo.

Le hablé de mi ajustada situación económica, de mi fascinación por la pintura, de mi vida en Burdeos. Con la emoción que me producía el hecho de invocarla allí, tan lejos y después de tantos años, en la casa de una mujer extraña, le hablé de Muriel. Pensaba en ella y al mismo tiempo pensaba en mi madre y en Tutune, y en muchas de las mujeres que deseaba y con las que me había acostado. De pronto, me eché a llorar. Había tantas mujeres apetecibles, y acceder a ellas resultaba tan difícil... ¿Y qué podía hacer uno, si el deseo se renovaba siempre? ¿Abjurar de él, automutilarse?

—Hasta castrado continuaría deseándote —le dije.

Mi balbuciente discurso había conmovido a Danielle, quien me hizo observar que todavía estaba excitado. Era cierto: la confesión de mis dudas y de mis emociones no me había hecho perder la erección.

—Quiero verlo —me dijo—. Pero aléjate un poco y no te acerques.

La obedecí y extraje mi pene enhiesto. Danielle sonrió.

—Puedes hacerlo, si te quedas ahí, sobre el parquet.

Lo blandí mientras la acariciaba con los ojos:

Y el modo en que sus senos llenaban la túnica del pijama, el fino tejido que ocultaba el cálido vellón que poco antes había intentado alcanzar. Todo mi cuerpo palpitaba mientras ella descruzaba y

volvía a cruzar las piernas. En mi cerebro persistía un clamor que no podía seguir ignorando. Consciente del tremendo poder de seducción de su gesto, Danielle se puso a balancear una de sus zapatillas, brevísimamente sostenida en la punta del pie. Se me doblaron las rodillas y el cuello me crujió al llevarlo hacia atrás, como una bestia herida, mientras mi pene se liberaba.

Danielle se levantó, se aseguró de que mi placentera emisión no había alcanzado la alfombra y me ofreció una copa de coñac. Mis anteriores confidencias propiciaron las suyas. Me contó que vivía de sus relaciones masculinas, cosa que yo ya había sospechado, pero las detestaba. Para satisfacer sus ambiciones y no tener que soportar los abrazos de los hombres se había centrado en una clase singular, los que carecían de las presunciones habituales de superioridad viril, los que gozaban siendo tentados, sometidos y humillados por una beldad semidesnuda. Contrariamente a lo que yo pudiera imaginar, aquella variedad abundaba, sobre todo entre los poderosos. Me habló de un millonario de mediana edad al que tenía que insultar mientras le masturbaba —«agitar esa siniestra cosa gorda», lo llamaba ella— en un pañuelo de seda y de cierto joven, heredero de una enorme fortuna, que sólo aspiraba a quitarle las prendas interiores y al que castigaba con una fusta cada vez que sus dedos le rozaban la piel.

Pero ella estaba harta del millonario y del joven heredero, y buscaba a alguien que, sintiendo por ella la misma admiración, fuera menos insistente. Le había confundido, además del corte de mi traje, la circunstancia de que no había hecho ademán, a la vista de sus carnosos labios rosados, de desabrocharme inmediatamente la bragueta.

Comprendí que, aunque era sincera, me ocultaba parte de la historia, y le pregunté si estaba segura de su desinterés por los hombres. Sonrió ante el pequeño rescoldo de esperanza que traslucía mi pregunta.

—Absolutamente segura —respondió con sencillez—, porque me gustan las mujeres.

Me dijo que tenía una amante, a la que iba a ver cada noche, como si se purificara, después de hacer la función correspondiente ante el hombre de turno.

La idea de ver a dos o más mujeres haciendo el amor siempre me había ilusionado. Había oído decir que en algunos burdeles se organizaban exhibiciones lésbicas, pero desconfiaba de esos espectáculos sin pasión, concebidos para provocar la titilación de los turistas.

Le pedí a Danielle que me impusiera las condiciones que quisiera, con tal de permitirme asistir a una de sus veladas eróticas. Al principio se indignó, porque lo consideraba un acto íntimo. Pero uno de los placeres del libertinaje es arrastrar a él, y empezó a agradarle la idea de mostrarme la apabullante belleza del acto amoroso entre mujeres.

Supongo que, al mismo tiempo que cultivaba el masoquismo de los hombres, había crecido en ella el deseo de atormentarlos. Me puso, pues, dos condiciones: la de que, fuera cual fuese mi grado de excitación, no podría intervenir, y la de que su compañera tendría la última palabra.

Fuimos a un edificio en la calle Barbusse, cerca del Luxemburgo. Esperé con ansiedad al pie de la escalera y luego fui invitado a subir. Se me prohibió poner un pie en el dormitorio y tuve que verlo todo sentado en una silla, desde el pasillo.

Fue un espectáculo formidable, el combate de dos amazonas de pechos redondos y turgentes, y fuertes muslos, que no se daban tregua y parecían empeñadas en arrancar a su pareja el mayor número posible de orgasmos. Arrullados por quejumbrosos chillidos, sus cuerpos se arqueaban, se retorcían, se entrelazaban hasta confundirse. En medio de aquella tormenta de pasión cegadora, no me hubiera extrañado demasiado ver el resplandor de un relámpago.

Se me había prohibido intervenir, pero nada se me había dicho acerca de liberar de mis pantalones a mi miembro pulsante. Lo extraje, lo apreté con firmeza. Mientras mi espalda se agitaba convulsivamente y mi mirada se centraba en el embate de un seno puntiagudo contra una vulva, me acordé de lo que había visto en el taller de Gustave Moreau y tuve una suerte de espejismo. Cuadros de parejas entrelazadas, de criaturas de largas piernas sedosas, de esfinges lúbricas acoplándose con sirenas de labios ávidos. Uñas torturantes y costuras de medias; costuras con relieve como las

cicatrices, turbadoras como arañazos inacabables. Pensé en los tonos del jade, en las cadencias del ámbar y del nácar, en el brillo perlado del semen. Quería pintar monstruos seductores con fulgores de esmalte.

Irrigué mi deseo. Ya había encontrado mi estilo. Ahora sólo me faltaba realizar la obra.

XIV

Fisiología del matrimonio

Como los cuadros proyectados en mi mente debían ser mucho mayores que los que había pintado hasta entonces, me mudé a este piso del número 9 de la calle Sainte-Catherine donde ahora escribo, un ático con baño, cocina y cinco habitaciones, una de ellas muy amplia, que debía servirme de taller. Al principio añoraba las reducidas dimensiones y el calor de mi acogedora buhardilla, pero continuaba estando cerca de la plaza de la Bolsa y cuando me apetecía podía hacer una visita a la fuente de las Tres Gracias.

Pronto descubrí que no era fácil trasladar a los lienzos aquellos prodigios casi pirotécnicos que había vislumbrado ante los lances eróticos de Danielle y su compañera. Pero, aunque con lentitud exasperante, fui progresando. Al mismo tiempo estaban produciéndose indicios de deshielo en el panorama artístico bordelés. En el Salón de Otoño, que era el certamen más retrógrado, se había permitido la exhibición de telas moderadamente abstractas, y en el Salón de Dibujantes se mostraban obras de Marie Laurencin, de Max Jacob y de Picabia. Se había creado una Sociedad de Artistas Independientes Bordeleses, cuyo principal cometido era la organización de un Salón anual sin jurado previo, accesible a todos. Yo expuse algunas de mis obras anteriores mientras trabajaba en las nuevas. Me divertía comprobar cómo el público y la crítica local me alentaban a seguir en un camino que yo ya había abandonado.

De mi esposa hablaré poco. La culpa de nuestras desavenencias

no fue toda suya, sino también de mi lujuria inmoderada y de las limitaciones propias del matrimonio, que en mi opinión debería ir precedido siempre de un periodo de prueba. Decía Balzac, y creo que ahora lo mantendría, que de todas las instituciones humanas ninguna ha progresado menos que la matrimonial.

Conocí a Lucie en el Salón de Independientes de 1929. Alguien le había dicho que yo tenía talento, y para parecer osada y desenvuelta ante sus amigas me pidió un autógrafo. Era una joven morena, de ojos verdes, con la barbilla puntiaguda y el óvalo de la cara en forma de corazón. Me miraba con amistoso interés cuando le devolví el catálogo en donde había estampado mi firma. Entrecerró los ojos y de repente los abrió por completo, como si quisiera darme a entender que memorizaba mi imagen o que entre nosotros todo era posible. Luego supe que tenía diecinueve años, que procedía de una familia rica y que su padre era concejal en el Ayuntamiento. Nada de eso me amedrentó. La invité a casa. Le enseñé el salón, la habitación donde almacenaba mis cuadros, el desordenado estudio. En cuanto nos encontramos en el dormitorio, la abracé con cierta brusquedad y la besé. No puso ninguna objeción. Me rodeó el cuello con los brazos y se apoyó en mí para saborear el beso. Mi miembro adicional se puso en guardia y se apretujó contra su muslo, buscando cobijo.

Con idéntica naturalidad la ayudé a despojarse de la chaquetilla y a acomodarse en esta misma cama. Me acosté a su lado y continué besándola. Empecé a desabotonarle la blusa para acariciarle el escote, los senos. En el gran espejo horizontal, alguien que se me parecía desplegaba toda su sabiduría para arrebatarla.

—Es mejor que me quite del todo la blusa, para que no se arrugue —me dijo Lucie, incorporándose.

Debajo llevaba un corselete lila, ribeteado de encaje del mismo color, que se abrochaba por delante. Fui separando los corchetes y besuqueando, lamiendo y apresando con los labios sus pequeños globos, que todavía no habían alcanzado la plenitud pero que ostentaban unos pezones de grandes aureolas, fácilmente excitables. Mi mano sinuosa se deslizaba hacia la cintura de su falda, con el propósito de continuar explorando y eliminando obstáculos, cuando Lucie me agarró la muñeca.

—Puede seguir besándome —me advirtió—, pero no debe tocarme aquí.

Simulé resignarme y volví a sus pezones y a sus labios, con la esperanza de que unas regiones transmitieran su incandescencia a las otras. Varias veces repetí la maniobra y volví a fracasar. Al final, Lucie me explicó que era virgen, y que quería seguir siéndolo hasta el matrimonio. Estaba convencida de que debía casarse intacta, de que su marido se lo exigiría, de que era una premisa necesaria para mantener su condición social. En vano intenté persuadida de lo absurdo de renunciar a un placer extraordinario para satisfacer una convención, y de que si su marido la amaba sinceramente no echaría de menos una membrana de dos milímetros. Ella admitió que las convenciones podían resultar enojosas, pero sostuvo que quienes las contravenían acababan siempre en la soledad y en la miseria. Además, me dijo, había otros medios para obtener placer.

—¿Con otras mujeres? —le pregunté, pensando en Danielle.

—No, no me atrae ese tipo de cosas. Me gustan —declaró con calculada audacia— los cuerpos de los hombres.

—Si usted quisiera —me ofrecí—, ahora mismo le enseñaría uno.

—Prefiero que siga besándome.

—¿Para qué, si no puedo pasar de ahí? No me ha dicho qué otro medio conoce para obtener placer.

—Me lo doy a mí misma —murmuró, tras una larga vacilación, como si confesara un pecado horrible—. ¡Aguarde! ¿Qué hace?

—Quiero mostrarle lo que se pierde.

Desabroché mi bragueta y le mostré mis atributos en toda su pujanza.

—¡Señor! —exclamó, abriendo mucho los ojos—. Es completamente imposible que ese armatoste quepa en mi cuerpo. ¿Ha visto su cabeza? Dios mío, y qué longitud tan monstruosa. Pierre, no debía habérmelo enseñado.

—Le aseguro que está perfectamente diseñado para cumplir con su cometido.

—Debe de ser muy doloroso —susurró débilmente.

—No tema, sólo le causaría placer.

Mi pene estaba a punto de estallar, y casi sin darme cuenta le di

algunas sacudidas que precipitaron el desenlace. Lucie se levantó y echó a correr por el pasillo. Eyaculé mientras la llamaba, y las últimas convulsiones coincidieron con el ruido de la puerta de la escalera al cerrarse.

Todavía no entiendo por qué me empeñé en conseguirla. Averigüé su teléfono, me cité varias veces con ella, salimos juntos. Las normas eran siempre las mismas, e incluso parecía que la contemplación de mi instrumento las había reafirmado: acariciarla de cintura para abajo quedaba tajantemente prohibido. Un día, Lucie me dijo que la estaba comprometiendo, que habíamos llegado a un grado en que nuestras relaciones tenían que interrumpirse o formalizarse. Ignoré la advertencia y me presentó a su familia, que confirmó mis peores sospechas en cuanto a beatería y conservadurismo. Gracias a las propiedades que administraba mi madre, no se me consideraba un mal partido. De pronto, me sorprendí hablando de boda.

Yo, que muchos domingos pongo la radio para reírme mientras dicen la misa, cometí el acto hipócrita de casarme en la catedral, con el boato debido a la hija de un concejal. Mi madre nos escribió una carta muy cariñosa, justificando su ausencia por motivos de salud. Casi le agradecí que no viniera, porque mis sentimientos hacia ella eran todavía demasiado fuertes. Aunque Lucie quería visitarla durante nuestra luna de miel, acabé convenciéndola para que fuésemos a París.

La noche de bodas fue un tanto ardua. A mi flamante esposa le mortificaba la introducción de mi ariete. Era inútil que yo insistiese en que mi tamaño correspondía a la media: como no podía compararme con otros, Lucie no me creía. Tuve que conformarme con una distensión paulatina, tan laboriosa como una intervención quirúrgica.

Yo había esperado demasiado como para no añorar la magnitud y las alternativas de mi deseo, ahora que lo había cumplido. Incluso me costaba aceptar la idea de que había llegado a cumplirlo. Intuí que, aunque me acostara miles de veces con Lucie, nunca la poseería realmente.

Aquella misma noche, tan pronto como se durmió, empecé a engañarla. Ni siquiera busqué a Véronique. En la calle Lappe

contraté a dos de aquellas muchachas mercenarias que me habían amedrentado durante mi primera visita a París y fui a una pensión con ellas. Durante las horas siguientes, mis manos asieron y acariciaron senos, traseros y montículos de suave vello. Cuatro veces gloriosas renové mi éxtasis.

Los días siguientes no mejoraron las relaciones con Lucie. Rasgué el himen y amplié la abertura, pero no podía dejar de notar que mi flamante esposa conservaba un resto de pudibundez y, aunque se entregaba, lo hacía con reservas. Eso sí, continuamente me pedía que la besara. Hablaba de su amor por mí, de mi placer egoísta y de mi falta de romanticismo.

—¡Si el romanticismo —le decía yo, administrándole una caricia lasciva— es precisamente esto...!

Pese a sus declaraciones, Lucie no se hallaba sinceramente obsesionada por las formas masculinas, como yo lo estoy por las femeninas. Y tampoco tenía imaginación, ni tolerancia, ni capacidad admirativa. Al ver el Sardanápalo, lo único que me dijo fue que encontraba el cuadro demasiado grande. Como mi pene.

De vuelta en Burdeos tuvimos momentos felices. Al amor le gusta hacer compartir su felicidad, y Lucie, que a su manera me quería mucho, exageraba sus demostraciones de cariño en cuanto me veía tomar los pinceles. Entraba en el estudio, me besaba en el cuello, hacía carantoñas, impedía que me concentrara. Todo, menos mirar mis cuadros con un interés real y alentar mis esfuerzos.

Para tener la seguridad de que no me interrumpiría, acabé instalando un pasador en la puerta.

Se quedó embarazada y sus contornos se afirmaron, su femineidad se hizo más rotunda, se le irguieron los senos de grandes aureolas. Nunca estuvo más atractiva que durante los primeros cuatro o cinco meses del embarazo, ni más excitable.

Una noche la convencí de que me dejara deslizar mi pene entre sus pechos y accedió con reparos, pero comprendí que disfrutaba mucho. Luego volvió a cambiar. En el séptimo mes me pidió que dejara de hacerle el amor hasta que diese a luz.

Nació una niña muy guapa, a la que bautizamos como Muriel. Lucie instaló la cuna en nuestro dormitorio. Cuando le instaba a que hiciésemos el amor, me decía que aún no se había repuesto. A veces

accedía a masturbarme, pero su falta de deseo y su inexperiencia entorpecían mi disfrute. Comencé a tener fantasías en que la maltrataba. Me veía a mí mismo abofeteándola, apretando su rostro contra la almohada y desgarrando su ropa interior para desnudar el rizado montículo que me estaba vedado. Imaginaba que la penetraba con los dedos hasta que se quedaba abierta y húmeda, y que la sujetaba por la nuca mientras insertaba mi enhiesta verga, que en la fantasía adquiriría proporciones míticas, en su orquídea de carne.

Como sucedáneo de estas ensoñaciones reanudé mis visitas al burdel de Madame Ravel y tuve una breve aventura con una mujer casada. Hacía que vinieran modelos a casa, me encerraba con ellas en el estudio y fornicábamos sobre un diván.

Nunca conocemos a una persona por completo, a menos que la traicionemos. Cuando yo copulaba con las modelos, Lucie prefería fingir que no oía nuestros gritos de placer, y callaba.

Yo sólo quería llamar su atención, obligarle a que me deseara tanto como yo la deseaba a ella. Un día, en la cama, observé que el camisón se le había levantado mientras dormía y admiré su trasero, la piel fina y sin máculas, las nalgas gracilmente turgentes, el nudillo carnoso como el cráter de un asteroide minúsculo. Me acometió un deseo de voluptuosidad bestial y comprendí que ninguna fuerza me impediría explorar aquel sendero.

Me recosté sobre la espalda de Lucie, sosteniendo el peso de mi cuerpo con mis codos y mis rodillas, y dirigí la henchida cabeza hacia el nudillo carnoso: sentí como si unos labios diminutos besaran el glande con discreción. Mi esposa despertó, me miró por encima del hombro y empezó a gritar. Me moví hacia adelante y la estrecha abertura cedió del todo. Como en mis fantasías, oprimí su rostro contra la almohada. La cabalgué mientras redoblaba sus gritos. La niña se despertó y se puso a llorar, pero en aquel goce existía un elemento de perversidad que lo hacía incontrolable. El trasero de Lucie se balanceaba bajo mi vientre.

Al día siguiente, ella y la pequeña Muriel se fueron de casa.

XV

La habitación de los espejos

Como no vivía de mis cuadros y yo mismo era mi principal cliente, podía permitirme el lujo de trabajar despacio. Hasta 1936 no terminé mi serie de cinco grandes lienzos, *Súcubo*, *Orifalia*, *Pentesilea*, *El combate de las amazonas* y *Las guerrilleras*: brillantes amalgamas de cuerpos desnudos haciendo el amor de manera salvaje, enfebrecida, con miembros del propio sexo o del opuesto.

Los organizadores del Salón de los Independientes se quedaron atónitos. No sabían cómo reaccionar ante unos cuadros que les desconcertaban por su tamaño, por la escabrosidad de los temas y por la libertad del tratamiento, y que diferían tanto de mi obra anterior.

—Has caído en la tentación abstracta —me acusó uno de ellos con severidad, casi con desprecio, como si se sintiera personalmente traicionado.

—Tonterías —le dije—. De haber querido pintar cuadros abstractos, los habría pintado, y no podríais reconocer ni la carne. Lo que sucede es que sois unos puritanos, y os trastorna el erotismo que desprenden mis telas.

Según las normas que los propios Independientes se habían fijado, no podían negarse a exponerlas. El día de la inauguración en el jardín público se armó un escándalo. El Ayuntamiento, la prefectura y algunas asociaciones de notables hicieron constar su repulsa. La gente interpelaba al presidente de la Sociedad de Independientes, que nunca me había tenido simpatía. Los visitantes

pasaban de largo ante los demás cuadros, pero hacían corrillo ante los míos.

—Mira, eso de ahí es el sexo —le decía una mujer a otra, apuntando con su sombrilla—. ¡Qué falta de decoro! Yeso que asoma entre las nalgas... ¡No puede ser! Pero si parece un consolador...

Fingiendo gran pesar, el presidente me comunicó que debía retirar mis lienzos.

—Pero ¿por qué?

—Pues... porque..., en fin... —Con incontenible irritación, me señaló el Súcubo—. Es evidente que ese hombre de ahí está sodomizándola.

—¿Seguro que es un hombre? ¿Yeso una mujer? ¿Y sois vosotros quienes decís que me he vuelto abstracto?

Me amenazaron con descolgar los cuadros de los demás pintores si no me retiraba por voluntad propia, y lo cumplieron. Los apilaron contra la pared. Estaban decididos a cerrar la exposición. Cuando les propuse cubrir los míos, aceptaron encantados.

—Si los cubres no cerraremos —dijeron.

Buscamos unas lonas muy amplias y las dejé caer sobre mis lienzos. Delante de ellos desplegué una pancarta, donde acusaba a los organizadores de ejercer la censura y de ser unos falsos Independientes. Volvieron a retirar sus cuadros en señal de protesta. Taché las líneas de mi pancarta que más les ofendían, y los colgaron de nuevo.

Me divertí mucho con aquella comedia. El público alzaba las lonas para ver mis cuadros y se esforzaba por leer las líneas tachadas en la pancarta.

Yo me había escondido detrás de unas grandes macetas con plantas y advertía a los visitantes que se acercaban:

—Han cubierto estas telas porque están pintadas con semen... Los Independientes no quieren que se pinte con semen.

El primer golpe me lo asestó cierto crítico de renombre, al escribir en Sud—Ouest que yo era como el pintor Frenhofer, del relato de Balzac «La obra maestra desconocida», quien a fuerza de trabajar e indagar había llegado a dudar del objeto mismo de su búsqueda. Mi delirio me había llevado a abominar de la Belleza —

palabra que el crítico escribía así, con mayúscula— y a convertir mi obra, como el propio Frenhofer había hecho con la suya, en una especie de niebla informe, un extravagante amasijo de líneas y colores. De aquel embrollo monumental sólo merecía la pena destacar, en un rincón de uno de mis cuadros —no podía decir de cuál, porque su memoria los confundía todos—, «la forma maravillosa e inimitable de un pie enfundado en una media de rejilla, tan real como la vida misma».

No sabía si agradecerle la alabanza del pie o retarle a un duelo.

Diversión aparte, aquella exposición y aquel artículo sellaron en gran medida mi destino, porque los demás críticos no hicieron sino abundar en la comparación balzaquiana. Tanto artística como socialmente, me vi obligado a seguir caminando al margen de las normas. Los bienpensantes me daban la espalda, y decían comprender que Lucie hubiera tenido que abandonarme.

Al año siguiente volví a la primera página de los diarios locales, con motivo del llamado «Escándalo de las Tres Gracias». La policía me había detenido en la plaza de la Bolsa, borracho, mientras le hacía el amor a una de aquellas estatuas permanentemente húmedas de la fuente. Permanecí diez días en la cárcel y me pusieron una multa por escándalo público. Fuera por mi lubricidad natural o por los efectos etílicos, yo estaba convencido de que había conseguido mi objetivo, y de que la Gracia en cuestión había recibido mi cálido homenaje en sus carnes de bronce. Desde entonces siempre hubo alguien que, al verme pasar por la calle, comentara:

—Es el vicioso de las estatuas.

Supongo que aquel episodio fue la culminación de un aislamiento progresivo, que había empezado con el abandono de Lucie. La primera noche que pasé solo, sin ella y sin la niña, me dio por registrar sus cajones. Estaban llenos de sus cosas. Mi mujer se había llevado una pequeña maleta, a la espera de que yo le enviara el resto o de que alguien viniese a recogerlo. Como muchos años antes en el cuarto de la colada del Chateau, rebusqué entre la arrebatadora profusión de camisas de seda transparentes, de bragas escotadas, de pijamas audaces. El placer que sugerían aquellas prendas, y del que había disfrutado tan poco, se me hacía tan vívido

como si acabara de perderlo.

Adiviné que la añoraría menos, o que su ausencia me resultaría más soportable, si la reencarnaba. Me puse unas medias negras Y una negligé de terciopelo rosa suave, ribeteada de piel de kolinski alrededor del cuello y a lo largo de la abertura, hasta los tobillos. Era imposible, salvo para Lucie, llevar aquellas prendas y no sentir una tremenda excitación. Me miré en el espejo y el pene asomó la cabeza, travieso, por la abertura de la negligé. Quise pintarme los labios, ponerme un sombrero o un turbante para añadir algo de verosimilitud, pero no llegué. Mi mano hizo el resto.

Ya con más calma, fui mejorando la actuación e incorporándole infinidad de detalles, cada uno de los cuales bastaba para renovar el deseo. Al final, ahító de placer como hacía tiempo que no lo había estado, me derrumbé sobre la cama y pensé que aquellos goces no eran en modo alguno inferiores a los que me habían proporcionado las mujeres. Al fin y al cabo, nadie se conoce mejor que uno mismo.

Pensé también que hay miles de ciudades, cada una llena de mujeres que merecen ser amadas, y que era improbable que, en el mundo real, uno llegara a conocer a la más apropiada para él, a la única. Un hombre corría el riesgo de enloquecer si quería poseerlas a todas. Se me ocurrió que podía reunir en mí los rasgos más seductores de cada una, y gozar con ellos como había gozado con las prendas de Lucie. El orgasmo, seguí reflexionando, constituía una experiencia íntima, y no era imprescindible compartido con otras personas. Tenía la ocasión, el gusto, el espacio apropiados. Ya alguna vez me había sucedido, estando con una mujer, que, necesitado de ciertos rebuscamientos, había cedido a la tentación de maquillarme, de perfumarme para ella, de usurpar sus joyas.

Decidí consagrar una habitación a estos placeres. Sellé la ventana, la forré de terciopelo rojo y la recubrí de espejos, incluida la puerta. A los técnicos que vinieron a instalar los espejos del techo les dije que buscaba una forma nueva de pintar.

XVI

El caballero d'Eon

Ni el trabajo que habían supuesto aquellos grandes cuadros ni la incompreensión con que habían sido acogidos justificaban que perseverase en el esfuerzo. No lamentaba haberlos pintado. Ahí estaban, y en conjunto eran lo más importante que había hecho en mi vida, pero sólo yo podía apreciarlos y saber hasta qué punto correspondían a mi visión. Con un formato mucho menor, pero con ese estilo que ahora consideraba propio, hice algunos paisajes espectrales, imaginarios. Y en la habitación de los espejos me representé vestido de mujer, con medias y tacones altos, sobre un fondo oscuro tachonado de brillos, que realzaba la carne y las transparencias de la ropa.

Había yo adquirido por la abundancia de sus ilustraciones cierta enciclopedia erótica, en una de cuyas páginas figuraba el doble retrato de un personaje enigmático, el caballero d'Eon, pintado por Latour. A la izquierda, d'Eon posaba con la cimera metálica de crin negra y la casaca verde de capitán de dragones, y a la derecha con un vestido muy femenino, por cuyo escote cuadrado asomaban los pezones promisorios de dos senos. El escueto texto en alemán, idioma que los Hermanos de las Escuelas cristianas me habían enseñado de pequeño con mediano aprovechamiento, me informaba de que Charles—Genevieve—Louis—Auguste—André—Timothée de Beaumont d'Eon había nacido en 1728 en una aldea de la baja Borgoña, y de que, tras ser conocido como varón durante cuarenta y seis años, había vivido otros treinta y seis como mujer, antes de

morir en Londres. Su existencia había servido a los estudiosos para bautizar cierta afición, el eonismo, un deseo persistente, cuando no incontrolado, de vestir como el sexo opuesto.

Aunque yo no tenía ni la intención ni el temor de sufrir una transformación tan radical, y sólo me travestía ocasionalmente para mi placer, el caso me intrigó lo bastante como para buscar información en la Biblioteca de Burdeos. Esta, aun siendo excelente, no contenía en sus abarrotados estantes ninguna obra dedicada por completo a d'Eon. Una vez más tuve que viajar a París para satisfacer mi curiosidad.

Fue allí, bajo las nueve cúpulas de cristal de la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, rodeado de libros, donde se me ocurrió escribir una novela que se inspirase en las peripecias de aquel sujeto anfibio, y que emulara el desenfado de Las once mil vergas. Tenía a mi disposición las Cartas y Memorias del caballero d'Eon y las voluminosas autobiografías de Casanova y de Beaumarchais, que lo citaban, además de otras obras de su época sobre travestismo, como Las aventuras del abate de Choisy vestido de mujer. Carecía, para variar, de pretensiones literarias, y sólo aspiraba a desfogarme, a escandalizar y a divertir a hipotéticos lectores.

Cada día iba a la biblioteca, tomaba notas durante cinco o seis horas, pasaba junto al corazón de mi admirado Voltaire, colocado bajo su busto, e iba al burdel de Madame Ulianov. O bien visitaba a Danielle, que a falta de deseo sentía por mí cierto afecto, y asistía, como favor especial, a la sesión de masaje que recibía después de la siesta.

Se acostaba desnuda, sobre una camilla cubierta de una tela impermeable de fina goma negra, y su doncella le cubría el cuerpo y los miembros con un aceite de olor dulzón. Mi amiga vibraba de placer mientras le acariciaban los senos, el vientre delicado, los muslos untuosos.

Luego, la doncella rozaba con la punta de los dedos los suaves labios anidados bajo la mata rizada y los cosquilleaba con sabiduría, mientras yo, sin demasiada discreción, exhumaba de la penumbra de mis pantalones mi sexo apoplético. Llegado el momento de los ejercicios, la doncella introducía el índice lubricado en diferentes tramos de la vagina, y le pedía a Danielle que aumentara o

disminuyera la presión. Al salir, el dedo promiscuo se posaba como por azar en el clítoris, y las piernas de mi amiga se estremecían en un orgasmo que pretendía servir de aperitivo para pasatiempos mayores y que yo procuraba hacer coincidir con mis salvas.

Una tarde, la sesión se prolongó. Ocupé el lugar de Danielle y la doncella se desnudó también.

Me ungió, hizo que me acostara sobre el vientre, se tendió sobre mí y deslizó su cuerpo de un extremo a otro de mi espalda. Gemía yo de voluptuosidad al sentir los tiernos senos contra mi piel, restregándose arriba y abajo, y el vello esponjoso de su entrepierna frotándose las nalgas.

Me ordenó que me volviera, se sentó a horcajadas sobre mí y me masajeó con todo el cuerpo desde el pecho hasta los muslos. No se daba respiro. Segura del resultado, poco a poco iba haciendo intervenir a sus dedos. Quise atrapada pero resbaló entre mis manos, riendo, y se aferró a mi pene. El espasmo fue tan violento que hasta a ella, al sentido, se le iluminó el rostro.

Danielle me contó que a veces, para calmar y al mismo tiempo mortificar a los hombres que la deseaban, hacía que copulasen con su doncella. Cuando le hablé de d'Eon y de mis inclinaciones, me dijo que el caso distaba mucho de ser extraordinario. Según su experiencia, a la mayoría de los hombres, incluso a quienes tenían reputación de muy viriles, les apasionaba vestirse de mujer. No sabía por qué, ni le preocupaba. Debía de estar relacionado con su deseo de sentirse muy cerca de ellas, o de suplantadas. La envidia del coño, lo llamaba. Había un renombrado financiero, sin ir más lejos, que acudía a veda muy a menudo sólo para ponerse la ropa interior, todavía tibia, que ella acababa de quitarse. Eyaculaba dentro de sus bragas, mientras la miraba intensamente a los ojos.

Cuando consideré que había reunido suficiente información en la biblioteca y fui a despedirme, Danielle me hizo un regalo encantador: dos pequeños colgantes de oro que se prendían de los pezones con una rosca diminuta y que, según decía, aumentaban extraordinariamente la sensibilidad durante el orgasmo.

Estuve un año y medio trabajando en el libro. En contra de lo que había supuesto al principio, la transformación del caballero d'Eon original no había ocurrido de la noche a la mañana, y ya de

muy joven se travestía. Disfrazado de mujer, y como agente de la diplomacia secreta de Luis XV, había obtenido el favor de la zarina Isabel. Después, fingiendo que tenía una hermana idéntica, regresó a la corte rusa, esta vez como secretario de embajada. Muy diestro con la espada, fue capitán de dragones en la guerra de los Siete Años y ministro plenipotenciario en Inglaterra, donde se cruzaban fuertes apuestas sobre su sexo. Caído en desgracia, se le permitió regresar a Francia con la condición de que no volviera a vestir ropas masculinas. El cirujano que le hizo la autopsia descubrió que tenía un pene y unos testículos perfectamente conformados. Hasta ahí, algunos hechos escuetos.

A partir de ahí, mi novela: juguetona, irreverente, una mezcla ardua pero eficaz de humor y erotismo. No estoy seguro, dicho sea de paso, de que el caballero d'Eon original fuera un auténtico eonista, tal como pretenden los sexólogos. Tiendo más bien a representármelo como una persona bastante desapasionada, que utilizaba su habilidad para el travestismo con fines políticos o de espionaje.

A ratos, lo que escribía me exaltaba tanto que no podía continuar. Me levantaba, buscaba las prendas sustraídas del ropero de Lucie o las que había comprado en las tiendas con cualquier excusa, me maquillaba cuidadosamente, me ponía un collar y pulseras, me suspendía de los pezones los colgantes que me había regalado Danielle, me ceñía el pecho con un sostén y me enfundaba las medias de rejilla y unos zapatos de tacón alto, sin talón ni puntera. Aunque me acercaba a los cuarenta, tenía una cintura muy delgada, sin un gramo de grasa, y al menos ante mí mismo podía pasar por una mujer. Y los pectorales se me habían desarrollado de tal modo que, a cierta distancia y con un collar y el sostén puesto, el escote engañaba y hasta resultaba apetecible.

Cuando entraba en la habitación de los espejos, mi agitación era tan intensa que apenas llegaba a tiempo de admirar mi disfraz, y cuando lograba contenerme durante unos minutos sentía tal placer que la cabeza me daba vueltas, y se me escapaban suspiros de admiración y de deseo. Me sacudían pequeños temblores. Murmuraba nombres de mujeres que no conocía, como había hecho en la lejana adolescencia, o exclamaba una y otra vez, fingiendo

una voz femenina: «¡Te quiero, te quiero!», antes de estallar en murmullos y prolongados jadeos que culminaban en un «¡Qué gusto!», procaz e inconfundiblemente viril. Es curioso: cuando me masturbaba vestido de mujer siempre me parecía que no era una masturbación, sino una cópula.

Terminé El caballero d'Eon en abril de 1939.

Se supone que el erotismo siempre tiene su público. Encontré editor con facilidad. Iba a aparecer en septiembre. Ya estaban impresos los cinco mil ejemplares de la primera edición cuando los nazis, en su ilimitado afán de opresión, invadieron Polonia.

XVII

La mujer ambigua

La guerra en que nos vimos envueltos y para la que nuestros jefes militares estaban tan mal preparados no contribuyó a calmar mi temperamento fogoso. Fui destinado al grupo sanitario de una división ligera de infantería, con sede en Montbard. Allí me capturaron y pasé a formar parte del tropel amorfo de los vencidos. Comprendiendo que, ahora que Francia entera estaba bajo su tutela, podían prescindir de mí, los alemanes no tardaron en dejarme volver a casa.

Burdeos había sido bombardeado, y el alcalde se confesaba fascista. Todos se acomodaban a la repentina derrota. Mi madre me escribió para anunciarme que me enviaría menos dinero: los ocupantes se habían incautado de la bodega del château. En cuanto a El caballero d'Eon, nunca vi un ejemplar. Parece ser que, ante las dificultades para venderlos y la escasez de materias primas, prefirieron destruidos para hacer cartón. Lástima: la aparición del libro nunca hubiera tenido más sentido que entonces, cuando el travestismo ideológico era la norma.

Mi primer cuadro durante aquellos años negros fue La explosión, donde intenté reflejar, mediante la dispersión de los colores hacia la periferia del cuadro, el estallido de una bomba que había caído en el barrio de Chartrons. Cierta tarde se presentó en mi piso un oficial alemán, al mando de soldados armados. Efectuaron un registro somero y luego entró un general bajo y rechoncho, que deseaba ver mis cuadros. Hablaba un francés correcto, salvo por algún error en

los géneros. Le mostré el estudio y la habitación donde almacenaba los lienzos, que fue apartando y examinando. Cuando encontraba algo que le gustaba, asentía con la cabeza.

—¿Cuánto pide por estos dos? —señaló *Súcubo* y *Las guerrilleras*.

Le expliqué que representaban mucho para mí y que no deseaba venderlos.

—Siendo así, tendré que confiscarlos —me dijo.

Comprendí que ninguna bravuconada por mi parte impediría el robo. Le ofrecí otros cuadros, en lugar de los que había elegido. Le enseñé unas grietas en las zonas oscuras, y le insinué que la pintura estaba descomponiéndose. Sin saber dónde quería exponerlos, aduje que eran demasiado grandes. Hasta le hice ver que el bastidor tenía carcoma.

—No insista —me aconsejó el general, con su hablar pausado y tranquilo—. Podría hacer que le incorporasen inmediatamente al Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania. ¿Es usted homosexual?

—Toda mi obra es un canto a la mujer —le dije, recuperando como por ensalmo el alemán de mi infancia—. Usted lo sabe. No tiene más que mirar mis cuadros.

—¿También este? —señaló mi autorretrato vestido de mujer.

—Todos llevamos algún disfraz. Si yo me pusiera su uniforme —le pregunté, mirando con insistencia sus insignias—, ¿me convertiría en general alemán?

Me observó con gravedad y se echó a reír.

—No —respondió—, pero le mandaríamos fusilar por espía.

Se llevaron los cuadros. Al irse, el general se quedó contemplando una peluca larga que colgaba del respaldo de una silla.

—Su amiga —volvió a hablarme en francés—, debe de ser muy hermosa.

A veces me pregunto dónde estarán aquellos cuadros, si es que no fueron destruidos durante la guerra, y fantaseo sobre las circunstancias que permitieron a un general enemigo conocer y apreciar una obra que en mi propio entorno tenía muy pocos adeptos.

La primera vez que la mujer ambigua vino a casa llevaba un

abrigo de astracán y un sombrero que le velaba el rostro hasta los labios pintados en forma de corazón. Aunque no me hubiera dicho que deseaba proponerme un asunto, la habría animado a entrar. Olía a Aphrodisia, de Fabergé, un perfume que yo mismo había utilizado, para mi solaz, en tiempos mejores. Bajo el abrigo, que no quiso quitarse pretextando que hacía frío, la costura de sus medias negras dividía cada una de sus piernas en dos mitades sedosas que producían vértigo. Se dirigió al salón con decisión, como si hubiera estado antes allí, y se sentó en un sofá. Tenía un acento exótico, que sorprendía por su calidez y sonaba a impostura.

Me preguntó si tenía dibujos o acuarelas de tema erótico. Le mostré lo que tenía más a mano, unos bocetos sobre tela y cartón que me habían servido para preparar mis cinco grandes lienzos.

—Son magníficos, sí —me dijo—, pero prefiero algo sobre papel. No dispongo de espacio para colgarlos. Y busco algo más explícito.

Los tacones de sus zapatos sobresalían como largas agujas, y cuando cruzaba y descruzaba las piernas yo creía escuchar el rumor imperceptible del roce de sus medias negras.

—¿Me está pidiendo que trabaje para usted? —le pregunté.

—Le pagaré bien, no se preocupe.

Yo sentía, tras el velo, la mirada atenta de un rostro muy pálido. Estaba atravesando un periodo de relativa penuria, y me alentaba la idea de intentar satisfacer los gustos de una mujer tan refinada. Le pregunté qué entendía por algo más explícito, y el acento exótico se hizo más ostensible mientras me lo contaba. Quería dibujos de mujeres vestidas con cascos emplumados, corsés negros, guantes largos, ligueros, medias y zapatos relucientes de tacón alto. Debían estar haciendo el amor, o en trance de ser azotadas o atadas por otras mujeres, engalanadas con la misma panoplia.

—Creía —repuse— que la atracción por esas prendas estaba mucho más arraigada en los hombres que en las mujeres.

—Los hombres —sentenció— sólo saben lo que las mujeres les dejan entrever.

Fijamos un precio y una fecha de entrega, y al irse me sentí como el náufrago solitario que atisba un barco a lo lejos, y lo ve pasar de largo cuando cree que ha conseguido llamar su atención.

Tras probar varias técnicas, elegí la pluma y la tinta. Dibujé

mujeres ataviadas de negro, enjaezadas como caballos fúnebres, atadas y encadenadas a postes, a cruces, a árboles, a ruedas, a potros de tortura, con los ojos vendados o abiertos de pánico, convertidas alternativamente en dominadoras y en esclavas, en el acto de imponer la disciplina o con los senos y las nalgas surcados por decenas de latigazos. A ratos no sabía si trabajaba para la mujer ambigua o para mí. Me exaltaba elucubrando sobre su identidad, imaginando que posaba para mis dibujos o que se excitaba mirándolos, y vertía unas salvas a su salud.

Ella venía puntualmente a recogerlos, convenientemente velada, siempre de noche: Los examinaba, hacía indicaciones y comentarios, me pagaba y se iba. Le gustaban sobre todo los dibujos en los que la carne de las mujeres estaba ausente, y sólo se veían sus aderezos flotando en el aire, como reliquias evocadoras. Pensaba yo en el misterioso desconocido que le había encargado un réquiem a Mozart poco antes de su muerte, y me preguntaba si aquellas prótesis y aquellas Venus huecas no estarían también relacionadas con el culto a los difuntos, o augurarían mi próximo final.

Una noche, mientras mirábamos los dibujos, le toqué la cadera casi sin darme cuenta y fue como si prendiera una brasa. Ella giró despacio. Mis dedos vagaron por su vientre y rozaron un montículo, protegido sólo por una o dos capas de un tejido muy fino. Tras el velo de redecilla y topos negros, la mujer ambigua sonreía.

—Hagámoslo a mi modo —me dijo.

Hizo que me sentara, se alzó la falda y se acomodó sobre mis muslos, dándome la espalda. Mi enhiesto pincel se internó en una alcoba muy cálida, y empezamos a mecemos al unísono, mientras ella gritaba y yo le acariciaba los senos sobre la tela del vestido o aferraba la tierna carne de su trasero. La había deseado tanto que me costaba aceptar que estaba haciendo el amor con ella.

Sólo cuando se fue empecé a atar cabos y pensé en la posibilidad de que fuera un travestido.

Evocaba la forma de los senos de la mujer ambigua, quizá demasiado altos y demasiado duros para ser reales, y la posición atrasada y la estrechez del orificio donde me había derramado. Pero mis sentidos no estaban en condiciones de precisar nada, y muchas

mujeres prefieren hacerla a la usanza griega.

Burdeos fue liberado el 2 de septiembre de 1944. Después de aquella cópula turbadora, la mujer ambigua no volvió a visitarme.

XVIII

Juego de máscaras

La posguerra fue para mí un periodo de renovación, de aprendizaje de otras técnicas. Pinté al fresco dos paredes del salón de mi casa, que intentaban reproducir los cuadros perdidos y que, quizá porque no usé la arena adecuada para la argamasa, se deterioraron después. En *Súcubo*, las mujeres demoniacas que se ciernen sobre los durmientes se han convertido en una mancha que se funde con estos, y en *Las guerrilleras* se ha desintegrado el pie que, para el crítico de Sud-Ouest, constituía lo mejor de mi obra. Tanto da: el pie del mural tampoco se parecía demasiado al del lienzo.

Me acicalaba para uno de mis rituales profanos cuando distinguí bajo uno de mis pómulos una huella de cardenillo, del tamaño de una bola de muérdago. No era una mancha casual, sino algo que ya formaba parte de mí, como mi dentadura, el color de mis ojos o las arrugas del entrecejo.

Mientras la cubría con un poco de polvo facial, comprendí que a la larga el maquillaje, ese proceso que aunaba la coquetería con la pintura, y que de ordinario bastaba para excitarme, no podría ocultar siempre el deterioro de la carne. Pensar que de esto hace casi treinta años...

Recurriría a las máscaras. No las de papel, que son demasiado duras y con las que no pueden intercambiarse besos, sino unas que pudiera modelar y recortar yo mismo, y que tuvieran la suavidad de la piel humana.

Probé distintas pieles de animales, el tafílete, el becerro, la oveja, buscando flexibilidad y una textura fina. Me convertí en un experto en elegir piezas de cuero, en ablandadas y en adelgazadas, en barnizarlas con laca y pulidas. Una vez concluidas, les aplicaba un maquillaje que casi nunca necesitaba retoques y las colocaba sobre mi propio rostro, que al momento rejuvenecía dos o tres décadas. Luego las combinaba con alguna peluca y las adornaba con pendientes de tomillo, preferiblemente muy largos. Conservo la mayoría de las máscaras que hice, y me alegra comprobar que retienen su poder seductor. Pero, cuando me las pongo, me cuesta reconocer a las amantes que en otro tiempo buscaba en mí. El inconveniente, demasiado bien lo sé, debe de estar en mí mismo, no en las máscaras. Sin embargo, todavía deseo, y cómo.

Fue también por entonces cuando volví a la fotografía, en un intento de retener el instante fugaz. Primero aprendí a aprovechar la luz, a aislar una imagen, a crear misterio. Me fotografiaba vestido de mujer, cambiando los aderezos y las poses, en la habitación de los espejos o bajo el techo acristalado del estudio. Luego aprendí las técnicas del revelado, del tiraje. El baño me servía de cuarto oscuro. A falta de ampliadora, utilizaba un chasis de madera que yo mismo había fabricado, y en el cual introducía el negativo. Ponía a secar las copias en la cuerda de tender. Las colocaba en su secuencia natural y revivía los momentos culminantes. Cuando conseguía captarme en el instante preciso de la eyaculación, la fuerza de la imagen se imponía y me exigía una nueva ofrenda.

Un día, ante el escaparate de una corsetería donde se exponían nuevos modelos de sostén con copas de encaje y medias de nailon de reflejos sedosos, advertí que una joven me miraba. La miré a mi vez y se azoró, pero luego me siguió hasta casa. No podía imaginar, y menos a mi edad, que hubiera hecho una conquista. Abrí la puerta de la calle y me volví hacia ella. Tenía unos ojos verdes que parecían expresar todos los matices: timidez, solicitud e incluso compasión; y, sin apenas transición, ironía e ingenuidad. Llevaba un elegante vestido veraniego, con un dibujo de girasoles amarillos, que acentuaba su delgadez.

—Soy Muriel, papá —me dijo, tendiéndome la mano.

Me temblaron las piernas. Como un estúpido le pregunté la

edad. Diecisiete, me dijo. Tuve la impresión contradictoria de que aparentaba más y de que no podía haber transcurrido tanto tiempo desde mi separación de Lucie. Permanecimos mirándonos durante largo rato en silencio, como si sólo confiáramos en nuestra percepción visual y supiéramos que las palabras nos obligarían a mentir.

Una moto pasó cerca, haciendo mucho ruido, y creo que fue eso lo que nos decidió a entrar.

Subió las escaleras delante de mí, con un andar elástico que me pareció exquisito. Le enseñé los murales, el estudio. En un panel de corcho había unas fotos mías con máscara, en plena actuación. Se sonrojó al verlas, pero pronto se rehízo y me preguntó de quién eran. Le dije la verdad. Me miró divertida, con una pizca de picardía, y comprendí que no se escandalizaba con facilidad, a diferencia de su madre.

Me contó que había aprobado los exámenes finales en el instituto. Quería estudiar egiptología en París, donde viviría en casa de uno de sus tíos. Había averiguado mi domicilio y había estado varias veces a punto de visitarme, pero hacía muy poco que la dejaban ir sola por la ciudad. Deduje que Lucie siempre había temido que pudiera encontrarse conmigo. Aquella mañana, Muriel se había paseado por mi calle, sin decidirse a subir. Me había visto salir y, adivinando que era yo, me había seguido mientras hacía mis compras.

Estuvo poco rato, pero volvió a menudo. Era como si necesitara dosificar nuestra relación, asentar cada avance. Le halagaba que yo estimulase su femineidad. Un día me dejó maquillarla: le pinté los labios, las cejas, el contorno de los ojos. Estaba admirada de su propia transformación, nunca se había encontrado tan guapa. Me contó que, al salir de mi casa, había notado que la miraban de manera distinta. Su madre la besó como si sospechara algo y le dijo que olía a hombre.

Me pidió que la fotografiase. Tenía la ansiedad de nuevas metamorfosis, y al mismo tiempo quería reforzar los vínculos que nos unían. En esto yo jugaba con ventaja, pero era incapaz de abstenerme, de renunciar a mi delirio. Como un alcahuete codicioso, iba enseñándole todos los trucos de la seducción. La

fotografié con su ropa de calle, pero también con los atavíos más sugerentes de mi guardarropa. Yo estaba inspirado, y ella aprendía deprisa. Cuando se iba, yo repasaba con mi varita mágica su imagen velada apenas por una negligé, que se entreabría mostrando toda la longitud de la pierna.

Tenía tanto miedo de desearla que no hacía sino tensar mi telaraña. Me persuadía a mí mismo de que Muriel me necesitaba, de que llevaba años buscando un iniciador, un chamán, alguien que supiera realzar todas sus cualidades y al mismo tiempo gozar con ellas. ¿Quién podría acariciarla con más suavidad, con más afecto que su propio padre?

Un día me puse una máscara. Le pedí a Muriel que se quitara las bragas y ella se apresuró a hacerla, como si realmente quisiera colaborar en su desfloración y no someterse a ella. La tomé en brazos sin demasiado esfuerzo y la llevé al dormitorio. Pensar, me dije, que podría haber muerto sin ver el coño de mi hija, aquella lujuriosa fronda vaginal, su adorable fisura. En la cama intuí que las caricias que me disponía a tributar sobaban entre nosotros, y que todo había de ser simple y directo, porque hacerle el amor a mi hija era exactamente como hacérmelo a mí mismo.

Me adentré de inmediato, sin dificultad. Muriel exhaló un gemido que fue como un arrullo y me pareció que se desvanecía. O tal vez se durmiera. Cuando recobró el sentido me dijo que había gozado intensamente.

Fue la segunda vez que me acosté con una virgen. La primera vez había sido con su madre.

Al final del verano, Muriel se fue a París.

XIX

El Pequeño vampiro

Al cumplir medio siglo, la falta de estimación general empezó a pesarme. En Burdeos se me consideraba un indeseable. Mi casa había adquirido la mala reputación que normalmente se reserva para el escenario de un crimen, y mis propios vecinos, cuando nos cruzábamos en la escalera, me negaban el saludo. Escribí a Malraux, pidiéndole apoyo para exponer en París. Pero el antiguo editor de textos eróticos clandestinos, el aventurero que había intentado enriquecerse despojando los templos de Angkor, me respondió que no podía influir en el jurado del Salón de Mayo, y que no debía contar con su patronazgo, que era incompatible con su participación en el Consejo de los Museos Nacionales.

También me dirigí a Breton, exponiéndole lo penoso de mi situación y adjuntando una carpeta con fotografías de mis cuadros más representativos. El papel que utilizó para responderme llevaba el membrete de L'ÉTOILE SCELLÉE, la galería de la que se ocupaba. En su carta decía sentirse deslumbrado por mi obra, ponía su galería a mi disposición y afirmaba que debía buscar en la calidad de mi pintura la fortaleza necesaria para soportar el menosprecio ajeno. «Creo», añadía, «que ha quedado atrás la época en que a los artistas contemporáneos se les podía exigir un comportamiento conformista».

Le envié más fotografías de cuadros y dos telas, *Senos estelares* y *Las damas veladas*, como anticipo de la exposición. Me contestó diciendo que se había enamorado hasta tal punto de mis criaturas

que las había colgado provisionalmente en su propia casa. A causa de compromisos contraídos con anterioridad, la galería no estaría desocupada hasta enero de 1956. Me quedaba algo más de un año para preparar el golpe de efecto que debía atraer sobre mí la atención del público.

Qué extraño resulta que uno busque con tanto ahínco la aprobación de gentes a las que no conoce y a las que en otras circunstancias rehuiría. Poco a poco fueron surgiendo una serie de lienzos en los que di rienda suelta a mis apetencias de libertad, y donde los cuerpos femeninos se deformaban, se agigantaban, se recomponían, quedaban reducidos a un muslo solitario que, obviando el vientre, culminaba en un seno perfecto, o bien se convertían en una amalgama inextricable de bocas desproporcionadas, de nalgas múltiples, de pies sinuosos como lenguas. En cualquier lugar podía surgir una vulva ardiente, cualquier parte del cuerpo era apta para hacer el amor o para penetrar en otra. Así, un pie atravesaba un muslo, o un seno perforaba un vientre. Había brillos de gemas en los zapatos de tacón alto, en los fondos de apariencia galáctica o espermática, en las pesadas cabelleras.

Tanta pintura implicaba un derroche de semen, que utilizaba mezclado con el óleo y también como barniz. Tenía como amante a la camarera de un bar, que me servía de modelo y a la que había dado el apodo de El Pequeño vampiro, por su tamaño y porque había desarrollado el hábito de morderme con fuerza en la garganta mientras hacíamos el amor, hasta que brotaba la sangre. El cuello se me cubría de hematomas que tardaban semanas en desaparecer, pero la sensación de riesgo —a veces ella decía que le costaba contenerse y no arrancarme la carne a bocados— incrementaba misteriosamente el placer. El Pequeño vampiro tenía unas uñas afiladas, con las que me arañaba y pellizcaba los pezones, ya de por sí muy sensibilizados a causa del uso frecuente de los colgantes de oro. Sentía, además, una atracción obsesiva por mis piernas lampiñas, y me las acariciaba durante horas. Era, en suma, una amante poco convencional, pero que creaba adicción. Ya en París descubrí que la galería era demasiado pequeña para exponer los veintiséis lienzos y catorce dibujos que había seleccionado. Como

Breton insistía en que los dibujos se venderían mejor, reduje el número de lienzos. Se editó un catálogo, con una fotografía mía, desnudo, disparando con el revólver y esta leyenda: TRES PASIONES: LA PINTURA, LAS DAMAS Y LAS ARMAS DE FUEGO. En el prefacio, Breton me comparaba con Gustave Moreau y con Edvard Munch, y decía que mi mayor acierto había sido convertir a la mujer, un ser relegado por la tradición, en un sujeto detonante, explosivo, temible.

Una atmósfera muy peculiar flotaba en L'Étoile Scellé la noche de la inauguración. Estaban allí algunos surrealistas notables, que me trataban como a uno de los suyos. Breton, con su mirada glacial y su rostro de máscara que casi nunca se relajaba en una sonrisa, dijo unas palabras y luego procedió a examinar con detenimiento cada una de las obras expuestas, como si nunca las hubiera visto. Sus acólitos formaron pequeñas aglomeraciones ante mis cuadros, que hacían pensar en una congregación de viejos libidinosos asomados a la ventana de un prostíbulo.

A lo largo de los días siguientes, los periódicos se hicieron eco de mi obra. Los críticos parecían desconcertados, y la impresión general era que mi pintura no podía ser demasiado interesante, si había tardado tantos años en darla a conocer. Al cabo de mes y medio, cuando la exposición se cerró, sólo se habían vendido once dibujos y seis lienzos. Breton lo consideraba un buen resultado, pero yo tuve que hacer un ejercicio de acomodación mental y sustituir la apoteosis que me había prometido a mí mismo por la triste evidencia de que debería proseguir mi trabajo solo. Ni siquiera me quedaba el consuelo de que nadie había querido darme una oportunidad. Se me había juzgado, y se había decidido ignorarme.

En otros sentidos fue también un viaje decepcionante. No me atreví a buscar a mi hija, por temor, quizás, a que pudiera disgustarle volver a verme. Danielle ya no vivía en su antigua casa. La portera me dio la inesperada noticia de que se había casado. Tampoco el burdel de Madame Ulianov había sobrevivido. La puerta y los escaparates estaban cerrados con una verja metálica, que permitía atisbar unos maniqués rubios, de tez muy blanca. El tiempo había cubierto de polvo los rostros de aquellas jóvenes

anticuadas de yeso y cáñamo, y sólo sus miradas conservaban, intacto, el brillo de un vigor permanente.

En 1960 participé en la Exposición Internacional del Surrealismo con un par de cuadros, que fueron acogidos con reticencias. Pero cuando, al año siguiente, quise contribuir con mi tela *La masturbación de la Virgen María*, no recibí respuesta.

Sin duda, la naturaleza blasfematoria del cuadro hacía difícil su exhibición. Mis relaciones con el grupo surrealista y con el propio Breton se enfriaron, lo cual, visto retrospectivamente, no resultaba demasiado extraño. Con los surrealistas compartía el desprecio por la tradición, el orden y las convenciones, pero sus teorías y su petulancia me aburrían. Además, con el tiempo se habían convertido en otra institución. En cuanto a Breton, creo que el origen de nuestra discrepancia está en que él era partidario del amor cortés, que no excluía la carnalidad pero que tampoco la exigía, mientras que yo nunca he sabido separar del todo el erotismo y el sexo. Hubo un momento en que eso se hizo más explícito en mis cuadros. En el fondo, mi obsesión por el sexo le incomodaba, le parecía vulgar.

Otro rayo de esperanza surcó mi vida: Raymond Borge, crítico de cine de *Les temps modernes*, filmó en mi casa un documental sobre mi universo particular. El comienzo de *El pintor de las mujeres* era soberbio: mis cuadros y todos mis fetiches se iban mostrando a la luz de una linterna vacilante, como los encontraría un ladrón que me visitara de noche. Luego se me veía disparando mi revólver sobre una virgen de porcelana. Uno de los planos más admirables consistía en un *travelling* hacia delante sobre una joven completamente inmóvil, que parecía de cera y que de pronto sonreía: era el Pequeño vampiro, maquillada por mí mismo como una muñeca. En otra secuencia, que se suprimió del montaje final, yo reposaba en mi lecho fúnebre, con un traje oscuro. Por la bragueta abierta asomaba mi sexo erecto, sostenido por una mano de largas uñas. El documental concluía con la imagen de dos mujeres encorsetadas, con medias y altos tacones, haciendo el amor en la habitación de los espejos.

Hubo problemas con la secuencia de la virgen, que fue censurada en algunos lugares. Sin embargo, la versión íntegra se

proyectó durante una semana entera en un cine de mi propia calle, en compañía de El perro andaluz. El Pequeño vampiro no pudo veda: había muerto durante el montaje, en un accidente de coche.

XX

La Venus de escayola

Cuando recibí el telegrama del administrador del Château anunciándome que mi madre había fallecido, le envié otro de inmediato. Deploraba no poder asistir al entierro, y le facilitaba la dirección de un hermano de ella, que seguramente se encargaría de la ceremonia. Le anunciaba, sin embargo, mi próxima visita. Mi rechazo no se debía a la frialdad. El afecto por mi madre permanecía incólume, pero quería recordada como había sido y no como era. Y tampoco deseaba sentirme culpable. Supongo que resulta más fácil soportar la visión de los muertos cuando se es joven, o cuando se es muy viejo, que cuando uno se cree en la mitad de la vida y de pronto descubre que apenas le quedan una o dos décadas por delante.

Yo ya había empezado a añadirme siete u ocho años, cuando hablaba con alguien a quien no conocía, para tener el placer de que me dijeran: «¿Cómo? ¡No es posible! ¡Pero si no aparenta su edad!».

El día de mi llegada envié mi equipaje por delante y estuve paseando por la orilla del río durante horas, como aquella tarde en que, tras haber hecho el amor con mi madre, retrasaba el momento de volver a encontrarme con ella. No vi barcos ni somormujos, y los antiguos caminos de tierra ya estaban asfaltados. A través del encaje de las nubes, el sol enviaba estrechas franjas de luz.

En el Château todo estaba igual salvo la parte destinada a la explotación vinícola, que se había ampliado mucho y a la que se había incorporado una gran nave. Los criados, a quienes no

conocía, me recibieron con suspicacia. Cené sin ganas y me acosté en mi viejo cuarto.

Desde algún lugar del pasado, oí mi propia voz:

—¡Sophie..., Justine..., Justine..., Nicole..., Nicole!

—¡Oh, señor! —exclamó Anne-Marie, entrando de improviso en el dormitorio—. Esto explica muchas cosas, Monsieur Pierre. ¿Le gustaría que le ayudase?

—Me gustaría mucho.

—Ponga una mano entre mis piernas. ¿Le agrada?

—Oh, sí, sí —respondí, jadeante—. Es tan cálido y húmedo...

Mi hermana —con la celeridad de los sueños, Anne-Marie se había convertido en Muriel— se acariciaba un seno, y yo me deleitaba con cada estremecimiento de su vientre. Se quitó una zapatilla de raso y apoyó la planta de su pie, con emocionante suavidad, en la parte más sensible de mi cuerpo.

—Incluso a través del pantalón —dijo— lo siento duro y fuerte.

—¡Anne-Marie..., Muriel! —llamé en la oscuridad—. ¡Mamá! —grité, extendiendo los brazos.

—Está muerta, Pierre —me advirtió la voz cantarina de Tutune.

Me desperté angustiado, con una erección mediocre. Al buscar el inexistente quinqué, mi mano encontró el interruptor de una lámpara.

En bata y zapatillas recorrí los pasillos hasta la habitación de mi madre. Me detuve ante la puerta, reuní fuerzas y accioné la manivela en vano. Se me ocurrió la posibilidad de que no estuviese muerta, de que el telegrama del administrador hubiera sido una añagaza para obligarme a ir. Luego me dije que no debía extrañarme que su dormitorio permaneciera cerrado con llave.

En cambio, la puerta de la biblioteca cedió enseguida. Previendo que podía necesitarla, algún ser comprensivo la había dejado abierta para mí. Con gratitud y alivio fui reconociendo los libros y acariciando sus lomos. Pensé en el tiempo que llevaban allí, ordenados en los estantes, educando y enardecendo a generaciones sucesivas. Me acordé de la segunda Muriel, que debería heredar todo aquello algún día, y me pregunté si se habría casado. Quizá yo era abuelo y lo ignoraba. Tal vez mi nieta tenía, o iba a tener, unas hermosas piernas. Tomé *La Antijustina*. Aquel libro, que me había

hecho más soportable la muerte de mi padre, debía volver a amortiguar mi dolor. Busqué los pasajes, comprobé que conservaban su eficacia.

Al día siguiente pedí la llave del dormitorio de mi madre. Estar allí me tranquilizó. Permanecí mirando su cama durante largo rato, recordando e imaginando conversaciones que ya no tendrían lugar. Luego me puse a curiosear entre sus ropas, sin demasiadas esperanzas. Pero en el cajón inferior de una cómoda encontré algunas piezas de lencería íntima con las que antaño me había deleitado, y que ahora se me antojaban un tanto púdicas. Sólo el corsé de color Champagne brillaba con luz propia, y era tan excitante como lo recordaba. En un rincón del vestidor descubrí también algunos de los zapatos de su juventud. No sé por qué había conservado todo aquello. Quizá le ayudaba a evocar el pasado, como a mí los libros, o a retrasar el avance del tiempo. Quizá poco antes de morir todavía se probaba aquellas chucherías, y miraba cómo le sentaban en el espejo. Quizás era como yo. Cogí el corsé y unos zapatos forrados por fuera de plumas negras y abandoné el santuario.

Tuve que hablar con el administrador, con un abogado, con el encargado de la explotación vinícola. Todos me pusieron al corriente. No había deudas, yo era el único heredero y las perspectivas de nuestros vinos seguían siendo buenas. Podía continuar percibiendo la parte de los ángeles sin necesidad de vender propiedad alguna. Entre la lectura de un informe y la de otro, iba al campo y me entretenía disparando a los árboles con mi viejo revólver, como un ocioso caballero rural.

En la torre donde antaño había creído encontrar indicios de la traición de mi madre y donde ahora anidaban las palomas, volví a registrar los baúles y a admirar las armas y los uniformes de mi remoto antepasado. Al pie de la ventana, en aquel antepecho, unas manos delgadas habían dejado en otro tiempo sus huellas en el polvo. De nuevo atrajo mi atención la forma extraña del antepecho. Regresé con un mazo y rompí la pared falsa de ladrillo. En el interior encontré una caja de madera, que contenía un diario y unas fotografías de mi padre, de joven, haciendo el amor con una Venus de escayola. En el diario, mi padre explicaba que había descubierto

la Venus en una tienda de material artístico, que la había comprado de inmediato y que durante tres años había sido esclavo de aquel ídolo, con el que se relajaba de distintas maneras. Deduje que la relación se había interrumpido al conocer a la hermosa polaca. En una de las fotos, la Venus vestía un abrigo de pieles; en otra, un ceñido vendaje de cuero.

Nada se decía en el diario acerca de la suerte de aquella estatua, pero ahora yo recordaba vagamente haberla visto también, de muy niño, y si nadie la había destruido después sólo podía encontrarse en un lugar. Hice abrir la torre gemela y allí estaba, oculta bajo una lona polvorienta: una Venus blanca y radiante, con los labios entreabiertos en suave sonrisa, descansando el peso sobre la pierna derecha y con la izquierda doblada como para empezar a andar. Sentí un temblor sensual, el mismo que debió de sentir mi padre al descubrirla en la tienda de material artístico y el mismo que sentían los clientes de Madame Ulianov al ver los maniqués de su escaparate, que iban evolucionando con los gustos de la época. El mismo, quizá, que yo había experimentado de pequeño al contemplarla allí mismo, un día de mucho trasiego en que, acompañando a los criados que guardaban unos muebles, había visitado por primera vez aquella torre. Y el mismo temblor sensual, en fin, que me han causado siempre las mujeres y los maniqués de largas piernas.

Mi madre había sido enterrada junto a mi padre, en el pequeño cementerio de Léognan. Su presencia era todavía tan intensa en la casa que me parecía superfluo acudir junto a su tumba.

Pero tuve la humorada, antes de regresar a Burdeos, de plantar una cruz negra al fondo del jardín, con mi nombre y esta larga inscripción en letras blancas: NACÍO EL 13 DE ABRIL DE 1900. MURIÓ UN DÍA CUALQUIERA. FUE ESCLAVO DE LA BELLEZA DE LAS MUJERES. CARECIÓ DE MORAL. ES TOTALMENTE INÚTIL REZAR POR ÉL.

XXI

Las momias

Me gustaba pensar que aquel enterramiento prematuro representaba mi muerte para el mundo, para la sociedad burguesa que me rechazaba y a la que provocaba siempre que podía. Ya no me importaba masturbarme delante de mis visitas, mientras hablábamos en mi casa, ni a plena luz del día, a la vista de las mujeres que me gustaban, en las terrazas de los cafés o en los parques. No me importaba tampoco que la policía me detuviera por escándalo público, como sucedió un par de veces y como ya había ocurrido cuando el «Escándalo de las Tres Gracias». Lo que la sociedad consideraba mis peores vicios eran mis pasiones más firmes.

Para mi propio placer me había fabricado, con correas largas y estrechas de cuero muy fino, trenzadas y recubiertas de telas suavísimas, unos consoladores que tenían una elasticidad y un satinado perfectos. Les colocaba un preservativo y me sodomizaba con ellos. Los hacía de varios tamaños y colores, y también dobles. A fin de tener las manos libres manipulaba los zapatos femeninos e incorporaba el objeto viriloide al talón, del que sobresalía como el espolón de un ave rapaz. Luego sólo tenía que ponerme en cuclillas o tenderme de costado en el lecho, y encoger la pierna así calzada.

La autosodomización se me antojaba mucho más placentera tras la aplicación de un enema, que relajaba el prieto orificio, y cuando se producía entre espejos. Si quería impresionar o escandalizar a alguien, le enviaba una fotografía donde podía admirar mis tacones

altos, mis piernas enfundadas en medias y mis nalgas en trance de sodomización. Un esparadrapo invisible me ceñía los testículos y los ocultaba. Me divierte pensar que más de uno se habrá masturbado contemplando esas fotos e imaginando que se extasiaba ante unas nalgas inequívocamente femeninas.

Atar a una mujer exige una imaginación vigorosa, una atención constante. Es necesario estar a la altura de la supuesta víctima, que es quien conduce el juego. Hay que adivinar sus temores y justificados, saber que cuando cierra los ojos es que anhela una venda, que cuando amenaza con chillar es porque desea ser amordazada. Yo nunca he negado a mis amantes esas satisfacciones: Les ligaba las muñecas a la espalda y luego les pasaba un grueso cordón por encima de un hombro, por debajo de un seno y por encima del otro hombro.

Se lo introducía entre las piernas, bien tenso, les unía los tobillos y terminaba enlazando la cintura y el vientre. El zigzag del cordón sobre la carne resultaba un espectáculo tan estimulante como la forma en que se debatían luchando con sus ligaduras. Los labios del sexo quedaban abiertos a causa del cordón que discurría entre las piernas, y bastaba desplazarlo hacia la ingle para cosquillear el botón rosado.

Pero ninguna se había sometido, antes de estar conmigo, a un pasatiempo mucho menos corriente, que consistía en dejarse envolver del todo, bien con una serie de sábanas superpuestas o con una venda muy larga. La tela tensa o la venda ceñida daba a las formas voluptuosas una turgencia ejemplar, irresistible. Y los rostros sin rasgos adquirirían un atractivo misterioso, como el de un bloque de mármol que no ha sido tallado. Uno sólo conocía el blanco relieve de las personas con las que se solazaba. A eso lo llamaba yo «pugar a las momias». Había una prostituta que venía a casa y que siempre cobraba más por practicar aquel juego conmigo, porque se sofocaba mucho. Cuando me lo hacían a mí, lo que más me gustaba era que me vendasen el pene.

Si no estaba de humor para hablar con nadie, reemplazaba a las mujeres por los maniqués. Tenía muchos en casa, casi todos de poliéster ligero, un material dócil, fácil de moldear y de acoplar.

Abría entre sus piernas hendiduras forradas de seda, que servían

de campo a mis maniobras.

En la cama me solía acompañar la parte inferior de un maniquí de tacto muy suave. Introducía mi enhiesto heraldo entre las nalgas y gozaba mirando el rostro soberbiamente maquillado de una máscara. No era como una mujer, claro, porque no había movimiento ni vida. Pero tenía cierto encanto. Uno podía fantasear con la idea de que estaba profanando un hermoso cadáver descuartizado.

Empecé a hacer fotomontajes porque la fotografía sin manipular era insuficiente para representar mis fantasmas combinatorios. La cabeza de un maniquí sobre el cuerpo de una mujer real o mi rostro enmascarado sobre el cuerpo de un maniquí engalanado con mis prendas favoritas me resultaban más excitantes que el maniquí, la mujer o yo mismo por separado.

Aquel procedimiento me permitía combinar las partes más atractivas de unas mujeres y de otras, e intentar recomponer una mujer ideal, casi siempre distorsionada, a partir de fragmentos que iba reuniendo: los senos de esta con las caderas de una segunda y las piernas de una tercera. Podía también conseguir un efecto de multiplicación, como en mis cuadros, y forjar criaturas fabulosas de múltiples nalgas, asentadas sobre haces de piernas y ramilletes de pies.

A diferencia de mis pinturas o mis dibujos, sin embargo, mis fotomontajes estaban condicionados por la recolección previa de esos fragmentos. Una vez hecho el primer tiraje retocaba el negativo original con un lápiz de mina de plomo y volvía a tirar. Comenzaba entonces un trabajo paciente de recortes, de ensamblaje de las partes del cuerpo, de fotografía de los montajes y de retoque de los nuevos negativos, hasta conseguir la imagen perfecta. Pasaba días dibujando velos, redecillas y encajes de sugerentes motivos sobre la piel de mis modelos en los negativos, para atenuar los contrastes o para resaltados.

Con todo ello confeccioné un libro de sesenta y nueve fotomontajes, al que quería llamar *El chamán y sus criaturas*. Debía ser una obra de impresión perfecta, un objeto bello, raro y buscado por los bibliófilos. Mis exigencias técnicas y las dificultades financieras de los cuatro editores a quienes presenté el proyecto lo

convirtieron en irrealizable. Si alguien lo retoma después de mi muerte, y no sigue cuidadosamente las instrucciones que acompañan a la maqueta del libro que está en mi escritorio, puedo garantizarle que la parte más insolente de mi cuerpo, en cuya supervivencia confío más que en la de mi espíritu, renunciará a los inagotables placeres del infierno y volverá para atormentado.

XXII

La sacerdotisa del amor

Fue en la librería de L'Intendance, lugar de cita en Burdeos de los intelectuales marginales de la época, donde me decidí a abrir un ejemplar de Arianne, la novela erótica que era, desde hacía dos años, uno de los libros más vendidos en Francia.

El prejuicio que me inspiraba su gran difusión había sido, precisamente, lo que me había impedido hojearla antes. Leí una escena en la que una mujer, tras recibir en la boca la eyaculación de su amante, posaba los labios en el sexo abierto de una amiga y los inundaba de esperma, y me encontré prendido de aquellas palabras y de aquella fabulación lujuriosa. Había encontrado a mi alma gemela, a una apasionada del erotismo, a alguien a quien, como a mí, preocupaban más las formas de la carne que las formalidades de la convención.

Arianne de Saynes era, sin duda, un seudónimo. Me costó mucho persuadir a su editorial de queme facilitara su verdadero nombre y su dirección. Marayat Mérogis residía por entonces en Bangkok, donde su marido trabajaba en una organización internacional. Le envié un álbum con fotomontajes y fotografías de mis cuadros. No tardó en responderme. Al ver mi muestrario había sentido también ese vínculo, a la vez íntimo y poderoso, que nos unía. «Amo su pintura», me decía, «el único arte que me hubiera gustado crear».

«Me he identificado con todas las mujeres de sus cuadros, con esas mujeres que se abrazan, que se acarician, que se abren y se penetran. Soy sus ojos, sus labios, sus senos y sus sexos. Y soy

también la que goza mirándolos. Soy usted al mismo tiempo que soy yo, y soy usted sin haberle visto, sin saber cómo es». Le contesté enseguida, y volvió a escribirme: «Lo que Arianne ha escrito, usted lo ha pintado».

«El orgasmo que refleja su obra es el mismo que yo he sentido. Ahora sé que no estoy sola. Usted es mi otro yo, mi doble, la mitad ausente del andrógino esencial que fuimos en otro tiempo».

Adjuntaba una foto de su rostro: una mujer joven y muy distinguida, de largo cabello negro, con la boca entreabierta y unas cejas de alto arco sobre unos ojos oblicuos, rasgados y sin embargo enormes, que se desplazaban hacia las sienes. Aquella belleza parecía ajena a la acción del maquillaje, pero yo sabía muy bien cuántas horas de tocador costaba una imitación tan conseguida de la naturaleza. Sentí algo que se parecía mucho al amor, si no lo era. Incluso a distancia, se trataba de un amor intensamente físico. Me masturbé con decisión, imaginando que aquellos ojos oblicuos podían verme y que acaso ella, a miles de kilómetros de distancia, se acariciaba al mismo tiempo.

Ninguno de los dos usaba un lenguaje pudibundo. Intercambiábamos fantasmas personales, nos ejercitábamos en el exceso de las ficciones y de las palabras. Nuestras cartas tendían a parecerse. A veces no sabía si se dirigía a mí o si me había enviado un capítulo de sus novelas, si lo que yo le contaba lo había vivido o inventado. Cuando supe que iba a estar un día en París y que podía veda, empecé a dormir mal.

Aunque su fotografía y sus libros desmentían esa imagen, esperaba ver a la mujer oriental, con pendientes de coral, brazaletes articulados y anillos en los dedos de los pies. Me encontré, en cambio, con una mujer que llevaba gafas de sol, sandalias de charol y un vestido blanco de amplias solapas, escote de pico y falda acampanada, adornado con un cinturón de hebilla redonda. Producía una sensación de elegancia contenida, de modesto refinamiento. Pero, cuando se quitó las gafas, encontré en sus ojos la misma exigencia de pasión y belleza que transmitían sus textos, y comprendí que había hecho bien en considerarme el amante físico de Arianne, o Marayat, como yo prefería llamarla, mucho antes de veda en carne y hueso. Hablamos de pintura, de erotismo. Iba con

su marido, y tenían prisa. Les regalé un cuadro, La flecha amorosa, y tres consoladores de distintos calibres y texturas, fabricados por mí.

«Estoy loca de alegría, de admiración y de gratitud», me escribió, de vuelta en Bangkok. «Si no ha tenido noticias de mí antes es porque paso mayor parte del tiempo haciendo el amor con sus maravillosos olisbos. Los tres despliegan una actividad y un discernimiento admirables. Es como si hubieran sido concebidos para sobrevivir en medio de mi lava espesa y abrasadora. Voy con tal rapidez de uno a otro que no sé a cuál debo mis placeres más intensos. Su cuadro está siempre ante mí, provocándome y obligándome a repetir el goce». Mis cartas no resultaban menos apasionadas.

Nos exaltábamos mutuamente, y la fantasía de que cada uno era el doble del otro y de que nos conocíamos tan bien como si hubiéramos hecho el amor desde la infancia deslizaba sus zarcillos en nuestros cerebros y los inundaba como una enredadera. Aguardaba sus confidencias como un drogadicto su dosis diaria, y cuando la jornada transcurría sin haber recibido una carta suya, la consideraba un fracaso. A ella le sucedía lo mismo. Contándonos esas penurias de las que el otro era la causa, volvíamos a exaltarnos. Al cabo de un año o más de esa correspondencia incendiaria, la hoguera que habíamos prendido contenía tanta leña que estaba a punto de sofocarse.

Fue entonces cuando Marayat me escribió para anunciarme que pasaría una noche en Burdeos. Ignoro cómo supe que aquella visita sería un acto irrenovable. En honor de mi amada encenderé los consoladores, comprobé el maquillaje de las máscaras y trasladé la cama a la habitación de los espejos.

Vino a casa directamente desde la estación. Le hice fotos con mis cuadros al fondo, desnuda, con máscaras, rodeada de maniqués. Me desnudé yo también y descubrí que no me atrevía a tocarla, que estaba deslumbrado por un cuerpo que sobrepasaba por su simetría y sus proporciones todo cuanto yo había visto. Empecé a acariciarme, a exhibir mi pene como un animal en celo. Sentía al mismo tiempo un raro pudor y un impudor altivo.

Los dedos de Marayat se cebaron en su vulva protuberante,

descubrieron la grieta entre los dos rebordes carnosos, descendieron hasta las nalgas, trazaron círculos hipnóticos. De pronto, como un escarabajo que abriera las alas, cuatro dedos se separaron del pulgar, y este se hundió más y más, mientras ella, con las rodillas juntas, hacía ondular todo su cuerpo. La sacerdotisa del amor se ofrecía a sí misma. Sólo dijo una palabra:

—¡Ven!

Aleteando con un ritmo tosco, mi pene la buscaba a tientas. Iniciamos el beso del imán y la aguja, acercándonos poco a poco, mientras en las paredes y en el techo de espejos se desplegaba un bosque de suplantaciones y diez mujeres diferentes abrazaban a diez hombres distintos.

Nos dejamos caer sobre la cama. Me ayudó a hundirme dentro de ella y sentí como si me aspirase, como si intentara extraer mi licor con toda la persuasión de su vientre y sus nalgas. Quería yo que Marayat gozase primero, y la apuñalaba con toda la longitud y el grosor de mi daga. Gritó. Sus alaridos me excitaron y pronto me puse a gritar a mi vez con una voz ronca, casi inhumana, que me asustaba a mí mismo, mientras ella se debatía y retorció como si la flagelasen. Luego se fue aquietando, y se puso a ronronear y a sollozar junto a mi mejilla.

—Espera —me dijo al cabo de un rato, cuando advirtió que la excitación volvía a invadirme—. Te he traído algo.

Se levantó y volvió con un anillo de oro que sólo me cabía en el meñique, y que llevaba un rubí con nuestros nombres grabados.

Había fabricado consoladores dobles para fotografiar a dos mujeres haciendo el amor con ellos, pero nunca le había pedido a ninguna que los utilizara para sodomizarme. Se los mostré a Marayat y le pedí que eligiera. Comprendiendo, asintió. Tomó el más grande y con un suspiro introdujo un extremo en su cálido estuche. Me arrodillé, dándole la espalda. El extremo libre avanzó sin pausa entre mis nalgas. Cuando sentí en mi piel el vello recortado de su pubis, Marayat tuvo la delicadeza de no empezar a ir y venir, en un momento en que yo todavía me sentía dolorido, y se limitó a imprimir al consolador un lento movimiento de rotación, que a ella misma le arrancaba gemidos y distendía lateralmente mis tejidos internos. Después, como un hombre obligado al tormento de

la castidad durante años, desató su furia.

Hicimos el amor la mayor parte de la noche, como si yo conservara el vigor de mis años jóvenes, y al amanecer me quedé dormido, con una sensación de lucidez y calma. Brillos de estalactitas fulguraban en su cálida gruta.

—Ha sido —le dije, mientras cerraba los ojos como hacer el amor con todas las criaturas de mis cuadros.

Cuando desperté, cerca ya del mediodía, descubrí su ausencia. Sobre una mesa había una larga nota: «A menudo he sentido esta obsesión por ti como una enfermedad, como una fiebre que me extenuaba y mermaba mis facultades al mismo tiempo que me enriquecía. Temía que llegara un momento en el que tuviera que consagrarme a ti. Eso me preocupaba, porque, para mí, el comportamiento ideal en el terreno amoroso, y el comportamiento de una mujer que quiera estar a la altura de ese ideal, no pueden ejercerse más que en una sociedad completa, abierta, y no en un grupo pequeño o en una pareja cerrada, absorta en sí misma. Quería evitar esa situación, librarme de ti».

Pero no podía hacerlo sin entregarme. No hubiera sido honesto para ninguno de los dos. Tenía, además, la secreta esperanza de que me decepcionases, de que me demostraras que no merecías ser objeto de mi adoración, de mi culto. En esto me he equivocado: ha sido la noche de amor más hermosa, más excitante de mi vida. De pronto, eras completamente intemporal. No tenías edad, no eras un animal ni una criatura de otro planeta, pero tampoco un hombre. Eras, acaso, un semidiós. Jamás había visto a nadie eyacular en tal cantidad. Hemos colmado nuestros deseos. Y al entregarme a ti, y al poseerte como tú querías, he ganado la disponibilidad total que necesitaba para volver a encontrar mi camino.

XXIII

La mujer fetichista

Le escribí algunas veces, sin recibir respuesta. Sé que ella y su marido se trasladaron a vivir a Roma. No volví a verla, pero su rostro de ojos oblicuos y sus largos cabellos negros surgen aquí y allá en mis últimos cuadros, y en mis fotomontajes sus piernas y sus senos de ámbar resplandecen entre la carne de las otras mujeres y el leve poliéster de los maniquíes.

Breton insistía en que el amor verdadero no podía centrarse más que en una mujer. Pero, cuando se le recordaba que se había casado tres veces y había tenido numerosas amantes, argumentaba con irritación que cada amor sucesivo servía para definir con mayor rigor la imagen de la mujer elegida, y que la última era el resultado de toda una vida de búsqueda. Esa misma impresión tuve yo de Sieglinde. Es normal, supongo, que al final uno tienda a pensar que todo tiene sentido, y que las piezas deben encajar de algún modo.

El brusco final de mi relación con Marayat provocó o coincidió con un grave deterioro de mi salud. Como uno de aquellos isleños del Pacífico que sucumbían en masa al contagio de una simple gripe, me vi derribado y anonadado por una serie de molestias combinadas —dolores biliares, crisis hepáticas, reumatismo— que de pronto me convirtieron en un anciano y me hicieron acariciar por primera vez la idea del suicidio. Aunque los médicos lo atribuían todo a problemas nerviosos, no querían correr riesgos y me aconsejaron la extirpación de la vesícula. Seis meses después de la operación, los dolores volvieron. No me podía concentrar, y hasta

la pintura dejó de interesarme.

Un día vino a casa una joven rubia, alta, vestida de negro. Tenía un aspecto deportivo y pulcro, y me miraba con unos ojos casi transparentes. Me entregó una carta de presentación de Rainer Gruber, un alemán que enseñaba arte y comunicación visual en la Universidad de Giessen y con quien yo había sostenido una copiosa correspondencia sobre la omnipresencia del erotismo en mis cuadros. En la carta, Rainer me contaba que Sieglinde podía servir de enlace entre nosotros dos, que era su amante y que ella y yo teníamos los mismos gustos.

Creí que se refería a la pintura. Pero, cuando le pregunté a la propia Sieglinde por esos gustos, se quitó el vestido y desfiló ante mí, de un lado a otro del salón, con una estudiada soltura y una altivez burlona que sólo comprendí luego, al enterarme de que, además de estudiar en la Escuela de Bellas Artes de París, trabajaba para Christian Dior como modelo. Lucía un corsé negro abierto por delante con un cordoncillo que iba en zigzag desde los senos al vientre, un ligero con motivos florales, una braga de encaje y raso que descubría sus nalgas y unas medias negras que realzaban unas piernas muy largas, de una esbeltez poco común en los tobillos y en las, pantorrillas. En el rombo sagrado que formaban el portaligas y los pliegues inguinales, la braga transparentaba los rizos sedosos. Como por ensalmo se fueron todos mis achaques, y mi viejo y animoso amigo se enderezó.

Sieglinde sonrió con placidez, como si me alentara a pedirle que interrumpiera su exhibición.

Pero, por una vez que me encontraba ante un espejismo, no tenía interés en que se desvaneciera.

Viendo mi indecisión, Sieglinde dio unas vueltas sobre sí misma y se sentó.

—¿No te ha gustado? —me preguntó con su fuerte acento.

—Me has hecho revivir. Eres un tesoro. Pero no sé qué puedo ofrecerte.

—La manecilla grande del reloj sí lo sabe —dijo con una sonrisa, mirando mi entrepierna—. Está casi en las doce, y pronto dará la hora.

Se levantó, dándome la espalda, y fue hasta mi escritorio. Se

bajó las bragas, separó las piernas y se inclinó, mostrándome el tierno vestíbulo entre las nalgas turgentes. Un instante después, mi restaurada cánula 10 enfilaba. Coloqué las manos por debajo del corsé de Sieglinde para acariciarle los senos mientras apretaba mi vientre contra su trasero y basculaba con suavidad. Me emocionó mucho comprobar que los pezones se le endurecían, y que a mi edad todavía podía provocar temblores de placer.

Cuando los dos hubimos satisfecho nuestros deseos y la ola de pasión se transformó en resaca, la llevé a la habitación de los espejos y nos acostamos.

—El mejor amante —me dijo, mientras escrutaba mi cuerpo lampiño con aquellos ojos casi transparentes— no es siempre el más joven, sino el que tiene más imaginación.

—Me temo que hasta eso empieza a fallarme ahora.

—Yo te ayudaré —me aseguró. Y, como adivinara mi duda, agregó—: No te haré daño. Jugaremos mientras tú quieras, y lo dejaremos cuando te canses.

—Si pudieras verme como si tuviera veinte años... Pero tengo papada, pliegues en las axilas... Mi rostro es horrible.

—Quiero verte exactamente como eres —me dijo—. También yo tengo mis caprichos, ¿sabes?

Me explicó que había dejado su maleta en la estación y la acompañé, porque temía perderla demasiado pronto. Su equipaje consistía principalmente en un amplio surtido de fulgurantes prendas interiores. A lo largo de las semanas siguientes asistí a muchos desfiles de lencería.

Cierta noche la despertaron los dolores de la menstruación, y ya no pudo volver a dormirse. Hasta el alba estuvo gimiendo, y yo sufrí tanto como ella. Me conmovió saber que padecía una dismenorrea frecuente y penosa.

Tan pronto se recuperó, me animó a volver a trabajar. La pinté y fotografié muchas veces. Un día me anunció que tenía que irse. Volvería a París y luego viajaría a Giessen, donde haría el amor con Rainer y le hablaría de mis cuadros. Cuando le pregunté si no sentía extrañeza al ir de un amante a otro, me respondió que ese era, como el del hombre, el estado natural de la mujer.

Le escribí a Alemania, agradeciéndole lo que había hecho por

mí: «Amor mío, amor de todos tus amantes, te cubro con una lluvia de besos. No he dejado de trabajar en tus retratos desde que te fuiste. He encontrado una reliquia tuya, una compresa, que estaba en ti no hace mucho. La he recogido piadosamente. Así tendré una reliquia que conserva la forma de tu sexo, como un sudario».

No estaba seguro de que volviese, pero lo hizo, y no en una sola ocasión sino en muchas.

A lo largo de estos años postreros, Sieglinde ha sido mi musa y mi sostén. Además de los desfiles de ropa interior, jugaba a probarse zapatos delante de mí. Se los ponía y andaba un poco, exponiéndolos ante mi vista en diferentes posiciones y haciendo entrechocar los tacones, como las heroínas de Restif de la Bretonne, antes de descalzarse y encaramarse sobre otros. Un día se frotó el montículo hendido con un escaupín negro, se lo calzó de nuevo y me pidió que lo lamiera. Mientras yo lamía y besaba la brillante superficie, ella se masturbaba. Al borde del orgasmo, solicitó mi ayuda. Mi lengua fue con avidez desde el zapato al pórtico rosado, mientras me daba placer a mí mismo.

Perdió un pendiente en forma de araña, que apreciaba mucho, y yo lo encontré entre las sábanas. Como agradecimiento, hicimos el amor durante horas. Desde entonces jugaba a perderlos a propósito, y yo le ayudaba a encontrados.

A veces nos disfrazábamos y nos poníamos máscaras, ella de plumas y yo de piel. Le gustaba mucho pasear por los parques, en especial bajo los magnolios del jardín público. Cuando salíamos de noche me dejaba maquillada y se ponía un vestido largo, con un corpiño que dejaba sus hombros al descubierto y una falda amplia de encaje negro. Estaba espléndida, y los transeúntes con los que nos cruzábamos se quedaban encandilados.

Cierta noche encontramos en la calle un gato anaranjado, una reencarnación de Toulouse. Sieglinde se empeñó en recogerlo. Así, me dijo, yo tendría compañía durante los tres o cuatro meses que faltaban hasta su próxima visita. Lo trajimos a casa y le puse por nombre d'Eon.

A la mañana siguiente la acompañé a la estación. De nuevo en casa, me puse una máscara e intenté masturbarme mirándome al espejo, pero el viejo hechizo no funcionaba. Las fotografías de

Sieglinde, en cambio, me inspiraron enseguida.

Seguí invocándola durante días. Recogía el semen y lo guardaba en la nevera como siempre había hecho, imaginando que volvería a pintar.

Hace un par de semanas desperté con un dolor paralizante que se extendía a lo largo de la espalda, del brazo izquierdo y de la cadera. Sentía una tensión enorme, como si fuese a desintegrarme. Para colmo, la vesícula extirpada volvía a hacerse notar. Los análisis médicos no descubrieron la causa de tanto malestar, pero yo sabía que me encontraba en el callejón sin salida de la vejez, y eso era lo que me enojaba y me deprimía.

No pintaría más, no volvería a hacer el amor. Habían transcurrido casi cuarenta años desde mi único esfuerzo literario, El caballero d'Eon.

Pero quizá no era demasiado tarde para emprender un nuevo recorrido, en compañía de mis fantasmas. Almacené comida, desconecté el timbre de la calle, me dediqué a escribir.

Ahora me preocupa el gato. No puedo dejar de pensar en que, cuando oiga el disparo, se llevará un buen susto.

XXIV

Último encuentro

Anteayer di mi último paseo. Fui al jardín público que tanto le gustaba a Sieglinde y descubrí que, con el pretexto de hacer unas obras, han acotado gran parte de la avenida central, dejando libre sólo un largo seto. Eché a andar por una suerte de pasillo provisional muy estrecho, entre el seto, de unos doscientos metros, y una tapia que oculta las obras.

De pronto vi que, en sentido contrario, se acercaba una mujer que debía de haber entrado en el pasillo casi al mismo tiempo que yo, pero por el extremo opuesto. Nos miramos desde lejos, comprendiendo que, en el momento en que nos encontrásemos, uno de nosotros habría de ceder el paso al otro. Seguramente ella se planteaba, como yo, la posibilidad de retroceder, de cambiar de itinerario. Como yo también, decidió seguir adelante.

La mujer era joven y llevaba un vestido amplio y gris, del color de las ostras. Me parecía conocerla de algo, pero no conseguía ubicarla. Experimentaba una creciente sensación de violencia a medida que nos aproximábamos, y comprendí que, en aquellas circunstancias, mirada a la cara aumentaría nuestra incomodidad.

En determinado momento, sus pies, como dos imanes, abarcaron la totalidad de mi campo visual.

La mujer avanzaba despacio, de una manera extraña, elevando la planta y el talón casi en vertical, como si a intervalos caminara de puntillas. Iba calzada con unos zapatos de tacón muy alto, cuya negra piel cubría sólo con un diminuto triángulo la punta de los

dedos, mientras que unas tiras muy finas barraban el empeine.

También yo aminoré la marcha. Me acerqué a ella a cámara lenta, como si quisiera retener para siempre cada detalle de aquellos pies enfundados en aquellos zapatos. Luego me aparté hacia la derecha y pasé a su lado rozando el seto. No me atreví a mirar atrás, pero imaginé con vértigo los talones al descubierto que se alejaban.

Ya nos habíamos separado un buen trecho cuando tuve un presentimiento y me volví, al mismo tiempo que la mujer. Con una rara, jubilosa alegría, reconocí los ojos grandes, los anchos pómulos y los labios carnosos de la hermosa polaca o de su fantasma. ¿Cómo no la había identificado antes, por la descripción que hace casi setenta años Anne-Marie nos había hecho, a mi hermana y a mí, de su modo de andar?

Nos miramos con intensidad durante unos minutos grávidos y tensos. Iba a ir tras ella cuando leí en su rostro que era eso precisamente lo que ella más temía. Y no estaba seguro de su nombre.

Ni siquiera tenía la certeza de que fuese una mujer de carne y hueso. Aún se volvió una vez más, antes de desaparecer por el extremo del pasillo por el que yo había entrado.

Pensé en el acto sexual con ella, en cómo habría sido. En las cohabitaciones imposibles y en las oportunidades perdidas. En mi cuerpo viejo.

En la desnudez final de la bella extranjera, cuando se fue a caballo. En el roce continuo de su vulva abierta contra la crin y el lomo lustroso de su montura, aquella última noche en que, buscando o huyendo de algo que nunca sabremos, cabalgó desde Domaine de Chevalier hacia el mar.

XXV

Las uñas pintadas

A Sieglinde le he legado mis cuadros. Esta misma tarde he enviado una carta a la facultad de medicina donando mi cadáver, y otra a la policía, explicando que me doy muerte por mi propia voluntad. Era una molestia necesaria: había que evitar que por mi causa arrestasen a cualquier pobre diablo.

A veces, tras la masturbación o la cópula, me ha parecido que la jornada declinaba, que sólo un nuevo éxtasis podría justificar su continuación.

Desde los once años me he masturbado por lo menos una vez al día cuando estaba solo, y a menudo también cuando vivía acompañado. De lo contrario, no podía dormir. He olvidado con cuántas mujeres me he acostado, y no siempre conté las ocasiones en que hacía el amor con cada una.

¿Fueron esos instantes de placer total lo más importante de la vida? Mi pintura, mis fotomontajes, este texto inclusive, ¿no constituyen otros medios de prolongar el éxtasis? ¿Es mi lujuria, la lujuria de un hombre de edad, algo más que el deseo de recobrar las embriagadoras sensaciones de la sexualidad adolescente?

Cuando en 1810 falleció el caballero d'Eon, el patrón del hostal donde se hospedaba declaró:

«Sostengo que el antedicho caballero ha vivido en mi casa durante unos tres años, creyendo yo siempre que era una mujer, y hoy, habiendo visto su cuerpo después del fallecimiento, resulta que es un hombre».

También yo daré alguna sorpresa. Como si me preparase para una amante, me he bañado, afeitado, depilado y perfumado. He comprobado que el esmalte rojo intenso de las uñas de mis pies no se había resquebrajado, y por toda vestimenta me he puesto los colgantes de oro en los pezones, un ligero de encaje y unas medias de color humo.

Recuerdo una novela de Octave Mirabeau en la que un anciano muere acariciando un botín que poco antes ha sido usado por su criada. Pobre resumen, a mi entender, de toda una vida. Yo he sido más barroco y, como el Sardanápalo de Delacroix, he desplegado en torno la colección completa de mis reliquias: la fotografía y el cuadro de mi hermana en el lecho fúnebre, el corsé de color Champagne y los zapatos de plumas de mi madre, un retrato de Tutune desnuda, una foto de mi hija mostrando las piernas a través de la abertura de la negligé, el consolador que usó Marayat para sodomizarme, un escaipín negro que todavía retiene el aroma vaginal de Sieglinde. Fotomontajes de pies femeninos, de sandalias de tacón alto. Máscaras de piel fina, maniqués vestidos con sostenes de raso plisado, bragas escotadas con aplicaciones de tul, corsés entallados con volantes en el bajo.

Y el revólver que pronto va a convertirme en un ente de ficción. Sobre dos sillas, apoyado en la pared de espejos, está *El combate de las Amazonas*.

La varita mágica se impacienta. Morir en pleno orgasmo, rodeado de todos mis fetiches, imaginando que un pie femenino, con el empeine deliciosamente arqueado, desciende de lo alto y se apoya en mi glánde con todo su peso.